









117
LARIO



JUAN RUIZ DE ALARCON



COMEDIAS ESCOGIDAS

DE

JUAN RUIZ DE ALARCON

LOS FAVORES DEL MUNDO

MUDARSE POR MEJORARSE - LA VERDAD SOSPECHOSA

TOMO I

BARCELONA

BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA

DANIEL CORTEZO y C.^ª - Calle de Pallars (Salón de S. Juan)

1886



LOS FAVORES DEL MUNDO

PERSONAS

GARCI-RUIZ DE ALARCÓN.

DON JUAN DE LUNA.

EL PRÍNCIPE DON ENRIQUE, hijo de don Juan II de Castilla.

DON DIEGO, viejo, tío de Anarda.

GERARDO, paje del Príncipe.

EL CONDE MAURICIO.

LEONARDO, su criado.

HERNANDO, gracioso.

ANARDA, dama.

JULIA, dama.

INÉS, criada de Anarda.

BUITRAGO, escudero.

Dos pajes.

Criados.

La escena es en Madrid



ACTO PRIMERO

Llano al pié del parque de Madrid

ESCENA PRIMERA

GARCI-RUIZ y HERNANDO, con vestido de color

- HERNANDO. ¡ Lindo lugar !
- GARCÍA. El mejor:
todos, con él, son aldeas.
- HERNANDO. Seis años há que rodeas
aqueste globo inferior,
y no ví en su redondez
hermosura tan extraña.
- GARCÍA. Es corte del rey de España,
que es decillo de una vez.
- HERNANDO. ¡ Hermosas casas !
- GARCÍA. Lucidas;
no tan fuertes como bellas.
- HERNANDO. Aquí las mujeres y ellas
son en eso parecidas.
- GARCÍA. Que edifiquen al revés
mayor novedad me ha hecho;
que primero hacen el techo,
y las paredes después.

- HERNANDO. Lo mismo, señor, verás
en la mujer, que adereza,
al vestirse, la cabeza
primero que lo demás.
- GARCÍA. Bizarras las damas son.
- HERNANDO. Distras pudieras decir
en la herida del pedir,
que es su primera intención.
Cífrase, si has advertido,
en la de mejor sujeto,
toda la gala en el peto,
toda la gracia en el pido.
Tanto la intención cruel
sólo á este fin enderezan,
que si el Padre nuestro rezan,
es porque piden con él.
Hoy á la mozuela roja
que en nuestra esquina verás,
dije al pasar : ¿ Cómo estás ?
Y respondió : Para aloja.
- GARCÍA. Con todo, siento afición
de Madrid en ti.
- HERNANDO. Y me hicieras
merced si aquí fenecieras
esta peregrinación ;
que molerán á un diamante
seis años de caminar
de un lugar á otro lugar,
hecho caballero andante.
- GARCÍA. Hernando, estoy agraviado,
y según leyes de honor,
debo hallar á mi ofensor ;
no basta haberlo buscado.
Mas no pienses que me canso ;
que hasta llegar á matalle,
de suerte estoy, que el buscallo
tengo sólo por descanso.
No á mitigarme es bastante
tiempo, cansancio ni enojos ;
que siempre tengo en los ojos

aquel afrentoso guante.
 ¡ Ah, cielos ! ¿ en qué lugar
 escondéis un hombre así ?
 Cielos, ó matadme á mí,
 ó dejádmelo matar.
 Yo, que en la africana tierra
 tantos moros he vencido ;
 yo, que por mi espada he sido
 el asombro de la guerra,
 y que en tan diversas partes
 fijé, á pesar del pagano
 y el hereje, con mi mano
 católicos estandartes,
 ¿ he de vivir agraviado
 tantos años, cielo ? ¿ Es bien
 que esté deshonorado quien
 tantas honras os ha dado ?

HERNANDO.

Por Dios te pido, señor,
 que no te aflijas así ;
 que yo espero en Dios que aquí
 has de restaurar tu honor.
 Si las señas no han mentido,
 don Juan en Madrid está :
 sufre lo menos, pues ya
 lo más, señor, has sufrido.
 Deja esa pena inhumana,
 no pienses en tu contrario.

GARCÍA.

Es pedir al cuartanario
 que no piense en la quartana.

HERNANDO.

Diviértete, considera
 cómo está en caniculares,
 con ser pobre Manzanares,
 tan honrada su ribera,
 que dél dijo una señora,
 cuyo saber he envidiado,
 que es, por lo pobre y honrado,
 hidalgo de los de agora.
 Bien puede aliviar tus males
 ver ese Parque, abundoso
 de conejo temeroso,

blanco de tiros reales.

GARCÍA. Detente. ¿No es mi enemigo
el que miro?

HERNANDO. ¿Don Juan?

GARCÍA. Sí,
el que viene hablando allí...
con aquel coche...

HERNANDO. Yo digo
que me parece don Juan:
pero no puedo afirmarlo.

GARCÍA. Ya ves que importa no errarlo.
Pues tan divertidos van,
al descuido has de acercarte,
y con cuidado mirar
si es él; que yo quiero estar
escondido en esta parte
hasta que vuelvas. Advierte
que certificado quedes.

De espacio mirarlo puedes;
que él no podrá conocerte.

HERNANDO. El coche paró... una dama
sale... él sirve de escudero.

GARCÍA. Acaba, véte.

HERNANDO. El cochero
me dirá cómo se llama.

*(Vase Hernando, García se esconde á un lado, y por el opuesto
salen Anarda, Julia y don Juan.)*

ESCENA II

ANARDA y JULIA con mantos; D. JUAN.—GARCÍA, oculto

D. JUAN. El Príncipe mi señor,
que deste Parque en la cuesta
dando está con la ballesta
lición, y envidia al amor,
como vuestro coche vió,
contento y alborotado
á daros este recado,

bella Anarda, me envió.
 Miraldo en aquel repecho,
 sobre el hombro la ballesta,
 la mira en el blanco puesta
 que sigue tan sin provecho.
 Al Parque, don Juan, subiera,
 no dando que murmurar ;
 mas está todo el lugar
 de ese río en la ribera.
 Perdón me ha de dar su Alteza ;
 y porque pueda advertir
 que nace en mí el no subir
 de honor, y no de esquiviza,
 aquí me quiero asentar,
 donde el Príncipe me vea ;

(Siéntanse las damas, don Juan se arrodilla.)

que ver lo que se desea,
 algo tiene de gozar.
 Y vos, que con él priváis,
 estaos aquí, porque arguya
 que esta fortaleza es suya,
 pues por alcaide quedáis.

JULIA.

Parece que se mitiga

(Hablando aparte con Anarda.)

tu acostumbrado rigor.

ANARDA.

Á esto me obliga el temor,
 ya que el amor no me obliga. —
 ¡ De rodillas !

(Á don Juan.)

D. JUAN.

Tus despojos
 adoro.

ANARDA.

Mucho te humillas.

D. JUAN.

¿ No pondré yo las rodillas
 donde el Príncipe los ojos ?
 Y cuando no á tu deidad
 tal veneración le diera,
 á tu prima se la hiciera,
 Pues adoro su beldad.

ESCENA III

HERNANDO.—ANARDA, JULIA, DON JUAN, GARCÍA

GARCÍA. ¿Es don Juan?

(Saliendo al encuentro á Hernando y hablando con él, sin ser vistos de don Juan ni las damas.)

HERNANDO. Sin duda alguna;

que yo pregunté al cochero
quién es este caballero
y dijo: Don Juan de Luna.GARCÍA. En cas del embajador
de Inglaterra te espero.
Con mis joyas y dinero
ponte en salvo.HERNANDO. Voy, señor. *(Vase.)**(García saca la espada y embiste á don Juan; él se levanta, y la saca también.)*GARCÍA. Aquí pagará tu vida
tu atrevimiento.

D. JUAN. Detente.

GARCÍA. ¡Ah, don Juan! aquí no hay gente
que la venganza me impida.

ANARDA. ¡Qué confusión!

JULIA. Prima mía,
¿qué haremos?

ANARDA. ¡Oh trance fuerte!

D. JUAN. ¿Viniste á buscar tu muerte?

¿No me conoces, García?

GARCÍA. Tanto mayores serán.
si aquí te venzo, mis glorias,
cuanto lo son tus vitorias.*(Vienen á los brazos, y cae debajo don Juan.)*

ANARDA. Vencido cayó don Juan.

GARCÍA. Ya llegó el tiempo en que salga

(Sacando la daga.)
de tanta afrenta. Enemigo,

este es tu justo castigo.

(Va á darle una puñalada.)

D. JUAN.

¡ Válgame la Virgen !

GARCÍA.

Valga ;

(Deteniendo el brazo alzado, y levantándose.)

que á tan alta intercesora

no puedo ser descortés.

D. JUAN.

Déjame besar tus piés.

GARCÍA.

Don Juan, á nuestra Señora,
Virgen Madre de Dios hombre,

de la vida sois deudor ;

que refrenar mi furor

pudiera sólo su nombre.

D. JUAN.

Matadme ; que más quisiera

morir, que haber agraviado

á quien la vida me ha dado.

GARCÍA.

Más queda desta manera

satisfecha la honra mía ;

que si ya pude mataros,

más he hecho en perdonaros

que en daros la muerte haría.

Matar pude, vencedor

de vos solo ; mas así

he vencido á vos y á mí,

que es la vitoria mayor.

Sólo faltó derribar

el brazo ya levantado :

Más fué perdonar airado,

que era, pudiendo, matar.

ANARDA.

(De turbada estoy sin mí.)

(Aparte.)

Necio, descortés, grosero,

si valiente caballero,

fuera bien mirar que aquí

estaba yo, para dar

á ese intento dilación.

¿ Faltáraos otra ocasión

de poderlo ejecutar ?

GARCÍA.

En que os habéis ofendido,

reparad, señora mía,

llamando descortesía

- lo que ceguedad ha sido.
Ciego llegué del furor ;
que ¿quién, señora, os mirara,
que suspenso no quedara
ó de respeto ó de amor ?
- ANARDA. Vanas las lisonjas son,
cuando con lo que intentastes,
de ningún modo guardastes
el decoro á mi opinión.
¿Qué dijeran los que están
buscando que murmurar,
viendo á mi lado matar
un hombre como don Juan ?
- D. JUAN. Si advertís, señora mía,
perdón merece en su error
quien, por tener mucho honor,
tuvo poca cortesía.
- ANARDA. ¡ Bueno es disculparlo vos !
- D. JUAN. ¿ No estoy á hacello obligado,
cuando la vida me ha dado ?

ESCENA IV

GERARDO.—GARCÍA, DON JUAN, ANARDA, JULIA

- GERARDO. Su Alteza llama á los dos.
- GARCÍA. ¿ El Príncipe ?
- GERARDO. Véislo allí.
- D. JUAN. No tenéis que alborotaros ;
que presto pienso pagaros
lo que habéis hecho por mí.—
Su Alteza á llamarme envía. *(Á las damas.)*
- ANARDA. Bien es que le obedezcáis.
- D. JUAN. Si el coche, Anarda, tomáis,
dejaros en él querría.
- ANARDA. Desde aquí del aire y soto
gozar queremos las dos.
- D. JUAN. Julia, adiós.

JULIA. Don Juan, adiós.
(Vase don Juan.)

GARCÍA. Perdonad este alboroto,
 si puedo esperar perdón
 de quien, sólo con mirar,
 da muerte.

ANARDA. De perdonar
 vos me habéis dado lición.

JULIA. ¡Qué bizarro caballero!
 Las almas lleva tras sí.

ESCENA V

HERNANDO.—GERARDO, GARCÍA, DON JUAN, ANARDA, JULIA

GARCÍA. ¿Aquí estás?
(Encontrándose con su criado al retirarse y hablando aparte con él.)

HERNANDO. Quise de aquí
 ver el suceso primero.

GARCÍA. Quédate, y sabe quién son
 esas mujeres.

HERNANDO. ¿Ya estás
 herido?

GARCÍA. En ellas verás,
 Si es bastante la ocasión.
(Vase García, Hernando se queda en el fondo.)

ESCENA VI

ANARDA, JULIA, GERARDO; HERNANDO, retirado

GERARDO. El Príncipe mi señor,
 que este caso viendo ha estado,
 os dice que se ha alegrado
 de tener competidor
 que á su privado ha querido,
 porque os hablaba, ofender;

que dueño debe de ser
 quien ceta tan atrevido.
 ANARDA. Decid, Gerardo, á su Alteza
 que mostrárame penado
 deste susto que me han dado,
 fuera más alta fineza
 que condenarme á liviana
 con tanta resolución,
 por sola la información
 de una conjetura vana.
 Que ya de don Juan sabrá
 cuán otra la causa ha sido,
 y de haberme así ofendido
 el yerro conocerá.
 Y porque entienda que yo
 no sé á dos favorecer,
 le suplico haga prender
 al que mi agravio causó.
 Id con Dios.

GERARDO.

Quede contigo.

(Vase.)

ESCENA VII

ANARDA, JULIA; HERNANDO, retirado

JULIA.

Yo pensé que merecía
 su humildad y cortesía
 antes premio que castigo.
 Villana estás, por mi fe,
 con quien perdón te pidió.
*(Ap. Préndaos Anarda; que yo,
 forastero, os libraré.)*

ANARDA.

¡Oh, qué mal me has entendido!
 ¿Ves este enojo y rigor?
 Pues ardides son que amor
 ha trazado y ha fingido.

JULIA.

¿Quieres al Príncipe ya?

ANARDA.

Nunca tan necio le ví.

Quien vió el forastero, dí,

¿cómo otro dueño querrá?
 Aquel bizarro ademán
 con que la espada sacó,
 el valor con que venció
 y dió la vida á don Juan,
 la gala, la discreción
 en darme disculpa, el modo,
 gentileza y talle, todo
 me ha robado el corazón.

JULIA. (Ap.) ¡Rabiando estoy de celosa!

ANARDA. Y así, por volver á vello,
 lo aseguro con prendello,
 de que se irá temerosa,
 porque forastero es.

JULIA. Cuando se apartó de aquí,
 al oído hablar le vi
 á aquel mancebo que ves.
 Él informarte pudiera.

ANARDA. Bien dices: hablalle quiero.

JULIA. (Ap.) Así ha de ser, forastero,
 mi contraria mi tercera.

ANARDA. ¡Ah caballero!

HERNANDO. (Ap. ¿Si á mi
 caballero me llamó?
 ¿Tan buen talle tengo yo?)
 ¿Es á mí, señora?

ANARDA. Sí.

HERNANDO. Extrañé la nueva forma,
 cuando me vi caballero;
 si bien no soy el primero
 que en la corte se transforma.
 Mas son vanas intenciones
 cuando con pobreza lidio;
 que es el dinero el Ovidio
 de tales transformaciones.
 Pero si puedo serviros,
 dama, sin ser caballero,
 mandadme.

ANARDA. Pediros quiero...

HERNANDO. Pues bien podéis despediros.

¿ Para pedirme, decid,
 sólo me llamáis las dos?
 Animosas sois, por Dios,
 las mujeres de Madrid.
 Que pida la que se ve
 de mi rogada y querida,
 vaya: mi amor la convida,
 y pues pido, es bien que dé.
 Que la mujer que hablo yo
 en la iglesia, tienda ó calle,
 me pida, vaya: el hablalle
 ya por ocasión tomó.
 Mas ¡ llamarme, hacerme andar,
 y luégo pedirme! ¿ Es cosa
 el dar tan apetitosa,
 que he de andar yo para dar?

ANARDA.

Lo que pediros intento,
 sólo hablar ha de costaros.

HERNANDO.

De eso bien me atrevo á daros
 cuanto os pinte el pensamiento.

ANARDA.

Oíd pues.

HERNANDO.

Decid, señora.

ANARDA.

Que me digáis sólo quiero
 quién es aquel forastero
 que al oído os habló agora.

HERNANDO.

Con que vos, señora mía,
 antes quién sois me digáis,
 os lo diré: y no tengáis
 lo que os pido á grosería;
 porque sin saber á quién,
 decir quién es no conviene,
 puesto que enemigos tiene.

ANARDA.

¡ Qué cauto sois!

HERNANDO.

Hago bien;

que en la corte es menester
 con este cuidado andar;
 que nadie llega á besar
 sin intento de morder.

ANARDA.

Si así ha de ser, yo me llamo
 doña Lucrecia Chacón.

- HERNANDO. Garci-Rüiz de Alarcón
es el nombre de mi amo.
- ANARDA. ¿Es caballero?
- HERNANDO. ¿Tan malos
os informa su apellido?
La Mancha no lo ha tenido
más antiguo y principal.
Y sin el nombre, el sujeto
os pudiera haber mostrado
su calidad.
- ANARDA. ¿Es casado?
- HERNANDO. No, sino hombre muy discreto.
- ANARDA. Déte el cielo buenas nuevas.
- JULIA. Disimula. Loca estás. *(Ap. á Anarda.)*
- ANARDA. ¿Qué quieres? *(Ap. á Julia.)*
- JULIA. Pregunta más, *(Ap. á Anarda.)*
sin mostrar el fin que llevas.
- ANARDA. ¿Es rico?
- HERNANDO. ¡Gracias á Dios
que llegamos al lugar!
Si queriades preguntar
sólo ese punto las dos,
¿qué sirve parola vana
y hablar de falso primero?
Bien sé que apunta al dinero
toda aguja cortesana.
- ANARDA. Ya no lo quiero saber,
por mostrar otros cuidados.
- HERNANDO. Pues hasta dos mil ducados
de renta deben de ser
los que en sus vasallos tiene.
- ANARDA. ¿Á qué vino á este lugar?
- HERNANDO. Ese es mucho preguntar.
- ANARDA. Sólo si de espacio viene
me decid.
- HERNANDO. Si no es aquí
rémora un nuevo cuidado...
- ANARDA. ¿Hase acaso enamorado?
- HERNANDO. *(Ap. ¿Picáisos?)* Pienso que sí.
- ANARDA. Malas nuevas te dé Dios.

HERNANDO. (*Ap.*) Mal disimula quien ama.
 ANARDA. ¿Puede saberse la dama?
 HERNANDO. Oso decir que sois vos.
 ANARDA. Pues ¿cuándo me ha visto?
 HERNANDO. Ahora.
 ANARDA. Y ¿cómo sabéis que aquí
 se ha enamorado de mí?
 HERNANDO. Porque sé que os vió, señora.
 ANARDA. ¿Lisonjas?
 HERNANDO. Verdades son,
 de que tengo algún indicio.
 JULIA. Que viene el conde Mauricio.
 ANARDA. Pues huyamos la ocasión.

ESCEEA VIII

EL CONDE MAURICIO y LEONARDO. — ANARDA, JULIA,
 HERNANDO

(*El Conde y Leonardo se quedan en el fondo observando á las
 damas.*)

LEONARDO. Lince eres en conocellas.
 CONDE. Ciega amor y vista da.
 ¿Cuyo criado será
 el que está hablando con ellas?
 ANARDA. Tu nombre...
 HERNANDO. Hernando es mi nombre.
 ANARDA. ¿De qué?
 HERNANDO. Hernando, cerrilmente;
 que no le sirve al sirviente
 más que el nombre el sobrenombre.
 ANARDA. Mucho tu modo me obliga:
 gusto me ha dado tu humor.
 HERNANDO. Eso, hablando á lo señor...
 ANARDA. Dile, Julia, que nos siga, (*Ap. á ella.*)
 como que sale de ti.
 JULIA. (*Ap.* Tu mismo fuego me abrasa.)
 Ven á saber nuestra casa;

que he de hablarte.

HERNANDO.

Harélo así.

(Vanse las damas.)

¡ Pobretilla ! ¿ ya me quieres ?

Las armas de amor trajimos;
que un hombre á matar venimos,
y hemos muerto dos mujeres.

(Vase.)

LEONARDO.

El coche toman: huyendo
van de ti, señor.

CONDE.

Cuidado

me da, Leonardo, el criado.

¿ Ves cómo las va siguiendo ?

LEONARDO.

¿ Qué determinas ?

CONDE.

Saber

quién es su dueño y su intento;
que amor me forma del viento
mil visiones que temer.

(Vanse.)

ESCENA IX

EL PRÍNCIPE, con gabán y ballesta; GARCÍA, D. JUAN

GARCÍA.

Supuesto que obedecer
es forzoso á vuestra Alteza,
oya á quien ha ejercitado
más la espada que la lengua.
Garci-Rüiz de Alarcón
es mi nombre, en las fronteras
berberiscas más temido
que conocido en las vuestras.
Vasallos tengo en la Mancha;
que mis pasados heredan
del Zeballos, que á Castilla
abrió de Alarcón las puertas.
En ciñéndome la espada,
fui á serviros á la guerra;
que heredar honra es ventura,
y valor es merecella.
Callar quiero mis hazañas

pues que la fama os las cuenta,
y en la tierra las escriben
ríos de sangre agarena.
Habrá pues, señor, seis años
que en la batalla sangrienta
que tuvimos con los moros
en Jerez de la Frontera,
militó don Juan de Luna,
de cuyos rayos pudiera
el mismo sol envidiar
fuego para sus saetas,
porque su valiente espada
era encendido cometa
que á fuego y sangre amenaza
la berberisca potencia.
Al trabar la escaramuza,
con tan animosa fuerza
las huestes de África embisten,
que las de Castilla afrentan.
Desbaratados los nuestros
olvidaron su soberbia,
y aun volvieron las espaldas;
que esto es verdad, si es vergüenza.
Yo, despechado de ver
tan nunca usada flaqueza,
atajélos con la espada,
castiguélos con la lengua.
Ó se deba á mis razones,
ó al valor dellos se deba,
corridos los castellanos
repararon la carrera,
y en nuevo Marte encendidos,
revuelven con tal violencia,
que más pareció el huir
artificio que flaqueza.
Vos, señor, al fin vencisteis;
que son los reyes planetas,
y las obras del vasallo
se deben á su influencia.
Pues como yo fui la causa

de que los nuestros volvieran,
por autor de la victoria
todo el campo me celebra:
con que en algunos cobardes
la envidia tósigo siembra;
que la pensión de las dichas
es la emulación que engendran.
Juntos pues los envidiosos
á fabricar mis afrentas,
á don Juan de Luna eligen
para el instrumento dellas.
Sólo en su valor confían,
y en la confianza aciertan,
pues á lo que él se atrevió,
nadie, sin él, se atreviera.
Dícenle, para incitallo
á la venganza que intentan,
que de su espada y valor
he hablado mal en su ausencia;
que he dicho que las espaldas
suyas fueron las primeras
que vieron los enemigos
en la pasada refriega.
Uno el agravio denuncia,
los otros con él contestan,
y él con falsa información
justamente me condena.
Y estando en corrillo un día
con otros soldados, llega
determinado don Juan,
diciendo desta manera:
—Yo soy don Juan, cuya luna,
de gloriosos rayos llena,
el honor de mis pasados,
con ser inmenso, acrecienta;
vos habéis dicho de mí
que soy cobarde en la guerra,
sabiendo que en valentía
os venzo, como en nobleza.
—Mentís en todo, le dije;

mas húbelo dicho apenas,
cuando le tiró en un guante
á mi honor una saeta;
que si bien no me llegó,
es por la desdicha nuestra
el honor tan delicado,
que del intento se quiebra.
Saqué á vengarme la espada,
y él la suya en su defensa,
que de dos humanos Joves
dos rayos vibrados eran:
y á no impedirnoslo tantos,
no digo yo cuál muriera;
que con ventura se vence,
si con valor se pelea.
Al fin, no pude romper
muros de espadas opuestas;
que aunque el valor las excede,
no las igualan las fuerzas.
Ausentóseme don Juan,
y yo, en sabiendo quién eran
los autores del engaño
de que resultó mi ofensa,
los dos de tres arrojé
al mar desde una galera:
por las bocas me ofendieron,
y entró la muerte por ellas.
El tercero se ausentó;
y á mí el agravio me lleva
buscando á don Juan de Luna
por varios mares y tierras,
determinado á matar
ó morir, y á sus esferas
seis vueltas ha dado el sol
mientras yo al mundo una vuelta.
Supe que estaba en Madrid;
vine y vilo en la ribera
de Manzanares agora;
embestí á vengar mi afrenta;
vino á los brazos conmigo,

donde al hijo de la tierra
 en valor y fuerza excede;
 pero yo al honor de Tebas.
 La daga y brazo levanto
 que ardiente furia gobierna;
 y él, viendo que ya en el suelo
 ningún remedio le queda,
 ¡válgame la Virgen! dice:
 valga, digo; y la sentencia
 revoco en el mismo instante
 que al golpe empezado resta.
 Este es el caso: don Juan,
 pues he hablado en su presencia,
 me puede enmendar agora
 lo que mi memoria yerra.

D. JUAN. Éste, señor, es el caso.
 PRÍNCIPE. Garci-Ruiz de Alarcón,
 claras vuestras obras son:
 desde el oriente al ocaso
 da envidia vuestra opinión.
 Las más ilustres historias
 en vuestras altas vitorias
 el *non plus ultra* han tenido;
 mas la que hoy ganáis, ha sido
plus ultra de humanas glorias.
 Vuestra dicha es tan extraña,
 que quisiera, vive Dios,
 más haber hecho la hazaña
 que hoy, García, hicistes vos,
 que ser principe de España.
 Porque Alejandro decía
 (¡ved cuánto lo encarecía!)
 que más ufano quedaba
 si un rendido perdonaba,
 que si un imperio rendía.
 Que en los pechos valerosos,
 bastantes por sí á emprender
 los casos dificultosos,
 el alcanzar y vencer
 consiste en ser venturosos;

mas en que un hombre perdone.
viéndose ya vencedor,
á quien le quitó el honor,
nada la fortuna pone;
todo se debe al valor.
Si vos de matar, García,
tanta costumbre tenéis,
matar ¿qué hazaña sería?
Vuestra mayor valentía
viene á ser que no matéis.
En vencer está la gloria,
no en matar; que es vil acción
seguir la airada pasión,
y deslustra la victoria
la villana ejecución.
Quien venció, pudo dar muerte;
pero quien mató, no es cierto
que pudo vencer; que es suerte
que le sucede al más fuerte,
sin ser vencido, ser muerto.
Y así no os puede negar
quien más pretenda morder,
que más honra os vino á dar
el vencer y no matar,
que el matar y no vencer.
Dar la muerte al enemigo,
de temello es argumento;
despreciallo es más castigo,
pues que vive á ser testigo
contra si del vencimiento.
La vitoria el matador
abrevia, y el que ha sabido
perdonar, la hace mayor,
pues mientras vive el vencido,
venciendo está el vencedor.
Y más donde á cobardía
no puede la emulación
interpretar el perdón,
pues tiene el mundo, García,
de vos tal satisfacción.

Dadme los brazos.

GARCÍA.

Señor,

con que á vuestros piés me abaje
premiáis mi hazaña mayor.

PRÍNCIPE.

Esos pide el vasallaje,
y esotros debo al valor.

GARCÍA.

Como rey sabéis honrar.

PRÍNCIPE.

Alzad, Alarcón, del suelo;
que en el suelo no ha de estar
quien ha sabido obligar
la misma Reina del cielo.

Y que pago considero
por libranza suya á vos
las honras que daros quiero;

que es el rey un tesorero
que tiene en la tierra Dios.

(Abraçale.)

Libre de ser derribado
ahora me juzgo yo;
que bien seré sustentado
de un brazo á quien, levantado,
tal furia no derribó.

Y así, en mi casa, García,
os quedad: desde este día
andemos juntos los dos;
que quiero aprender de vos
la piedad y valentia.

Gentil-hombre de mi boca
os hago.

GARCÍA.

Dadme esos piés.

PRÍNCIPE.

El servirme de vos es
para vos merced muy poca,
porque es mi propio interés.

Y yo no pretendo hacer
desto premio ó beneficio;
porque el cargo ni el oficio
no premia al que há menester
el rey para su servicio.

El un hábito escoged
de los tres.

GARCÍA.

¿Cuándo, señor,

- serviré tanta merced? (*Arrodillase don Juan.*)
- PRÍNCIPE. A questo á vuestro valor,
y no á mí, lo agradeced.
Lo mucho que habéis servido,
el hábito manifiesta.
Pues ¿qué merced habrá sido
la que á mí nada me cuesta,
y vos habéis merecido?—
¿Por qué estás, don Juan, así?
- D. JUAN. Estas honras que le das
á Garci-Ruiz, por mí
agradezco.
- PRÍNCIPE. Debo más
á quien hoy me ha dado á ti.
Á pagarle me apercibo
esta vida con que vivo,
en la que hoy, don Juan, te dió;
que eres, amigo, otro yo,
y en ti la vida recibo.
- D. JUAN. Á todos sabes honrar.

ESCENA X

GERARDO.—EL PRÍNCIPE, GARCÍA, DON JUAN

- PRÍNCIPE. ¿Qué hay, Gerardo?
- GERARDO. Á vuestra Alteza
aparte quisiera hablar.
(*Desviase el Príncipe con el paje, y hablan aparte García y don Juan.*)
- D. JUAN. Merece vuestra nobleza
tan soberano lugar.
- GARCÍA. Un deudor en mí tenéis
de las honras que hoy recibo.
- D. JUAN. Cuando á merced vuestra vivo,
nada deberle podéis
por ley á vuestro cautivo.
Mas donde el sujeto es tal
no tanto estiméis que aplique

el ánimo liberal
 el príncipe don Enrique
 á haceros merced igual;
 porque en su real persona
 puso el cielo tal nobleza,
 benignidad y largueza,
 que hoy os diera su corona,
 á tenerla en la cabeza.

PRÍNCIPE.

(*Ap.* Confuso estoy. ¿Qué he de hacer?
 ¿Al que tanto agora honré
 tengo al punto de prender?
 Pues dejar de obedecer
 á Anarda, ¿cómo podré?
 ¡Oh fuero de amor injusto!
 ¿Á tan heróico varón
 hacer tal agravio es justo,
 por sólo el liviano gusto
 de una mujer sin razón?
 Pero prendello, ¿qué importa,
 si luégo le he soltar,
 y á mí me viene á librar
 su prisión liviana y corta
 de un largo enojo y pesar?
 Pero tengo por mejor,
 por mostrarme poco amante
 sufrir de Anarda el rigor,
 que dar nota de inconstante
 á un hombre de tal valor.
 Mas si la causa le digo,
 bien disculpará el efeto...
 —No me tendrá por discreto,
 si aún no empieza á ser mi amigo
 cuando le fío un secreto.—
 Mas ya sé lo que he de hacer.)
 Vedme esta noche, García.
 Vuestro soy.

GARCÍA.

PRÍNCIPE.

Habéis de ver
 á mi padre; que poner
 vuestra persona querría
 en el estado que cuadre

- al valor que en vos se ve.
 GARCÍA. Con serviros lo tendré.
 PRÍNCIPE. Esta noche, de mi padre
 el hábito alcanzaré. (Vase.)
 D. JUAN. Ya con él os miro yo ;
 que el rey don Juan á su Alteza
 nada jamás le negó ;
 que de su padre heredó
 el Príncipe la largueza. (Vase.)
 GARCÍA. En mar sangriento de cruel venganza,
 de rabia, de ira y de coraje lleno,
 corrí tormenta, de esperanza ageno
 de llegar en mi estado á ver bonanza ;
 Y un súbito accidente, una mudanza
 el pecho libra de mortal veneno,
 y el que en mi agravio á mi furor condeno,
 en el perdón produce mi esperanza.
 No la privanza me movió futura ;
 que fortuna en sus obras desiguales
 no hace de los méritos memoria ;
 Mas debo á mi piedad esta ventura ;
 y por lo menos en hazañas tales
 de la gentil acción queda la gloria. (Vase.)

—

Calle en que vive Anarda.— Es de noche

ESCENA XI

HERNANDO, con capa y sombrero viejo ; INÉS

- HERNANDO. Tu nombre saber deseo.
 INÉS. Inés.
 HERNANDO. Decirte podré,
 según en mí no sé qué
 siento después que te veo :
 un poco te quiero, Inés.
 INÉS. Á lo menos no dirás,
 pues que ya dicho lo has :

yo te lo diré después.

HERNANDO. La lengua en amor osada
es más dichosa y más cuerda;
porque la mula que es lerda
tarde llega á la posada.
Enfermo es quien tiene amor,
y es el doctor el amado:
pues, ¿cómo será curado
quien su mal calla al dolor?

ESCENA XII

EL CONDE y LEONARDO, de noche. — HERNANDO, INÉS

LEONARDO. Ocupada está la puerta.

CONDE. Reconocer determino...

LEONARDO. El celoso desatino
tus acciones desconcierta.

CONDE. No me repliques. — ¿Quién es?

INÉS. (*Ap.* Este es el Conde.) Inés soy,
que gozando el fresco estoy.

CONDE. No hablo contigo, Inés,
sino con aqueste hidalgo.

INÉS. Un soldado es que llegó,
como á la puerta me vió,
á pedir por Dios.

HERNANDO. Dad algo
para pagar la posada,
caballeros, á un soldado
desvergonzante y honrado,
que trae la pierna colgada
y tiene un brazo torcido,
por amor de...

LEONARDO. Perdonad.

HERNANDO. Miren la necesidad
con que por Dios se lo pido.

CONDE. ¿Queréis no ser majadero?

HERNANDO. ¿Así á un pobre se responde?

(*Ap.* ¿Este es conde? Sí; este es-conde
la calidad y el dinero.)

(*Vase.*)

ESCENA XIII

EL CONDE, LEONARDO, INÉS

- CONDE. Hermana Inés, no concierta con el honor desta casa ver, quien á tal hora pasa, hombres hablando á su puerta.
- INÉS. Un mendigo remendado que por Dios llega á pedir ¿qué puede dar que decir?
- CONDE. Un tercero, disfrazado de mendigo, busca así la ocasión á su mensaje: y á estas horas el mal traje no se ve, y el hombre sí. Y á estar vos, como es razón, encerrada en vuestra casa, al mendigo y al que pasa quitárades la ocasión.
- INÉS. No sé yo, por vida mía, desde cuándo acá ó por dónde le ha tocado, señor Conde, el cargo á vueseñoría de alcaide ó de guarda-damas desta casa. ¿Qué marido, padre ó galán admitido es de alguna de mis amas, para que las guarde así?
- CONDE. ¡Vive el cielo, que á no ser de aquesta casa y mujer!...
- LEONARDO. Calla.—Inés, ¿estás en ti? ¿Así se atreves al Conde?
- INÉS. Y al mismo rey me atreviera, si tanta ocasión me diera. Quien por su dueño responde se atreve muy justamente. Pero yo le diré á Anarda

que el Conde su puerta guarda,
para que el remedio intente.

(Vase.)

ESCENA XIV

EL CONDE, LEONARDO

LEONARDO.

Perdido vas.

CONDE.

Tal estoy
de celoso y desdeñado,
que ya de desesperado
en nuevos intentos doy.
Ya que no puedo obligar,
vengarme sólo deseo ;
que estas visiones que veo,
la materia me han de dar.
El mozo que hoy en el río
las habló y siguió después ;
hallar á la puerta á Inés
y hablarme con tanto brío ;
de Anarda el airado ceño
hoy, porque al coche llegué :
todo dice, ó nada sé,
que esta casa tiene dueño.

LEONARDO.

¿ Eso dudas ?

CONDE.

De inquirirlo
y darles pesares trato.

LEONARDO.

No le saldrá muy barato,
si tú das en perseguirlo,
al pobre amante el favor.

CONDE.

Tenga disgustos al paso
que los tengo.

LEONARDO.

Para eso
te hizo Dios tan gran señor.
Páguela quien te la hiciere.

CONDE.

Bien es para tales hechos
vestir de acero los pechos.

LEONARDO.

Quien dar pesadumbre quiere,
ha de vivir con cuidado.

CONDE.

Vamos por armas; que el día
ha de hallarme aquí en espía,
Leonardo, hasta ser vengado.

(Vanse.)

ESCENA XV

GARCÍA y HERNANDO, de noche

GARCÍA.

Prosigue.

HERNANDO.

Llegóse á mí
el dicho conde Mauricio,
como ve que sigo el coche,
y preguntame á quién sirvo.
digo que á nadie. Él replica,
¿de dónde soy conocido
de aquellas damas que hablaba,
y por qué ocasión las sigo?
Que ni sigo ni conozco,
le respondo y certifico.—
Pues no os tope yo otra vez
á vista del coche (dijo),
ó á palos haré mataros.—
Yo me aparto, y á un mendigo,
que limosna entre los coches
pidiendo andaba en el río,
mi capa y sombrero doy,
y estos andrajos le pido,
con que, si me ves de día,
oso engañarte á ti mismo.
Con esto, y con que la noche
también ayuda nos hizo,
las seguí, y entré en su casa,
de que somos tan vecinos,
que es ésta que estás mirando,
cuyo soberbio edificio
avaramente publica
los tesoros escondidos.
Hablé con ellas; y al fin,
la que ser Lucrecia dijo

me dió de tenerte amor,
si honestos, claros indicios.
Pregunta tu casa, y yo
con decilla me despido:
de mi humor dicen que gustan;
mas yo, que á tu amor lo aplico,
me dí al disfrazado brindis
de « á más ver » por entendido.
Á Inés, secretaria suya,
mandan que salga conmigo
hasta dejarme en la calle,
cosa bien fuera de estilo,
pero no de la intención,
que presumo y averiguo;
que fué, porque yo de Inés
me informase en el camino
de lo que ellas me negaron:
lance de amor conocido.
Supe que era el nombre Anarda
y Girón el apellido
de la que doña Lucrecia
Chacón nombrarse me dijo.
La otra es su prima, Julia
su nombre, y un viejo tío
es el curador y el Argos
destas dos huérfanas Ios,
ambas por casar, y tienen
dos mayorazgos muy ricos
con que puede hacer dichoso
cada cual á su marido.
Ciertas esperanzas mías
dieron con esto en vacío,
y á Inés, envuelta en donaires,
una flecha de amor tiro.
Llegamos así á la puerta,
donde con celoso brío
se llegó á reconocerme
determinado Mauricio.
Dice que un mendigo soy
Inés; yo finjolo al vivo;

él responde: no hay que daros;
yo á fuer de pobre porfío.
Enfadóse, fuíme, halléte
en la posada, salimos,
las mercedes me contaste,
que hoy el Príncipe te hizo:
llegamos aquí, paramos...
--Con que en breve suma he dicho
cuanto he hecho desde el punto
que me dejaste en el río.

GARCÍA.

De los favores de Anarda
y los celos de Mauricio
me forman los pensamientos
un confuso laberinto.
Hernando, perdido estoy.
No sé qué poder divino
tiene Anarda, que en un punto
me arrebató los sentidos.
Tal estoy, que no me alegran
los favores que hoy me hizo
su Alteza; que los de Anarda
sólo quiero y sólo estimo.
Juzga pues cuál me tendrán
las licencias de Mauricio;
que mucho tiene de dueño
quien cela tan atrevido.

HERNANDO.

Advierte que á una ventana
dos personas han salido.

ESCENA XVI

ANARDA é INÉS, á la ventana.—GARCÍA, HERNANDO

ANARDA.

Dos son.

INÉS.

El Conde y Leonardo
siguen el intento mismo.

ANARDA.

¿Es el Conde?

GARCÍA.

El Conde soy.
(Ap. Á mi muerte me apercibo;

pero venid, desengaño;
que cuanto os temo os estimo.)

Aparta ; que las verdades *(Á Hernando.)*
de amor no quieren testigos,
y saber estas deseo.

HERNANDO. Á esa esquina me retiro. *(Vase.)*

ESCENA XVII

GARCÍA, ANARDA é INÉS

ANARDA. Conde, á vuestro atrevimiento
y grosera demasía,
ni conviene cortesía,
ni es cordura el sufrimiento.
¿ En qué favor fundamento
el guardarme así ha tenido?
Á quien nunca fué admitido
pretendiente ni galán,
decid: ¿ qué leyes le dan
las licencias de marido?
Si con tanta libertad
guardáis mi puerta y mi calle,
¿ quién hará al vulgo que calle,
ó estime mi honestidad?
Si bien me queréis, mirad
mi fama y reputación,
que es forzosa obligación
que al bien amar corresponde.

ESCENA XVIII

EL CONDE y LEONARDO, armados.—GARCÍA, ANARDA é INÉS

ANARDA. Y si no me queréis, Conde,
dejadme en este rincón.
(El Conde escucha á Anarda.)
Y si os pretendéis vengar

con eso de mi desdén,
 sabed que el no querer bien
 no ofende, ni obliga á amar;
 que inclinar ó no inclinar
 sólo lo puede el amor.
 Y si el veros tan señor
 esfuerza vuestra malicia,
 el Rey sabe hacer justicia,
 y yo sé tener valor. *(Retíranse las dos.)*

CONDE. *(Ap.)* Huélgome; que no soy yo
 solamente el desdeñado.

GARCÍA. *(Ap.)* La vida mi amor ha hallado
 donde la muerte esperó.

CONDE. *(Ap.)* ¡ Pobre amante!

LEONARDO. *¿ Muere, ó no?*
(Hablando aparte con su amo.)

CONDE. Viva, pues vive penando.

ESCENA XIX

HERNANDO.—GARCÍA, el CONDE, LEONARDO

HERNANDO. *¿ Qué tenemos?*
(Llegándose á su amo y hablándole aparte.)

GARCÍA. Vida, Hernando:
 el Conde muere.

HERNANDO. Con esto,
¿ cenaremos?

GARCÍA. Vamos presto;
 que está el Príncipe esperando. *(Vanse.)*

ESCENA XX

EL CONDE, LEONARDO

CONDE. Sospecho que no hago bien,
 Leonardo, en no conocello.
 Si es mi igual, sacaré dello

el consuelo á mi desdén,
y á lo menos sabré quién
no ha de causarme cuidado.
Vamos tras él.

LEONARDO.

Acosado
toro embestimos, señor ;
que aún sospecho que es peor
un amante desdeñado.

(Vanse.)

ACTO SEGUNDO

Cámara del Príncipe en el alcázar de Madrid

ESCENA I

EL PRÍNCIPE, GARCÍA, DON JUAN, GERARDO y HERNANDO.
De noche

PRÍNCIPE. De lo que el rey os ha honrado,
que me déis gracias no es bien,
Alarcón, mas parabién,
pues tanto gusto me ha dado.

GARCÍA. Vuestro soy.

PRÍNCIPE. Decid amigo :
mostrarlo puede el efeto,
pues mi más alto secreto
á declararos me obligo.
No me tengáis por liviano
por mostraros presto el pecho,
porque estoy muy satisfecho

que con vos nunca es temprano.
 Y así justamente digo
 que os puedo dar parte dél ;
 que há mucho que sois fiel,
 si há poco que sois amigo.
 Mas pues quiero daros hoy
 la llave del alma mía,
 de mi cámara, García,
 también con ella os la doy.

GARCÍA.

No sólo no he de poder
 serviros merced tan alta ;
 mas aun á la lengua falta
 el modo de agradecer.

PRÍNCIPE.

Alzad.

D. JUAN.

Los brazos os doy,
 alegre de que su Alteza
 honre así vuestra nobleza.

GARCÍA.

Sois mi amigo, y vuestro soy.

D. JUAN.

Á vuestra Alteza, señor,
 los piés beso agradecido,
 pues honra tanto al vencido
 cuanto honrarse al vencedor.

PRÍNCIPE.

Bien, don Juan, sabéis mostrar
 vuestro hidalgo corazón,
 pues no os causa emulación
 la competencia en privar.
 Y con eso ganáis tanto,
 que en mi gracia os levantáis
 al paso que os alegráis
 de lo que á Alarcón levanto.
 No por su privanza viene
 mi amor á menos con vos,
 porque es el rey como Dios,
 que muchos privados tiene.
 Y así cuanto estas acciones
 muestran en vos más valor,
 tanto á vuestro vencedor
 tengo más obligaciones.
 Que cuando no le pagara
 la vida que en vos me dió,

porque á tal hombre venció,
con justa razón le honrara.

GARCÍA. Á la esperanza, señor,
vuestros favores exceden.

PRÍNCIPE. Esos criados se queden.

D. JUAN. El Príncipe mi señor
manda que os quedéis. *(Vase Gerardo.)*

GARCÍA. Hernando

(Hablando aparte con Hernando.)

en nuestra calle me aguarda,
y mientras no voy, á Anarda
te encargo.

HERNANDO. ¿Estaré velando?

GARCÍA. Nunca tan necio has estado.

HERNANDO. ¿Y dormir?

GARCÍA. Dormir de día.

(Vanse el Príncipe, García y don Juan.)

ESCENA II

HERNANDO

HERNANDO. Temprano, por vida mía,
en el uso hemos entrado.
Alto: ¿somos de palacio?
Trasnochar, ir á dormir
al amanecer, vivir
de priesa, y morir despacio.
Si el cielo no lo remedia,
la sátira encaja aquí;
mas no ha de haber cosa en mí
de lacayo de comedia.
¿Cuál á la corte pusiera
algún poeta, si el caso
y el lacayo en este paso
de la comedia tuviera!
¿Cuál pusiera yo á su Alteza!
¿Qué libremente le hablara,
y qué poco respetara

su poder y su grandeza!
 Luégo me apartara dellos,
 cuando á graves cosas van
 él y mi amo y don Juan!
 ¡Mal año! por los cabellos
 de otra parte me trajera,
 y en todo el caso me hallara,
 que el Príncipe aun no fiara
 quizá á los dos, si pudiera.
 Y estando en lo más famoso,
 grave, fuerte y apretado,
 saliera el señor criado
 con un cuento muy mohoso,
 ó una fábula pueril
 de la zorra y el león,
 y la más alta cuestión
 concluyera un hombre vil.
 No, no: el criado servir;
 con el rey la gente grave;
 aconsejar el que sabe,
 y el que predica reñir.

(Vase.)

Calle en que vive Anarda.—Es de noche

ESCENA III

EL PRÍNCIPE, GARCÍA, DON JUAN

PRÍNCIPE. Pensé que un pecho tan fuerte
 como el vuestro, triunfaría
 del amor tierno, García.
 GARCÍA. Iguala amor á la muerte.
 PRÍNCIPE. Militares embarazos
 á muchos dél defendieron.
 GARCÍA. Al dios Marte no valieron
 contra los venéreos lazos.

- PRÍNCIPE. ¿No os admirará en efeto
deciros que amo, García?
- GARCÍA. No, porque ya lo sabía.
- PRÍNCIPE. ¿Cómo?
- GARCÍA. Sé que sois discreto.
- PRÍNCIPE. ¡Qué bien sabéis consolar!
- D. JUAN. Es su consecuencia clara,
puesto que amor se compara
á la piedra de amolar,
en que el más agudo acero
da á sus filos perfección.
- PRÍNCIPE. Esta es la calle, Alarcón,
en que vive por quien muero.
- GARCÍA. *(Ap.)* ¿Qué es esto? Ya el niño Amor
destas sombras se acobarda,
y la hermosura de Anarda
hace cierto mi temor.
- PRÍNCIPE. Esta es la casa.
- GARCÍA. *(Ap.)* ¡Ay de mí!
- PRÍNCIPE. ¡Haz la seña! Mas detente;
que el recato es conveniente,
y pienso que hay gente allí.
- D. JUAN. La calle despejaré.
- PRÍNCIPE. Tú no; que presumirán,
si eres la flecha, don Juan,
que soy yo quien la tiré.
Vaya Alarcón.
- GARCÍA. Voy, señor.
- PRÍNCIPE. En esta esquina os espero.
(Vanse el Príncipe y don Juan.)

ESCENA IV

GARCÍA

- GARCÍA. ¿Para qué, fortuna, quiero
con tal pensión tu favor?
¿De qué sirve la privanza?
mercedes y honras ¿de qué?

Todas te las trocaré
á esta perdida esperanza.
¡ Cuál iba yo, viento en popa !
Fortuna, ya te entendí ;
que con más impetu así
la nave en la peña topa.
El fin traidor has mostrado
con que en levantarme das ;
que para que sienta más,
me has hecho más delicado.
Dándome honrosos despojos
llegas con rostro de paz,
por arrojarme el agraz
en las niñas de los ojos.
¿ Qué es privanza, qué es honor,
qué es la vitoriosa palma,
si en lo más vivo del alma
ejecutas tu rigor ?
Hoy la mayor alegría
y el mayor pesar me has dado :
de dichoso y desdichado
soy ejemplo en sólo un día.
— Pero quizá Anarda bella
no tiene al Príncipe amor.
¿ Qué importa ? Él es mi señor,
y tiene su amor en ella.
No tocan á la lealtad
las ofensas de quien ama ;
mas ya su amigo me llama,
y me obliga la amistad.
¿ De qué sutiles razones,
deseo, os queréis valer ?
¿ Alarcón ha de poner
la lealtad en opiniones ?
Deseo, ó morid en mí,
ó matad conmigo á vos,
porque ó vos ó ambos á dos
hemos de morir aquí.
Llegad, corazón fiel ;
venza al amor la lealtad ;

el paso al cielo allanad
á quien os derriba dél.

ESCENA V

HERNANDO, huyendo, y tras él el CONDE y LEONARDO.—
GARCÍA

HERNANDO. Á no ser tantos, yo sé
si me causaran temor.

GARCÍA. ¿Es Hernando?

HERNANDO. ¿Es mi señor?

GARCÍA. ¿Qué ha sido?

HERNANDO. Desde que entré
en aquesta calle á hacer
lo que me has encomendado,
los de esa cuadrilla han dado
en que me han de conocer.
Porque no me descubrí,
dieron tras mí á cuchilladas,
y mil montantes y espadas
llovió el cielo sobre mí.

GARCÍA. Dos solos diviso yo.

HERNANDO. ¿Dos?

GARCÍA. No más.

HERNANDO. Pues no habrá más.

GARCÍA. ¡Qué trocado, Hernando, estás!
¿Ya tu valor se acabó?

HERNANDO. Tantos son dos como mil
contra aquel que sólo está.

GARCÍA. ¿Y quién será?

HERNANDO. ¿Quién será
sino quien hecho alguacil
nos reconoció, señor?

GARCÍA. ¿El conde Mauricio?

HERNANDO. El Conde.

GARCÍA. Aquí, si mal me responde,
me conocerá mejor.

(Llégase á él.)

—Si acaso algunas mercedes

alcanza la cortesía,
 por ella, hidalgos, querría
 poder con vuestas mercedes
 que dén lugar por un rato
 á cierto amante secreto,
 que debe al alto sujeto
 de su amor este recato;
 que él les dejará después
 toda la noche la calle.

CONDE.

Este, en la voz y en el talle,

(Ap. con Leonardo.)

es Garci-Ruiz.

LEONARDO.

Él es.

CONDE.

¡Pues á buen puerto ha llegado!

Vos pedís bien justa cosa,

(Á García.)

pero muy dificultosa;

que soy ministro, y mandado

de un superior en mi oficio,

que de aquí no haga ausencia,

para cierta diligencia

que importa al real servicio.

Á mí me pesa por cierto

de no poderos servir;

pero que no he de impedir

vuestros amores advierto;

porque callar os prometo:

de más de que es caso llano

que de la justicia es vano

querer encubrir secreto;

que al sol nada se le esconde.

HERNANDO.

Él prosigue su artificio.

(Ap. con su amo.)

GARCÍA.

¿Estás cierto en que es Mauricio?

HERNANDO.

Digo, señor, que es el Conde.

GARCÍA.

Hidalgo, ó seáis justicia

y aquí negocios tengáis,

ó ser ministro finjáis

con cautelosa malicia,

lo que pido haced; que es justo.

CONDE.

Que no puedo he dicho ya.

GARCÍA.

Ya en conseguillo me va

más reputación que gusto ;
 porque quien llega á pedir
 lo que no es justo negar,
 no deja elección al dar,
 y se obliga á conseguir.

CONDE. ¿Qué queréis decir con eso ?

GARCÍA. ¿Aún no lo habéis entendido ?

Que habéis de hacer lo que os pido,
 ú obligarme á algún exceso.

CONDE. No os arriesguéis á un gran daño,
 por la que, según entiendo,
 no os quiere.

GARCÍA. Yo estoy pidiendo
 lugar, y no desengaño.

Esto haced, y no os metáis
 en consejos, ni mostréis
 que conocido me habéis,
 porque á mucho me obligáis.

CONDE. Que os conozca ó no, os prometo
 que es imposible dejaros
 la calle sola.

GARCÍA. ¿En estaros
 os resolvéis en efeto ?

CONDE. Aquí me ha de hallar el día.

GARCÍA. Pues procedéis tan grosero,
 podrá con vos el acero
 lo que no la cortesía.

(Sacan todos las espadas y riñen.)

HERNANDO. ¡Pese á tal ! Agora sí
 me entenderé yo con vos,
 que nos vemos dos á dos.
 ¡Broquelicos para mi !

CONDE. Herido estoy.

GARCÍA. Yo me holgara,
 sin heriros, de obligaros ;
 mas á vos podéis culparos.

CONDE. La fuerza me desampara :
 sin duda es mortal la herida.

GARCÍA. Que me pesa, sabe Dios.—

(Á Hernando, que riñe con Leonardo.)

Tente.—Yo fuera con vos (Al Conde.)
 cuidando de vuestra vida,
 á poder faltar de aquí.
 CONDE. Indicios de noble dais.
 GARCÍA. Por mucho que lo seáis,
 con igual pecho os herí.
 LEONARDO. ¡Ah! ¡pese á quien me parió!
(Vanse Leonardo y el Conde.)

ESCENA VI

EI PRÍNCIPE y DON JUAN, alborotados.—GARCÍA, HERNANDO

PRÍNCIPE. En la vida de García
 se arriesga, don Juan, la mía.
 D. JUAN. ¿No basta que vaya yo?
 PRÍNCIPE. No basta; que no sabemos
 cuántos los contrarios son.
 D. JUAN. Yo soy Luna, él Alarcón,
 que por un millón valemos.
 Mas pienso que viene aquí.
 PRÍNCIPE. García.
 GARCÍA. Señor.
 PRÍNCIPE. ¿Qué ha sido...
 GARCÍA. ¿Qué, señor?
 PRÍNCIPE. Ese rüido
 de cuchilladas que oí?
 GARCÍA. Lo que fué, que no fué nada:
 después, señor, lo diré.
 Agora, pues que se ve
 la calle desocupada,
 logre el tiempo vuestra Alteza.—
(Hablando aparte con el criado.)
 En casa me espera, Hernando.
 HERNANDO. ¡Vive Dios que estoy temblando!
 GARCÍA. Nunca has mostrado flaqueza
 sino en la corte.
 HERNANDO. Señor,
 tú dices que nada ha sido

haber á Mauricio herido,
y puedes ; que en el amor
del Príncipe estás fiado ;
mas á mí el pesar me ahoga ;
que sé que siempre la sogá
quiebra por lo más delgado.

GARCÍA. De tu temor me avergüenzo.

HERNANDO. Hay alcalde que de balde,
por sólo hacer del alcalde,
me pondrá de san Lorenzo.

GARCÍA. Antes á mí me mataran ;
que á los ingratos no imito,
que animan para el delito,
y en la pena desamparan.
Véte, y duerme descuidado.

(Entre tanto hace la seña don Juan.)

HERNANDO. ¿ Á qué no obliga tu amor ?
Bien dicen que el buen señor
es quien hace buen criado.

(Vase.)

PRÍNCIPE. ¿ Si habrán oído ?

ESCENA VII

INÉS, á la ventana.—El PRÍNCIPE, GARCÍA, DON JUAN

D. JUAN. Ya están
á la ventana.

INÉS. ¿ Quién es ?

PRÍNCIPE. Inés parece.

D. JUAN. ¿ Es Inés ?

INÉS. ¿ Quién lo pregunta ?

D. JUAN. Don Juan.

Á Anarda le dí que está
su Alteza aguardando aquí.

PRÍNCIPE. Sin esperanza, le dí.

(Quítase Inés de la ventana.)

¡ Válgame Dios ! ¿ si saldrá ?
Decidme que sí, y con eso
no me matará el temor.

- D. JUAN. Yo tuviera por mejor
prometerte el mal suceso,
y así tendrás más colmado,
si Anarda sale, el contento ;
y si no, será el tormento
mucho menor, esperado.
- GARCÍA. (*Ap.*) ¡ Ah Dios ! ¡ qué dulce esperanza
gané y perdí en sólo un día !
¡ Qué propia ventura mía
en la ligera mudanza !
Pero quizá... ¡ No hay quizá !
« Haced, » el Príncipe dijo,
« la seña, » de que colijo
que es dueño de Anarda ya ;
que amistad hay asentada
donde hay seña conocida ;
y pues tan presto fué oída,
bien se ve que fué esperada.

ESCENA VIII

ANARDA y JULIA, á la ventana.—EL PRÍNCIPE, GARCÍA,
DON JUAN

- ANARDA. Yo salgo, esta es la verdad, (*Ap. con Julia.*)
por el forastero, prima ;
que su prisión me lastima,
si temo su libertad.
- JULIA. ¡ Qué pérdida estás !
- ANARDA. De amor
hasta agora no he sabido.
- JULIA. Tarde, más bien te ha cogido.
(*Ap.* Sabe Dios que estoy peor.)
- ANARDA. ¡ Ah, caballero !
- PRÍNCIPE. Señora,
¿ sois Anarda ?
- ANARDA. Anarda soy.
- PRÍNCIPE. Perdonad, mi bien, si os doy
aqueste disgusto ahora,

impidiendo el venturoso
sueño que ocupando estaba,
por el descanso que os daba
en cambio ese cuerpo hermoso ;
que tanto el susto he sentido,
que hoy en el río tuvistes,
que hasta ver cómo volvistes,
volver en mí no he podido.
¿ Cómo estáis ? ¿ Quitóse ya
aquel alboroto ?

ANARDA.

En mí
nunca, Príncipe, sentí
lo que de entonces acá ;
que hizo en mí tal impresión
el forastero atrevido,
que presente lo he tenido
siempre en la imaginación.

GARCÍA.

(Ap.) ¡ Ah Dios, ¡ si fuese de amor !

ANARDA.

Mas lo que me ha sosegado
es pensar que aprisionado,
como os supliqué, señor,
lo tenéis, para que así
no se vaya sin pagarme.

GARCÍA.

(Ap.) No es este efecto de amarme :
ya de mi engaño salí.
Cuanto de mí se informó,
fué por trazar su venganza,
y mi engañosa esperanza
á favor lo atribuyó.

PRÍNCIPE.

De un yerro que cometí
contra vos, hermosa Anarda,
mi amor el perdón aguarda.

ANARDA.

¿ Cómo ?

PRÍNCIPE.

No os obedecí.

ANARDA.

¿ Luego sin pena quedó
el forastero atrevido ?

PRÍNCIPE.

Y aun con premio bien debido
á las nuevas que me dió.

ANARDA.

(Ap.) ¡ Ay de mí !

JULIA.

(Ap.) Perdida soy,

ANARDA.

¿Esa es la fe y la fineza
que le debí á vuestra Alteza?
Bien desengañada estoy.
¡ La primer cosa que pido,
en que estribaba mi gusto,
y más cuando era tan justo
castigar á un atrevido,
no he podido merecer !

PRÍNCIPE.

Vos lo causastes, por Dios,
porque á vos sólo por vos
dejara de obedecer ;
que como ser entendí
vos causa de aquel exceso,
con que tan fuera de seso
de pena y celos me ví,
quedé de gusto tan loco
con saber que me engañé,
que para albricias juzgué
ser todo mi reino poco.

ANARDA.

Obedecer es fineza.
(*Ap.* Muerta soy, si se ausentó.)
Señor, mi tío tosió :
perdóneme vuestra Alteza ;
que su recato y rigor
me prohíbe este lugar.

PRÍNCIPE.

Primero habéis de escuchar
el descargo de mi error ;
que para que no culpéis
del todo mi inobediencia,
lo traigo á vuestra presencia
á que vos lo castiguéis.

ANARDA.

¿Qué decís ?

PRÍNCIPE.

Que traigo aquí
al forastero conmigo,
sujeto á vuestro castigo.

ANARDA.

Aún podré pensar así
que habéis mi gusto estimado.

GARCÍA.

En fin, ¿ qué perdón no espero
de un error de forastero
y de un furor de agraviado ?

- PRÍNCIPE. Perdonad, por vida mía,
pues lo conoce, su error.
- ANARDA. Cuando no al intercesor,
á su humildad se debía.
- PRÍNCIPE. Pues con eso, dueño mío,
os obedezco en dejaros.
- ANARDA. Bien podéis, señor, estaros;
que ya no tose mi tío.
- PRÍNCIPE. ¿Cómo es posible que tanto
favor haya yo alcanzado?
- ANARDA. (*Ap.*) La fiesta habéis celebrado;
mas habéis errado el santo.
- GARCÍA. (*Ap.*) Que tiene al Príncipe amor,
bien claramente se ve.
Mas ¡ necio yo ! ¿ qué esperé,
si es tal el competidor ?
- PRÍNCIPE. ¿Cómo, Julia, no me dais
el parabién del favor?
- JULIA. Por no impediros, señor,
cuando de Anarda gozáis.
- D. JUAN. Á lo menos, por no dar
con su voz gloria á mi oído.
- JULIA. Siempre, don Juan, habéis sido
desconfiado en amar.
- D. JUAN. Eso tengo de discreto:
y á Dios, ingrata, pluguiera
que otra causa no tuviera
un tan desdichado efeto.
- GARCÍA. (*Ap.*) Los dos aman á las dos:
con tal liga y artificio
seguro va el edificio.
- ANARDA. ¿Cómo trajistes con vos
al forastero, señor?
Á quien mañana se irá,
¡ tan fácilmente se da
noticia de nuestro amor!
(*Ap. las dos. Así le pregunto, prima,
del forastero el estado.*)
- JULIA. ¡ Qué bien tu intento has guiado!
- PRÍNCIPE. No os tengo en tan poca estima,

- que lo que os ama mi pecho
tan fácil le haya fiado.
En mi servicio ha quedado:
de mi cámara lo he hecho.
- ANARDA. ¡ Ah, Julia ! dichosa soy. *(Ap. á ella.)*
- JULIA. Déjame, no me diviertas
de don Juan. *(Ap. Sin que me adviertas,
atenta á mi dicha estoy.)*
- GARCÍA. Gente viene.
- PRÍNCIPE. Anarda, adiós ;
que miro por vuestra fama.
- ANARDA. Así obliga quien bien ama.
- D. JUAN. Adiós.
- JULIA. Él vaya con vos.
- ANARDA. Caballero forastero,
de que os quedéis en palacio
con el Príncipe, de espacio
el parabién daros quiero.
- GARCÍA. Ya con eso lo recibo. *(Vanse las damas.)*

ESCENA IX

EL PRÍNCIPE, DON JUAN, GARCÍA

- PRÍNCIPE. Sin duda ha estado, García,
en vuestra dicha la mía ;
que nunca en el pecho esquivo
de Anarda, señal de amor,
como aquesta noche, ví.
- GARCÍA. *(Ap.)* ¿ Mas si fuese para mí,
sobrescrito á ti el favor ?
- PRÍNCIPE. Bien podéis, señor, estaros,
dijo, queriendo partirme.
- D. JUAN. De que paga tu amor firme
ha dado indicios bien claros.
- GARCÍA. *(Ap.)* Cuando el Príncipe le dijo
que estaba presente yo,
gusto de estarse mostró :
con justa razón colijo,

pues antes irse quería,
que yo su rémora he sido.
Nueva esperanza ha nacido
de la ya ceniza fría.

PRÍNCIPE. Agora podéis contar,
Garcí-Rüiz, lo que fué
aquel rüido.

GARCÍA. Llegué,
pedí que diesen lugar
á un amante ; no quisieron,
por más que rogué importuno ;
saqué la espada, herí al uno,
y con aquello se fueron.

PRÍNCIPE. Mal hicistes : cuando envío,
Alarcón, á despejar,
es por bien ; no ha de costar
sangre de vasallo mio.

GARCÍA. No quiso por bien.

PRÍNCIPE. Dejallo.

GARCÍA. El gusto vuestro estorbaba.

PRÍNCIPE. Menos mi gusto importaba
que la salud de un vasallo.

GARCÍA. Yo erré por ser obediente.

PRÍNCIPE. Cerca estaba yo : volver
y tomar mi parecer.
Quien sirve ha de ser prudente.

(Vanse el Príncipe y don Juan.)

ESCENA X

GARCÍA

¿ En servir hay esta vida ?
¿ Esta gloria en la privanza ?
¿ En tan ligera mudanza
hay tan pesada caída ?
¡ Que haya sido error en mí
lo que fineza juzgué !
¡ Cuando la vida arriesgué

por agradar, ofendí!
 ¡Fuerte caso, dura ley,
 que haya de ser el privado
 un astrólogo, colgado
 de los aspectos del rey!
 Hoy benévolo le vi,
 y hoy contrario vuelve á estar:
 ganélo con no matar,
 y con matar lo perdí.
 ¿Qué es esto? ¿Pruebas conmigo
 tus variedades, fortuna?
 Hoy era don Juan de Luna
 mi más odioso enemigo;
 hoy es ya mi amigo, y hoy
 yo mismo vida le dí;
 hoy al Conde conocí,
 y ya su homicida soy.
 Hoy ví á Anarda, y hoy la amé;
 hoy creí que era querido,
 hoy la esperanza he perdido,
 y hoy á cobrarla torné.
 Hoy me vió el Príncipe, y hoy
 me ví al más sublime estado
 de su favor levantado,
 y ya derribado estoy
 en un infierno profundo
 de temor y de ansia fiera.
 Paciencia: desta manera
 son *Los favores del mundo*.

(Vase.)

Sala en casa de Anarda

ESCENA XI

DON DIEGO, ANARDA y JULIA

D. DIEGO. Enemigas, ¿es razón
 que así la fama perdáis,
 y la heredada opinión

de Pacheco y de Girón
 en tan vil precio tengáis?
 ¿Es bien que el Conde atrevido
 me diga en mis propias canas,
 cuando voy á verle herido,
 que mis sobrinas livianas
 la causa del daño han sido?

ANARDA.

¿Nosotras?

D. DIEGO.

Vosotras pues.

ANARDA.

De desangrado delira.

D. DIEGO.

Pues si la causa es mentira,
 por lo menos verdad es
 el efecto de su ira.

Dice que él no conoció
 ni ha dado ocasión á quien
 en nuestra calle le hirió;
 mas al menos sabe bien
 que desta causa nació.
 Y así sus deudos conjura,
 y en nuestra sangre agraviado
 vengar su herida procura,
 si tu mano no le cura
 la que en el alma le has dado.
 Bien sabes tú que en nobleza
 nadie le excede en España
 de su estado la riqueza
 es notoria, que acompaña
 con gala y con gentileza.
 Ablanda, sobrina, el pecho,
 sin razón duro y extraño;
 busca el gusto en el provecho;
 remedie la mano el daño
 que el hermoso rostro ha hecho.

ANARDA.

Ya no puedo, noble tío,
 á un intento tan injusto
 dejar de oponer el mío;
 que es castigar en mi gusto
 el ajeno desvarío.
 Si él de mí se enamoró,
 y yo lo he desengañado,

¿qué ley me obliga al pecado,
que no solo no hice yo,
mas antes lo he repugnado?

D. DIEGO.

Nunca, sobrina, he creído
que al daño diste ocasión;
mas tu hermosura lo ha sido,
y á mil sin culpa han traído
sus gracias su perdición.

Que no tienes culpa digo;
mas si casarte procuro,
no tu inocencia castigo;
á estorbar el mal futuro,
es sólo á lo que te obligo.

ANARDA.

Señor don Diego, ¡mi tío
da tan cobarde consejo!
Bien se ve que el pecho frío
al brazo cansado y viejo
niega el heredado brío.
¿Morir no será mejor,
que no que Mauricio diga,
en mengua de vuestro honor,
que á sus gustos nos obliga
de sus armas el temor?
¿Somos Girones, ó no?
¿Hanos el valor faltado?
¿Estoy sin parientes yo?
¿Quién en Castilla á un criado
de mi casa se atrevió?
Y si en tan justa ocasión
no quisieren defender
nuestros deudos su opinión,
yo basto, que aunque mujer,
soy en efeto Girón.

D. DIEGO.

¿Estás loca? ¿Qué es aquesto?
¿Piensas que es valor tener
ese brío descompuesto?
Sólo el proceder honesto
es valor en la mujer.
Deja ya vanos antojos,
y admite este pensamiento.

ó para acabar enojos,
 metiéndote en un convento,
 te quitaré de los ojos.
 ANARDA. Vos no sois más que mi tío,
 y ni aun mi padre en razón
 puede forzar mi albedrío:
 casamiento y religión
 han de ser á gusto mío.

(Vase.)

ESCENA XII

DON DIEGO, JULIA

JULIA. Lo que dice Anarda es justo;
 que sólo en tomar estado
 es tirano fuero injusto
 dar á la razón de estado
 jurisdicción sobre el gusto.

(Aquí baja la voz y habla á don Diego, como temiendo que Anarda escuche.)

No es sino mucha razón
 remediar el mal que viene;
 mas de la ciega afición
 que Anarda al Príncipe tiene,
 nace su resolución.
 Que como Mauricio ya
 deste amor viene advertido,
 temerosa Anarda está
 de que siendo su marido,
 de Madrid la sacará;
 y como liviana intenta,
 del Príncipe enamorada,
 hacer á su sangre afrenta,
 procura verse casada
 con quien lo ignore ó consienta.—

Otros remedios habrá; *(Alza la voz.)*

que casarse de este modo
 deshonor nuestro será. *(Baja la voz.)*

—Dale cuenta al Rey de todo;

que él el casamiento hará.
 Calla y remedia discreto,
 pues yo con esta invención
 te descubro su secreto,
 sin ponella en ocasión
 de que me pierda el respeto.
 Y ella imaginando así
 que ayudo sus pensamientos,
 no se guardará de mí,
 y de todos sus intentos
 seré espía para ti.

Agora riñe conmigo,
 para ayudarme á engañalla.

D. DIEGO.

Si no hiciere lo que digo
 Anarda, será ausentalla
 de Madrid justo castigo.

(Alza la voz.)

JULIA.

Si la razón excedieres,
 justicia nos hará el Rey.

D. DIEGO.

¿Tú también mi afrenta quieres?

JULIA.

Quiero lo que es justa ley.

D. DIEGO.

¡Ay de honor puesto en mujer!

Pues lo que quiero ha de ser,
 ó morir quien lo estorbare.

Un monte querrá mover
 el que por fuerza intentare
 reducir una mujer.

(Vase.)

JULIA.

Con esto, Alarcón, procura
 mi amor de Anarda apartarte;
 que en alguna coyuntura
 alcanza el ingenio y arte
 lo que no amor y ventura.
 Callando el dolor que siento,
 disponer mi dicha quiero;
 que es prudente pensamiento
 quitar estorbos, primero
 que descubrir el intento.

(Sola.)

ESCENA XIII

ANARDA. — JULIA

- ANARDA. ¿En qué paró, prima mía?
- JULIA. ¡Pues qué! ¿no nos escuchabas?
Que bien á gritos reñía.
- ANARDA. Tal vez la voz moderabas,
y entonces no te entendía.
- JULIA. Entonces con falso pecho,
porque se fie de mi,
de mi lealtad satisfecho
don Diego Girón, de ti
murmuraba en tu provecho.
Mil defetos le decía
de tu extraña condición,
y modos le proponía
con que reducir podría
á la suya tu intención.
- ANARDA. Un ejemplo de amistad
miro en ti.
- JULIA. *(Ap.)* El mejor engaño
es con la misma verdad.
- ANARDA. Ya el remedio deste daño
resuelve mi voluntad.
- JULIA. ¿Cómo?
- ANARDA. Á llamar he enviado
el valiente forastero,
y de que á tomar estado
me resuelvo, dalle quiero
para el Príncipe un recado.
Que con aquesta ocasión
dalle mi amor solicita
á mi querido Alarcón
los indicios que permita
mi honesta reputación.
Y tú, quedándote aquí
sola con él, le dirás,

como que sale de ti
 y que de su parte estás,
 el amor que reina en mí.
 Que pues la ocasión convida,
 goce della, y á su Alteza
 en casamiento me pida:
 y dile tú la firmeza
 con que tengo defendida
 del Príncipe y de Mauricio
 mi honestidad, pues lo sabes;
 porque á un celoso juicio
 le ha de obligar el indicio
 de pretendientes tan graves.

JULIA.

Yo del Príncipe imagino
 que tu intento ha de estorbar.

ANARDA.

Diréle que determino
 casarme, por allanar
 á sus gustos el camino;
 porque de otra suerte intenta
 los cielos atrás volver:
 y así es fuerza que consienta
 en mi intento, por tener
 fin del mal que le atormenta.
 Que aunque él es tan poderoso,
 si á un hombre de tal valor
 tengo, prima, por esposo,
 no será dificultoso
 el defendelle mi honor.

JULIA.

Tu agudo ingenio bendigo.

ANARDA.

Todo es cautelas amor.

JULIA.

(Ap.) Y así las uso contigo.

No hay enemigo peor
 que el que trae rostro de amigo.

ESCENA XIV

INÉS.—ANARDA, JULIA

INÉS.

El amo de Hernando quiere
 licencia de verte.

ANARDA.

Inés,
mientras conmigo estuviere,
es bien que al balcón estés,
por si mi tío viniere.

(Vase Inés.)

JULIA.

¿ Iréme?

ANARDA.

Ponte en lugar
donde la plática entiendas ;
que habiéndome de ayudar,
es bien que sepas las sendas
por donde has de caminar.

JULIA.

(Ap.) Á ejecutar mi intención.

ANARDA.

Y advierte en el artificio
con que en aquesta ocasión,
sin ofender mi opinión,
le doy de mi amor indicio.

(Apártase Julia y espía desde un lado.)

ESCENA XV

GARCÍA y HERNANDO, de camino.—Dichas

GARCÍA. Dadme, Anarda, los piés.

ANARDA.

Poco es la mano
á tan valiente y noble caballero.
¡ De camino venís!

GARCÍA.

Búscase en vano
firmeza en bien del mundo lisonjero,
y el que en la voluntad de un hombre humano
libra sus dichas, ha de estar primero
apercebido para la mudanza,
que del favor admita la esperanza.
Ayer, ya vos sabéis por qué camino,
hallé fácil al cielo la subida :
¡ mentirosa amistad de mi destino !
¡ Traidora prevención de la caída !
La humilde vara en levantado pino
fué con súbito aumento convertida,
porque del viento airado á la violencia
diese efecto mi propia resistencia.

Aquel alto lugar que ayer tenía,
 perdí, señora, anoche: sabe el cielo
 que por fineza más que culpa mía;
 que tengo en mi conciencia mi consuelo.
 Cuando pensé que al mismo sol subía,
 con todo el edificio dí en el suelo.
 Erré; mas no pequé: soy castigado;
 que es con el rey un yerro gran pecado.
 Miróme disgustado, reprendióme
 severo; y las espaldas volvió esquivo,
 y entrándose en su cámara, dejóme
 fuera de ella y de mí, sin alma y vivo.
 No sé cuál medio en tal extremo tome:
 á entrar ó á estarme en vano me apercibo,
 como al que sueña toros, hace el miedo
 que ni pueda correr ni estarse quedo.
 Al fin, sin velle á mi posada vuelvo;
 que es, aunque sin razón, príncipe airado:
 la noche toda en confusión me envuelvo,
 sin atreverse el sueño al gran cuidado;
 y al fin en ausentarme me resuelvo:
 y el cuerpo huyendo al peligroso estado
 y á la inquietud de la ambición sedienta,
 vivir con mis vasallos y mi renta.
 Y hoy, cuando á visitaros ya partía,
 por despedirme, Anarda, y disculparme,
 llegó un recado vuestro que podría,
 á ser sol fugitivo, repararme.
 Viene obediente el que cortés venía:
 mandadme liberal para obligarme;
 que da pidiendo vuestra gran belleza,
 y es dejaros servir vuestra largueza.

ANARDA.

Señor Garci-Ruiz, desdicha grave
 siempre tocó al mayor merecimiento.
 Si rodó la fortuna, ¿quién no sabe
 que sólo en ser mudable tiene asiento?
 Lo que yo admiro, y en razón no cabe,
 es sólo vuestro poco sufrimiento;
 que ¿quién pensara que faltar podía
 gran fortaleza á grande valentía?

A suerte desigual igual semblante
es propia acción de pechos valerosos:
animoso emprender, sufrir constante
consigue los laureles vitoriosos.

No al primero desdén huya el amante:
grandes los bienes son dificultosos.

Poco al Príncipe amáis, oso decillo,
pues pretendéis servirle sin sufrillo.

GARCÍA. ¿Poco es perder la vida por su gusto?

ANARDA. Sufrirlo es menos, é impaciente os hallo.

GARCÍA. Un injusto rigor sufrir no es justo.

ANARDA. Á ser justo, ¿qué hiciérais en llevarlo?

Y debéis advertir que si es injusto,
ausentaros será justificallo.

Ponerse del jüez en la presencia
es el mejor testigo de inocencia.

No os vais, Garci-Rüiz, ó por lo menos
pensadlo bien primero; que seguirse
prueban mil libros de sentencias llenos,
presto arrojarse y presto arrepentirse.

Ved á su Alteza; que los hombres buenos
no se ausentan del rey sin despedirse.

GARCÍA. Á despedirme dél por vos venía.

ANARDA. Yo ¿qué poder del Príncipe tenía?

GARCÍA. ¡Feliz quien tal ingenio y beldad ama!

ANARDA. No, no, lisonjas no, que no os las creo;

que yo supe que ayer á cierta dama
centellas envió vuestro deseo;
y hoy de la ardiente repentina llama,
pues queréis ausentaros, libre os veo.

¡Múdase tal varón en un instante,
y culpa á la fortuna de inconstante!

GARCÍA. Al que muda con causa de consejo,
no puede darse nombre de liviano.

ANARDA. No me satisfagáis, que no me quejo.

GARCÍA. ¿Tiráis la piedra y escondéis la mano?

Dios sabe, si tan alta empresa dejo,
que un poder me ha oprimido soberano.

ANARDA. Contra amor firme no hay poder bastante.

GARCÍA. Préciome de leal, si de constante.

- Si á quien debo lealtad, esa persona quiere, ¿será razón que yo prosiga?
- ANARDA. En el amor es yerro, y se perdona lo que sin él, traición que se castiga, y el diferente fin la acción abona del vasallo á quien más la ley obliga; que si casarse intenta, nada ofende al señor que gozar sólo pretende. No digo que lo hagáis; que es causa ajena: allá con vos las haya la ofendida; sólo probaros quiero que la pena tenéis, que os da fortuna, merecida. Pecáis mudable, y por castigo ordena otra mudanza, mal de vos sufrida. Ó firmeza aprended en vuestro intento, ó en ajenas mudanzas sufrimiento.
- GARCÍA. Si como firme os amo...
- ANARDA. Si pensara que yo de vuestro amor era el objeto, ofendida de vos no os escuchara; que la mudanza es falta de respeto. Quien una vez conmigo se declara, tal debe estar del amoroso efeto, que por lealtad, honor, premio ó castigo, ha de romper hasta casar conmigo. No: bien sé que otra amáis, ó lo he creído; que á pensar que era yo, disimulara, por no dar ocasión á que atrevido vuestro pecho su amor me declarara; mas siempre cortesana ley ha sido decir lisonjas y alabar la cara. Si por eso lo hacéis, yo más querría tosca verdad, que falsa cortesía.
- GARCÍA. Si es la verdad grosera, soy grosero.
- ANARDA. Basta: mirad que el Príncipe me ama.
- GARCÍA. Peco si intento; pero no si os quiero.
- ANARDA. Amor da intentos como el fuego llama. Decir *amo* es intento verdadero; que á recíproco amor el amor llama.
- GARCÍA. El fin diverso abona mis acciones.

ANARDA. No son para conmigo mis liciones ;
para con la que amáis os las he dado.
Bien sé que otra os ocupa el pensamiento ;
que á ser yo vuestro amor, dichoso estado
le daba la ocasión á vuestro intento ;
pues para lo que ahora os he llamado,
es para que tratéis mi casamiento
con el Príncipe vos : si habéis de vello,
diréos la causa que me obliga á hacello.

GARCÍA. Por fuerza os he de obedecer, señora.

ANARDA. Sabed que está Mauricio, el conde, herido,
y dice que, si bien la mano ignora
sabe que yo la causa dello he sido,
y puesto que me iguala y que me adora,
me resuelva á admitille por marido,
ó que contra mi sangre verá España
salir todos sus deudos á campaña.
Yo aborrezco á Mauricio, y si le amara,
esta amenaza que á mi sangre ha hecho,
á no dalle la mano me obligara ;
que no se rinde el gusto á su despecho.
En favor de Mauricio se declara
mi tío, que procura su provecho :
el Príncipe, que tanto amarme jura,
muéstrelo en remediar mi desventura.
Que pues su Alteza no ha de ser mi esposo,
y querer mi deshonra es no quererme,
es en esta ocasión lance forzoso
buscar quien pueda honrarme y defenderme.
Por si resiste el Príncipe amoroso,
de vuestra autoridad quise valerme.
Vos persuadidle, y advertid, García,
que en vuestra voluntad dejo la mía.

(Hace que se va, y al entrarse se encuentra y queda hablando con Julia.)

GARCÍA. *(Ap.)* ¡ Con cuán honestas señales
Anarda en esta ocasión
me ha mostrado su afición !

ANARDA. Dile tú agora mis males.

(Vase.)

ESCENA XVI

JULIA, GARCÍA, HERNANDO

- GARCÍA. (Ap.) ¡ Dichoso mil veces yo !
 HERNANDO. ¿ Ya se pasó la tristeza
 del enojo de su Alteza ?
 GARCÍA. Con tal trueque, ¿ por qué no ?
 Cuando en tal privanza estoy,
 ¿ qué importa la que he perdido ?
 Haz cuenta que ya marido
 de la hermosa Anarda soy.
 HERNANDO. ¿ Tan presto ?
 GARCÍA. Ella misma ha abierto
 á mis intentos lugar.
 HERNANDO. ¿ Quién creyera en tanto mar
 que estaba tan cerca el puerto ?
 JULIA. Caballero forastero...
 GARCÍA. Bella cortesana...
 JULIA. Oíd.
 Por forastero en Madrid,
 un consejo daros quiero.
 No tengáis á poco seso
 que, sin pedillo, os le doy,
 porque disculpada estoy
 con lo que en dalle intereso.
 Anarda, según he oído,
 poder de casalla os dió,
 y á Mauricio os declaró
 que no quiere por marido.
 La causa os diré : y así
 vos de ella colegiréis
 lo que en esto hacer debéis,
 y lo que me mueve á mí.
 Soy su prima, y de su amor
 secretaria ; mas ahora
 soy á su amistad traidora
 por ser leal á mi honor.

Por su Alteza Anarda muere ;
 y como ya el Conde herido
 deste amor está advertido,
 por esposo no le quiere ;
 que á impedir es poderoso
 la infamia que Anarda intenta,
 y á quien lo ignore ó consienta
 quiere tener por esposo.
 De aquí podéis entender
 lo que me va en no callar,
 y si vois debéis mirar
 á quién la dais por mujer.

(Vase.)

ESCENA XVII

GARCÍA, HERNANDO

- GARCÍA. ¿Qué es aquesto, cielo eterno ?
 ¿Soy yo aquel que agora fui ?
 ¿De un paso al cielo subí,
 y de otro bajé al infierno ?
 Agora tuve delante
 la gloria por quien suspiro,
 y en medio en un punto miro
 mil montañas de diamante.
 El que á tal nació sujeto,
 ¿qué perdiera en no nacer ?
- HERNANDO. ¿Qué te ha dicho esta mujer ?
- GARCÍA. ¿No te lo ha dicho el efeto ?
 Un desengaño.
- HERNANDO. Fortuna
 nos da su retrato en ti :
 agora pisar te ví
 con los mismos piés la luna,
 y ya en el centro profundo
 de dolor y rabia fiera.
- GARCÍA. Paciencia : desta manera
 son los favores del mundo.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

DON JUAN, JULIA

- D. JUAN. Su Alteza, que por mandado del Rey, á Toledo parte, de Anarda quiere encargarte en esta ausencia el cuidado.
- JULIA. (*Ap.* Ocasión me da con esto para esforzar mi invención.)
En estrecha obligación hoy el Príncipe me ha puesto; que pues de mí se confía, guardarle debo amistad, y el decirle la verdad corre ya por cuenta mía.
- D. JUAN. Habla pues.
- JULIA. Dile que vea que al forastero Alarcón tiene mi prima afición, y ser su esposa desea. Si lo consigue, su Alteza se puede dar por perdido; que da el amor del marido á la mujer fortaleza. No hay que esperar, si se casa con hombre de tal valor, y que sabe ya el amor en que el Príncipe se abrasa. Ella dirá que desea casarse, por allanar

el camino y dar lugar
al Príncipe : no la crea ;
que es engañoso artificio,
y ha de resistir después.

D. JUAN. Pues tu consejo ¿ cuál es ?

JULIA. Que la case con Mauricio,
á quien da en aborrecer
Anarda ; que de ofendido
está muy cerca el marido
que aborrece la mujer.

D. JUAN. Y Mauricio ¿ no es honrado,
y á guardar su honor bastante ?

JULIA. Deste intento está ignorante :
nada puede un descuidado.

D. JUAN. ¿ Sabes si el Conde querrá ?

JULIA. Sé que por Anarda muere.

D. JUAN. ¿ Pues cómo, de que la quiere
el Príncipe, ajeno está ?

JULIA. Su Alteza es tan recatado
que nunca el conde Mauricio
tuvo de su amor indicio ;
tú sólo celos le has dado
con tus rondas y paseos.
Mas eso no ha de estorballe,
pues cesa con declaralle
que causo yo tus deseos.

D. JUAN. Si el Conde está sospechoso,
ha de pensar que es enredo.

JULIA. Pues quitarémosle el miedo
con que seas tú mi esposo.

D. JUAN. ¿ Qué dices ? ¿ Tan gran favor
he merecido de ti ?

JULIA. ¿ No es tiempo que obren en mí
tus méritos y tu amor ?

D. JUAN. ¡ Dulce fin de tantos daños !

JULIA. (Ap.) Anarda la mano dé
al Conde ; que yo sabré
usar contigo de engaños.

D. JUAN. Su Alteza, mi bien, me espera.

JULIA. ¿ Hasme de olvidar, don Juan ?

- D. JUAN. Antes, Julia, olvidarán
las estrellas su carrera.
- JULIA. De tu ausencia y mi tristeza
¿cuándo el fin tengo de ver?
- D. JUAN. Esta noche he de volver
por la posta con su Alteza. *(Hace que se va.)*
- JULIA. *(Ap. Bien engañado lo envío.*
Mas ¡ay! ¿si se va Alarcón
á Toledo? Una invención
remedie el tormento mío.)
Don Juan. *(Vuelve don Juan.)*
- D. JUAN. Señora.
- JULIA. Oye.
- D. JUAN. Di.
- JULIA. Mira que es inconveniente
que Garcí-Ruiz se ausente
en esta ocasión de aquí,
que examinar su intención
con cautela es acertado;
que si paga, enamorado
de mi prima, su afición,
tales cosas le diré,
que aborrezca á la que estima,
y despechada mi prima
al Conde la mano dé.
- D. JUAN. Dirélo al Príncipe así.
Loco voy con tu favor. *(Vase.)*
- JULIA. ¡ En qué laberinto, amor,
me voy entrando tras ti!
Á don Juan he dicho ahora
que está Mauricio ignorante
de que es el Príncipe amante
de Anarda; y que no lo ignora
dije á don Diego, mi tío.
Con sus intenciones varias,
y por dos causas contrarias
á un mismo efeto los guío.

ESCENA II

DON DIEGO.—JULIA

- D. DIEGO. Ya, Julia querida, he dado cuenta al rey de nuestro intento, y que el Príncipe al momento de Madrid salga ha mandado.
- JULIA. ¿Y en lo que á Mauricio toca?
- D. DIEGO. Que ó la mano le dará, ó en un convento tendrá justo castigo esa loca.
- JULIA. Yo haré con tal artificio lo que tu pecho desea, que el mismo príncipe sea quien la case con Mauricio.
- D. DIEGO. De remediar nuestro honor tengo justa confianza en lo que tu ingenio alcanza.
- JULIA. (*ap.*) Di en lo que alcanza mi amor. (*Vanse.*)

Cámara del Príncipe

ESCENA III

EL PRÍNCIPE, con botas, y GERARDO, con las espuelas, para ponérselas. Luégo dos pajes.

PRÍNCIPE. Acaba; que me tienes ya cansado.

GERARDO. En quemar la materia más cercana, (*Ap.*)
al fuego imita un príncipe enojado.

PRÍNCIPE. Ponlas, acaba. ¡Cuán de buena gana con ellas las entrañas le rompiera

al que pena me dió tan inhumana! (*Sale el paje 1.º*)

PAJE. Ya apercebido el carruaje espera.

PRÍNCIPE. Pues ¿quién te lo pregunta?

PAJE. Vuestra Alteza
mandó que en siendo tiempo lo dijera.

PRÍNCIPE. No obedecerme fuera más fineza;
que el discreto no da, sin ser forzado,
nuevas que sabe que han de dar tristeza.

(*Sale el paje 2.º*)

PAJE 2.º Á vuestra Alteza aguarda aderezado
el almuerzo, señor.

PRÍNCIPE. Todos entiendo
que os habéis á matarme conjurado.
Necio, á quien de la vida está partiendo,
¿qué gusto puede darle la comida?
Que es, amando, partir, vivir muriendo.
Idos de aquí, dejadme; que la vida
me sobra, pues me falta la paciencia.
¡Ay antes muerta gloria que nacida!
El favor vino anoche, y hoy la ausencia,
porque tenga en la misma medicina
materia más copiosa la dolencia.

PAJE 1.º Agora entra Alarcón. (*Hablando aparte con el 2.º*)

PAJE 2.º Él no imagina
que está el mar por el cielo.

PAJE 1.º ¿Llegar osa?
Corre Faetón á su fatal ruina.

ESCENA IV

GARCÍA.—El PRÍNCIPE, GERARDO y pajes

GARCÍA. Si acaso vuestra mano poderosa,
del justo enojo de mi error causado,
ha envainado la espada rigurosa,
merézcala besar quien humillado
en cambio dél, señor, la sangre ofrece
que en el servicio vuestro ha derramado.

PRÍNCIPE. Alzad, Garci-Ruiz, y si os parece

que yo estuve enojado, yerro ha sido;
 que vuestro amor leal no lo merece.
 Sabiendo que un vasallo estaba herido
 por mi causa, aquel justo sentimiento
 de lastimado fué, no de ofendido.
 Decir que errastes fué un advertimiento
 y regla de servirme, no castigo;
 que sé que no hay pecado sin intento.
 Graves razones son las que conmigo
 os dieron de amistad el nudo estrecho:
 no levemente pierdo un buen amigo.
 Sabréis de hoy más de mi piadoso pecho
 la condición: jamás de ageno daño
 quiero que nazca mi mayor provecho.

GERARDO. Ved de quien sirve el claro desengaño:

(Ap. con los pajes.)

aquí nos anegamos, y en bonanza
 da al viento aquí esta nave todo el paño.

PAJE 1.º ¿Quién creyera tan presto tal mudanza?

PAJE 2.º Merécela Alarcón.

PAJE 1.º Bueno es ser bueno;
 Mas no el honrado, el venturoso alcanza.

(Vanse los criados.)

ESCENA V

EL PRÍNCIPE, GARCÍA

PRÍNCIPE. Tratemos de mis males; que estoy lleno
 de rabia y de dolor, y el pecho mío
 se enciende en furia de mortal veneno.
 Hoy de mi Anarda ese caduco tío
 al rey de mis intentos se ha quejado:
 vuestro yerro causó tal desvarío.
 Mauricio fué el herido; han sospechado
 que por mi voluntad; y que á Toledo
 parta al punto, mi padre me ha mandado.
 ¿Cómo, ausente de Anarda, vivir puedo,
 si aunque presente estoy, muriendo vivo?

GARCÍA. Si tu amor firme ó tu celoso miedo
 remedio alcanzan de tu mal esquivo
 posible, huya el dolor, la pena olvida,
 pues que yo á ejecutarlo me apercibo.
 Lo que mi brazo erró, enmiende mi vida ;
 que desde que empezó, por justa herencia,
 está por ti á perderse apercebida.
 Para seguirte en esta triste ausencia
 las espuelas calcé. (*Ap.* Callo mi intento,
 pues la misma ocasión da la advertencia.)
 La vida sigue el mismo pensamiento :
 traza, resuelve, manda ; que no siente
 imposible mi fiel atrevimiento.

PRÍNCIPE. Vuestra lealtad, que al sol resplandeciente
 su luz opone, alivia mi tormento :
 y así, mientras de Anarda peno ausente,
 en prendas quedaréis de mi firmeza,
 que ser Argos de Anarda es gran ventura,
 por mirar con cien ojos su belleza.

GARCÍA. Premiáis mi amor. (*Ap.* Aquí la suerte dura
 la suerte echó : ¡por cuidadosa guarda
 quedo yo contra mí de su hermosura !)
 Un recado, señor, la hermosa Anarda
 me ha dado para ti.

PRÍNCIPE. ¿Cómo, García,
 tanto tu lengua en referirlo tarda ?

GARCÍA. Porque no solicita tu alegría.
 Y á no obligar la ley de buen criado,
 con el silencio más te serviría.

PRÍNCIPE. Habla ya ; que el temor me ha atormentado
 más que la nueva puede.

GARCÍA. Tu mal sienta,
 si bien en tu valor voy confiado,
 porque es el toque dél el sufrimiento.

(*Hablan en voz baja.*)

ESCENA VI

DON JUAN, GERARDO.—EL PRÍNCIPE, GARCÍA

- GERARDO. Como el toro, á quien tiró
(Hablando con D. Juan á la puerta de la cámara.)
 la vara una diestra mano,
 arremete al más cercano
 sin buscar á quien le hirió,
 su Alteza, con el dolor
 que esta nueva le ha causado,
 en nosotros ha vengado
 los agravios de su amor.
 Mas en entrando Alarcón,
 ó de amor, ó de respeto,
 serenó el airado aspeto
 y mudó la condición.
- D. JUAN. Bien sabe Garci-Rüiz
 merecer tanto favor.
- GERARDO. Merece con el señor
 quien tiene estrella feliz.
- PRÍNCIPE. ¿Que le dé marido yo?
- GARCÍA. Así lo dice.
- PRÍNCIPE. ¡ Ah García !
 En mi loco amor confía
 quien tal recado envió.
 ¡ Ah cielo ! ¡ Yo le he de dar
 á la que adoro marido !
 Cuánto corta en un rendido
 la espada, quiere probar.
 ¡ Anoche el favor primero,
 y hoy desengañarme así !
- GARCÍA. *(Ap.)* Que fué el amor para mí,
 de todo con causa infiero.
 Pero ¿ cómo puedo ¡ ay triste !
 merecer por dulce esposa
 mujer tan noble y hermosa,

- y que á un príncipe resiste?
 PRÍNCIPE. ¿Qué haré?
- GARCÍA. En casos de amor
 nunca supe dar consejo.
- PRÍNCIPE. Vos, pues en la corte os dejo,
 con vuestro seso y valor
 divertilda de ese intento,
 encarecelde mi pena,
 mientras el remedio ordena
 mi afligido pensamiento.
- GARCÍA. Dos imposibles, señor,
 Me encargas.
- PRÍNCIPE. Tal caballero
 para tales casos quiero.
 Caballerizo mayor...
- GARCÍA. De Alejandro es vuestra Alteza
 envidia. *(Arrodillándose.)*
- PRÍNCIPE. Alzad pues.—Don Juan,
 ¡calláis!
- D. JUAN. Callando se dan
 nuevas que son de tristeza.
- PRÍNCIPE. ¿Qué hay de Julia?
- D. JUAN. Ya la ví.
- PRÍNCIPE. No temáis; que de Alarcón
 sé ya la resolución
 de mi Anarda contra mí.
 Ya sé que se determina
 á casarse esa crüel.
- D. JUAN. Luégo ya sabréis que es él
(Hablando aparte con el Príncipe.)
 á quien Anarda se inclina?
- PRÍNCIPE. ¿Quién?
- D. JUAN. Repórtate.
- PRÍNCIPE. Acabad;
 Que el alma en furor se abrasa.
- D. JUAN. Oye, señor, lo que pasa,
 Si Julia dice verdad.
(Hablan bajo el príncipe y don Juan.)
- GERARDO. De la merced que os ha hecho
 el Príncipe, alegre os doy

un gran parabién.

GARCÍA. Yo estoy
de vuestro amor satisfecho;
pero podéis persuadiros
que nada os quedo á deber,
y cuanto tenga ha de ser,
Gerardo, para serviros.

GERARDO. Vuestro valor al deseo
da seguras esperanzas.

GARCÍA. (*Ap.*) Tocando estoy las mudanzas
de mi suerte, y no las creo.
¿Quién, del infeliz estado
en que hoy se vió mi ventura,
creyera que á tanta altura
hoy me viera levantado?

PRÍNCIPE. ¡ Tal maldad ! ¡ Viven los cielos,
que he de hacer !...

D. JUAN. Señor, detente.

PRÍNCIPE. ¿ Quieres que el volcán reviente,
y el mundo abrasen mis celos ?—
¡ Alarcón !...

(*Á él.*)

D. JUAN. Que adviertas, ruego,
á su gran valor.

PRÍNCIPE. Salid.
al momento de Madrid.

GARCÍA. ¿ Para adónde ?

PRÍNCIPE. Salid luégo,
y cuanto más lejos vais,
me daré por más servido.

GARCÍA. Señor...

PRÍNCIPE. Ya estoy ofendido
de que partido no hayáis.

GARCÍA. ¿ Qué es esto, suerte importuna ?
(*Ap. retirándose.*) ¿ Así el favor desvanece ?
¡ Vive el cielo, que parece
que está loca la fortuna !
¿ Qué le habrá dicho don Juan ?
Mas de don Juan ¿ qué recelo,
si estas mudanzas del cielo
ciertos avisos me dan,

haciéndome sin segundo
ya en el bien y ya en el daño,
del engaño y desengaño
de los favores del mundo?

(Vase.)

ESCENA VII

EL PRÍNCIPE, DON JUAN, GERARDO

- D. JUAN. Dame para hablar licencia,
ya que Alarcón se ha partido.
- PRÍNCIPE. ¿Qué quieres? ¿Dirás que ha sido
poco humana mi sentencia,
siendo tanta la ocasión?
- D. JUAN. Si á eso miro, fué piadosa,
señor, pero rigurosa,
si miro á tu condición;
que desconozco el rigor
en quien es la mansedumbre
naturaleza y costumbre.
- PRÍNCIPE. ¿Qué no harán celos y amor?
Tan otro soy del que fuí,
con sus efectos violentos,
que extraño mis pensamientos,
y no me conozco á mí.
- D. JUAN. De que no sientas no trato,
donde es tanta la ocasión;
mas da un rato á la razón,
pues diste al enojo un rato.
Confesado me ha tu Alteza
que es violento ese accidente:
lo violento fácilmente
vuelve á su naturaleza.
¿En qué diferencia pones
á ti y á un hombre vulgar,
si así te dejas llevar
del furor de tus pasiones?
Cualquiera, señor, es sabio
donde no hay dificultad;

la mansedumbre y piedad
se tocan en el agravio.
La fiera borrasca muestra
si es el piloto prudente,
y el jinete en potro ardiente
fuertes piés y mano diestra.
Esta es la misma ocasión
que debiera desear
tu Alteza, para mostrar
su piadosa condición,
y más donde el condenado
ser inocente podría ;
que hasta agora de García
no sabemos si ha pecado.
Julia sólo el pensamiento
de Anarda me ha referido ;
pero no que él haya sido
cómplice de aqueste intento.
Y la primera advertencia
que Julia en esta ocasión
me hizo, fué que Alarcón
no te siga en esta ausencia ;
que cautamente sabrá
dél si á tu enemiga estima :
y siendo así, de su prima
tales cosas le dirá,
que la desdeñe injurioso,
para que ella desdeñada,
de su amor desesperada
quiera al conde por esposo.
Que mientras tenga esperanza
de que él su amor corresponde,
no hay pensar que verá el Conde
en sus rigores mudanza.
Es agudo pensamiento.
Con amor y con lealtad
te sirve, y la voluntad
da fuerza al entendimiento.
Demás desto, considera
que sabiendo tu afición,

PRÍNCIPE.

D. JUAN.

no se casará Alarcón,
 aunque querido la quiera.
 Y por un leve temor
 que asegura su nobleza,
 no ha de pagar mal tu Alteza
 á un hombre de tal valor.
 Ni permitas que Alarcón
 me tenga por falso amigo,
 pues de lo que hablé contigo
 vió nacer tu indignación:
 con que es forzoso entender
 que ingrato y villano soy,
 pues quito tu favor hoy
 á quien vida me dió ayer.
 Bien temí yo tu castigo
 cuando te daba el recado;
 mas la ley de buen criado
 venció á la de buen amigo.
 Esto ha de bastar, señor,
 á que tomes otro acuerdo,
 si mis servicios no pierdo,
 si no me engaña tu amor.

PRÍNCIPE.

Digo que me has convencido,
 y de haberlo desterrado
 estoy, don Juan, lastimado,
 cuanto más arrepentido.
 Abrázame; que es razón
 dar premio á tu gran nobleza,
 y por ver esta fineza,
 estimo aquesta ocasión.

D. JUAN.

Por tal dueño poco es dar
 la sangre, vida y honor.
 Dame licencia, señor,
 de que lo vaya á alcanzar.

PRÍNCIPE.

Será, don Juan, darle indicio
 de liviana condición.

D. JUAN.

Fía tu reputación
 de mi ingenioso artificio.

PRÍNCIPE.

Como la ocasión no pueda
 colegir que esto ha causado,

á lo que le he encomendado
 le di que en la corte queda.
 D. JUAN. ¿Partes luégo?
 PRÍNCIPE. Ya el rigor
 de mi airado padre ves.
 D. JUAN. Para alcanzarte, á mis piés
 dará sus alas mi amor. (Vase.)

ESCENA VIII

Los dos pajes y otros criados.—El PRÍNCIPE, GERARDO

PRÍNCIPE. ¿Puedo partir?
 GERARDO. Á tu Alteza
 todo aguarda apercebido.
 PRÍNCIPE. ¿Quién duda que estás sentido,
 Gerardo, de mi aspereza?
 GERARDO. Sólo tus pesares siento.
 PRÍNCIPE. ¡Ah Gerardo! no te espante;
 que es pluma leve un amante,
 y celos y amor el viento.—
 Alégrete este rubí, (Dale una sortija.)
 si por mi causa estás triste.—
 Y tú, pues que me sufriste
 lo que sin razón reñí,
(Da al Paje 2.º otra sortija.)
 con este diamante, Octavio,
 publica tu sufrimiento;—
 y á ti, el arrepentimiento
 que tengo ya de tu agravio,
 te diga aquesa cadena, (Da á otro una cadena.)
 que me confiesa obligado.
 PAJE 1.º Aumente el cielo tu estado.
 GERARDO. Alivie Anarda tu pena.
 PAJE 1.º Á su curso natural
 el río presto volvió.
 GERARDO. ¿Quién á Principe sirvió
 tan piadoso y liberal? (Vanse.)

Habitación de García, en Madrid

ESCENA IX

GARCIA y HERNANDO, de camino

GARCÍA. ¿Cómo está el Conde?

HERNANDO. No es nada.

¡ Un piquete siente así!
 Como es señor, es de vidrio,
 y está su vida en un tris.
 Tiene en la tabla del brazo
 una sangría sutil;
 que la manga de la cota
 no le llegaba hasta allí.
 Una vena le rompiste:

• desangrábase, y así
 se desmayó; ya está bueno,
 y ha pedido de vestir.

GARCÍA. Huélgome. ¿Vienen las postas?

HERNANDO. Ya comenzaba á subir
el postillón, batanado
en el angosto rocín.

GARCÍA. Mucho tarda á mi deseo.

HERNANDO. Esto ¿es irte, ó es huir?

GARCÍA. ¡ Fuego de Dios en amores
y privanzas de Madrid!HERNANDO. ¿Esos dos polos quisiste
con tus dos manos asir?
 Á entrambos pierde de vista
el ingenio más sutil,
 y el que más alcanza, dice
que ha de conservarse aquí
Ganimedes con embuste,
 y con dinero Amadís.
 Anda en cueros por las calles
despreciado el dios Machín,
 y como se ve tan pobre

y ciego, ha dado en pedir.
 En amaneciendo Dios,
 ya en chinela, ya en chapín,
 de los nidos salen bandas
 de busconas á embestir,
 todas buscando el dinero,
 no al galán sabio y gentil:
 quien no tiene, es un demonio,
 y quien tiene, un serafín.
 Ninguno cumple deseo,
 si bien lo adviertes, aquí;
 que el pobre jamás llegó
 de sus intentos al fin;
 y el rico, si no desea,
 ¿cómo lo puede cumplir?
 porque antes de desear
 alcanza el rico en Madrid.
 Sin estos inconvenientes,
 considero yo otros mil,
 que es un asno el que en la corte
 con ellos quiere vivir.
 Un lencero ¿á quién no mata
 con un cuerpazo hasta allí,
 dando voces como truenos,
 que hacen los perros huir?
 ¿Á quién no cansa un barbón
 con un tiple muy sutil,
 lastimero y recalzado,
 diciendo: *hili portuguí?*
 ¿Quién sufre un burro aguador,
 que me sabe distinguir
 á mí de un poste, y se aparta
 del poste, y me embiste á mí?
 ¿Quién sufre un cochero exento,
 cuya lanza cocheril
 rompe más entre cristianos
 que entre moros la del Cid?
 ¿Esas cosas te dan pena?
 Estas me la dan á mí,
 que son con las que se roza

GARCÍA.

HERNANDO.

la jerarquía servil.
 Y si cosas tan menudas
 me desesperan así,
 ¿cuál estará entre las grandes
 el que juzgan más feliz?
 ¡Buena pascua! Vamos presto:
 nunca tan cuerdo te ví;
 que aquí todo es embeleco,
 todo engaño, todo ardid.
 Al que promete aquí menos,
 y al que cumple más aquí,
 el pronóstico de Cádiz
 no se la gana á mentir.
 Coche y Prado son su gloria,
 y ésta se reduce al fin
 á mirarse unos á otros,
 y andar de aquí para allí.—
 Pero las postas son éstas.

GARCÍA.

Pues alto, Hernando, á subir.

HERNANDO.

Bien puedes; que á punto están
la maleta y el cojín.*(Vase.)*

GARCÍA.

Adiós, corte; adiós, Anarda.

ESCENA X

GARCÍA, DON JUAN

D. JUAN.

Los caballos despedid;
que os manda quedar su Alteza
en la corte.

GARCÍA.

¡Qué decís!

D. JUAN.

Que cesó la causa ya
porque os mandaba partir,
y así ha cesado el efeto.

GARCÍA.

¿Y puedo saberla?

D. JUAN.

Sí.

GARCÍA.

Decidla presto, don Juan.
¿Qué causa al Principe di
de tan repentino enojo?

- D. JUAN. Erraisos, Garci-Rüiz.
No de enojo, mas de amor
mudó el clavel en jazmín,
por una nueva que yo
de vuestro riesgo le dí.
- GARCÍA. ¿Y era el riesgo...
- D. JUAN. Del enojo
del Rey.
- GARCÍA. ¿Del Rey contra mí?
- D. JUAN. Por la herida de Mauricio.
- GARCÍA. Pues quién le pudo decir
que fuí yo el actor?
- D. JUAN. No sé:
por esto os mandó partir,
como os ama, temeroso
de algún suceso infeliz;
y el enojo que en él vistas,
fué contra el pecho rüin
que á indignar al Rey con vos
dió aliento á la lengua vil.
Entró luégo á ver al Rey,
y dijole con ardid
cómo á Toledo, García,
os llevaba á vos y á mí.
Que nos llevase en buen hora,
dijo su padre, y de aquí,
que era falsa colegimos
la nueva que yo le dí;
que á estar con vos indignado,
no os permitiera seguir
al Príncipe, y en su rostro
que mintió la fama ví.
Con esto y con que á su Alteza
libraros, Garci-Rüiz,
de cualquier riesgo es más fácil
que no apartaros de sí,
os manda quedar, y encarga
á ese esfuerzo varonil
lo que con vos ha tratado.
- GARCÍA. ¿Y es menester para mi

este recuerdo? Á su Alteza,
 don Juan amigo, decid
 que sólo triste partía
 de pensar que le ofendí,
 y alegre de que fué engaño,
 quedo á servirle en Madrid.
 Dadme los brazos, García.
 Don Juan, ¿tan presto os partís?
 Al Príncipe he de alcanzar,
 que va á Illescas á dormir.
 (*Ap.* Ni más por ti pude hacer,
 ni más te puedo decir;
 valor y prudencia tienes,
 tú sabrás mirar por ti.)

(Vase.)

ESCENA XI

GARCÍA

Encontró Amor á la Fortuna un día,
 émula de su imperio soberano:
 de Aqueló las reliquias una mano,
 y la rueda fatal otra movía.

El soberbio rapaz la desafía,
 y el arco flecha; pero flecha en vano;
 que no la ofende su poder tirano,
 si el cetro menos él della temía.

Al fin reconocidos por iguales,
 dios cada cual en cuanto ciñe Apolo,
 ni él las viras dejó, ni ella los giros.

¿Qué tanto soy entre enemigos tales?
 No se vencen los dioses; ¡y yo solo
 bastaré á sus mudanzas y sus tiros!

(Vase.)

Sala en casa de Anarda

ESCENA XII

JULIA, ANARDA é INÉS

- JULIA. En lo que ahora te digo,
mi amor te quiero mostrar.
Á Mauricio tu enemigo
el Rey pretende casar
contra tu gusto contigo,
y siguiendo aqueste intento,
vendrá agora de su parte
quien acabe el pensamiento,
con orden para llevarte,
si resistes, á un convento.
- ANARDA. Cuando la mano le dé
al Conde, ó no tendré seso,
Julia, ó sin vida estaré.
- JULIA. Si te resuelves en eso,
un consejo te daré.
- ANARDA. Ya, prima, tu lengua tarda.
- JULIA. Éntrate al punto en el coche;
del furor del Rey te guarda;
que yo desde aquí á la noche
haré tu negocio, Anarda.
- ANARDA. Bien dices.
- JULIA. Presto; que ya
vendrá la gente que digo.
- ANARDA. ¡Hola! El coche.
- INÉS. Puesto está.
- ANARDA. El manto, Inés. Ven conmigo.
- JULIA. Las cortinas llevará
tendidas el coche, prima:
no sepan que vas en él.
- ANARDA. Mucho tu amistad me anima;
que es una amiga fiel
la joya de más estima. (*Vanse Anarda é Inés.*)

ESCENA XIII

JULIA

¡Qué bien la supe engañar!
 Quien camina descuidado
 es fácil de saltar.
 Agora pienso acabar
 el enredo comenzado.
 Con esto á mi amor quité
 el mayor impedimento;
 que como á solas esté
 con Alarcón, á mi intento
 hoy dulce puerto daré.
 Hoy lograré mi esperanza;
 porque es necio el que no entiende
 que hay peligro en la tardanza,
 si con brevedad no alcanza
 quien con engaños pretende.

ESCENA XIV

BUIRAGO.—JULIA

JULIA.

Anarda ¿fuése?

BUIRAGO.

Imagina
 cada caballo español,
 según con ella camina,
 que lleva en el coche al sol,
 y que es nube la cortina.

JULIA.

¿Viene Alarcón?

BUIRAGO.

Al momento
 me respondió que venía.

JULIA.

Sus pasos son los que siento,
 pues se alegra el alma mía
 y se turba el pensamiento.

(Vase.)

ESCENA XV

GARCÍA, HERNANDO.—JULIA

- GARCÍA. Sujeto á vuestro mandado
vengo á ver lo que queréis :
nada me encubra el cuidado,
pues me confieso obligado
á la merced que me hacéis.
- JULIA. Gloria ilustre de Alarcón,
este cuidado que os muestro,
no os pone en obligación,
porque por mi honor, el vuestro
procuro en esta ocasión.
Casarse con vos intenta
mi prima, que hacer pretende
á vos y á su sangre afrenta ;
y como en ella me ofende,
tomo el remedio á mi cuenta.
Del vuestro pende mi honor,
y aunque para defendello
casado tendréis valor,
viendo el peligro, es mejor
evitallo que vencello
- GARCÍA. ¿ Posible es que sólo el celo
de lo que apenas os toca
os cause tanto desvelo ?
Más viva causa recelo
que á tal cuidado os provoca.
- JULIA. (*Ap.* Temblando está mi edificio :
esfuércelo otra invención.)
Parte es celo, parte oficio
que paga la obligación
en que me ha puesto Mauricio.
Á su ruego lo he intentado,
y porque mi honor mejora ;
y no habiéndolo alcanzado,
á ser tema viene agora

lo que fué razón de estado.
 Pero ¿qué sirve que os cuente
 la causa? El efeto ved
 á vuestro honor conveniente:
 si es buena el agua, bebed
 sin preguntar por la fuente.
 Yo os digo, Alarcón, verdad,
 la causa cual fuere sea;
 después de vos os quejad:
 sólo en el Príncipe emplea
 Anarda su voluntad.
 No os mueva el falso favor
 de aquel honesto fingir,
 porque su intento traidor
 es, con vuestra mano, abrir
 las puertas á ajeno amor.
 Y porque sepáis, García,
 si apresuran vuestro daño
 (que esto á vos sólo podía
 decirse), (*Ap.* Con este engaño
 he de hacer gran batería.)
 Anarda á cierto lugar
 parte agora, igual al viento,
 adonde la fué á esperar
 su Alteza, para trazar
 el fin deste casamiento.

GARCÍA. ¡Que un pensamiento traidor
 quepa en sangre principal!

JULIA. Como eso puede el amor.
 Pues que te prevengo el mal,
 prevén remedio á tu honor.

GARCÍA. El no casarme con ella
 es el remedio.

JULIA. Alarcón,
 si él llega á mandallo, y ella
 da la mano, ¿qué razón
 has de dar de no querella,
 y más cuando tú de amar
 á Anarda muestras has dado?
 Viéndote así retirar,

¿por fuerza no han de pensar
que su intención te he contado?
Pues mira tú si es razón
que con el bien que te he hecho
granjee su indignación.

GARCÍA. No cabe en mi noble pecho
ingrata imaginación.

JULIA. Y por ti también es justo
que algún ímpetu violento
temas del Príncipe injusto,
ó porque no haces su gusto,
ó porque sabes su intento.
Si ve su pecho real
que sabes falta tan grave
dél, teme un odio mortal;
porque todos quieren mal
á quien sus delitos sabe.

GARCÍA. Ya que á mi incauto navío
mostraste con pecho fiel
el fiero oculto bajío,
sólo en tu valor confío,
Julia, que lo libres dél.
Aconséjame.

JULIA. El consejo
edad y prudencia quiere.

GARCÍA. Mi amor en tus manos dejo;
que al más sabio y al más viejo
tu claro ingenio prefiere.

JULIA. Pues tanto te satisface
mi voluntad conocida,
que en tu bien discursos hace,
digo que la diestra herida
de la misma herida nace.
Si te ofenden con casarte,
el casarte te defienda:
busca á quien pueda igualarte,
y antes que el Príncipe entienda
que se trata, has de obligarte.

GARCÍA. ¡Fuerte remedio!

JULIA. Violento;

- mas pídelo el mal crüel,
y un honrado pensamiento
fácil arriesga el contento,
si guarda el honor con él.
- GARCÍA. ¡Ah cielos! ¡ Tanto rigor!...
- JULIA. (*Ap.*) Ayude amor mi esperanza.
- GARCÍA. ¡ Con hombre de mi valor!
¿ Esto es corte? ¿ Esto es privanza?
¿ Esto es honra?
- JULIA. (*Ap.*) ¡ Y esto amor!
- GARCÍA. ¿ Cómo quieres que halle yo
mujer?...
- JULIA. Si se determina
tu pecho á lo que me oyó,
quien el remedio ordenó
te dará la medicina.
- GARCÍA. ¿ Mujer igual á quien soy
me darás?
- JULIA. Digo que sí.
- GARCÍA. Pues determinado estoy.
- JULIA. ¿ Dirás que es igual á ti,
si igual á mí te la doy?
- GARCÍA. Y que excede á mi deseo.
- JULIA. Pues en ti, noble Alarcón,
tan ilustres glorias veo,
que á la mayor presunción
pueden dar honroso empleo.
Mas cuando en casar contigo,
mucho de mi honor perdiera,
que diera la mano digo,
si de esa suerte saliera
con el intento que sigo.
- GARCÍA. ¿ Qué dices?
- JULIA. ¿ De qué te alteras?
- GARCÍA. ¿ Agora das en probarme?
- JULIA. Las causas que consideras
me fuerzan; mas ¿ obligarme
tú por ti no merecieras?
- GARCÍA. (*Ap.* Grandes malicias advierto:
mucho me da que entender

aqueste nuevo concierto.
Si me quiere esta mujer,
el engaño he descubierto.
Yo lo veré.) Mi esperanza
de un favor tan soberano
teme el engaño ó mudanza.

JULIA. ¿Darás crédito á la mano,
si la lengua no lo alcanza?

GARCÍA. ¡Cuánto estimara tu intento,
á ser hijo del amor!

JULIA. Basta; no me des tormento:
no engendra sólo el honor
tan resuelto pensamiento.

GARCÍA. ¿Luego en efecto me quieres?
Dime, por Dios, la verdad.

JULIA. ¡Qué discreto, Alarcón, eres!
No dicen más las mujeres
de mi estado y calidad.

GARCÍA. Pues ¿y Don Juan? ¿Qué diría?
Que sé que te quiere bien.

JULIA. Eso á mi cuenta, García.

GARCÍA. Corre á la mía también,
porque de mí se confía.

JULIA. Don Juan sólo se entretiene,
porque al Príncipe acompaña
cuando á ver á Anarda viene;
mas ni mi favor le engaña,
ni es amor el que me tiene.
Y cuando me tenga amor
con que te obligue á lealtad,
mira si te está mejor
el conservar su amistad
que dar remedio á tu honor.
Si no le piensas callar
lo que hemos tratado aquí,
tu intención ha de estorbar;
que ha de querer agradar
más al Príncipe que á ti,
y no es razón que lo intentes
en mi daño.

GARCÍA. En todo hallo
montañas de inconvenientes.

JULIA. Los del honor son urgentes.

GARCÍA. Déjame por hoy pensallo.

JULIA. El remedio que te doy,
consiste en la brevedad.

GARCÍA. Ya de eso advertido voy,
y de que á tu voluntad
obligado, Julia, estoy. (Vase.)

JULIA. Grandes cosas he emprendido,
y mis enredos extraños
lo posible han excedido;
mas quien de amor no ha sabido,
no condene mis engaños.—
Buitrago.

ESCENA XVI

BUITRAGO.—JULIA

BUITRAGO. Señora.

JULIA. Id.

Donde mi prima os aguarda,
y que se venga decid.

BUITRAGO. En el Soto está.

JULIA. Y si Anarda
algo os pregunta, advertid... *(Vanse hablando.)*

Calle.— Es de noche

ESCENA XVII

HERNANDO

Dos, tres, cuatro, cinco, seis,
siete, ocho, nueve, diez, once.—
(Contando las horas que da un reloj.)

¡ Válgate Dios por mujer!
 ¿ Has de venir esta noche?
 ¡ Que á estas horas esté fuera
 una doncella! ¡ Qué azotes!
 ¡ Pobre coche el que una vez
 una ballenata coge!
 Piensa que el cochero es piedra
 y los caballos de bronce,
 y la noche, cuando viene,
 lleva dos mil maldiciones.—
 ¡ Poh! ¡ Mal hubiesen los gatos
 que dan algalia á estos botes!
 Ya empiezan las cosas malas
 de entre las once y las doce.
 Como salen á tal hora
 en otras partes visiones,
 en Madrid por las narices
 espantan diablos fregones.
 ¿ Otro? ¡ Mal haya la Arabia
 que engendra tales olores!
 Agora huele á adobado,
 y es la quinta esencia entonces.
 Coche suena... por la calle
 sube de los Relatores...
 — ¡ Señor, señor!

ESCENA XVIII

GARCÍA.—HERNANDO

GARCÍA.	¿ Qué hay, Hernando?
HERNANDO.	Por acá, que viene un coche.
GARCÍA.	¿ Si será Anarda?
HERNANDO.	La vuelta Da hacia su casa: paróse. Mujeres son.
GARCÍA.	Ello es cierto. Claramente se conoce que Julia dijo verdad.

HERNANDO. ¡ Dos solas, y á media noche!

ESCENA XIX

ANARDA é INÉS, con mantos.—GARCÍA, HERNANDO

GARCÍA. Escucha, Anarda.

ANARDA. ¿ Quién es? —

(Acercándose á la puerta de su casa.)

¡ Hola! Una luz.

GARCÍA. No dés voces.

Alarcón soy.

ANARDA. ¡ Vos, señor!

¿ Qué queréis?

GARCÍA. No te alborotes.

ANARDA. ¿ De qué, donde vos estáis?

(Tira Anarda á Inés con temor hacia sí.)

INÉS. *(Ap. á su ama.)* Ya entiendo. *(El manto me rompe.)*

GARCÍA. Perdonad mi grosería,
si lo es preguntar de dónde
viene sola y á estas horas
una doncella tan noble.

ANARDA. Aunque para hablar no es este
tiempo ni lugar conforme,
aquel es tiempo y lugar
donde riesgo el honor corre.
Díjome Julia que el Rey
determinado dispone,
ó que me éntre en un convento
ó que dé la mano al Conde,
y que esta tarde vendría
su gente por mí, con orden
de ejecutar este intento;
que con mi ausencia lo estorbe;
que ella, ausente yo, daría
traza cómo no se logre
el intento de Mauricio.
Aprobélo, tomé el coche,
y solas Inés y yo

nos fuimos al Soto, donde
un escudero de Julia
al anochecer llamóme.

Yo, que de espías del Rey
es fuerza que miedo cobre,
hasta las horas que veis
no quise salir del bosque.

GARCÍA. *(Ap.)* Con lo que á su prima oí,
esto ¿qué tiene que ver?

Á Anarda llego á creer,
y á Julia también creí.

¡Ay de mí! ¿en qué ha de parar
la confusión de mi pecho?

ANARDA. ¿No estás, señor, satisfecho?

GARCÍA. *(Ap.)* ¡Ah Dios! ¿Quién pudiera hablar?

ANARDA. ¿No hablas?

GARCÍA. ¿Tú fuiste, Anarda...

(Ap. Por Dios que estoy por decillo.)

Á verte con el Sotillo?...

ANARDA. ¿Qué dices?

GARCÍA. Digo que... Aguarda...
que fuiste tú...

ANARDA. ¿Dónde fui?

GARCÍA. ¡Jesús, qué priesa me das!

ANARDA. ¿No ves que en la calle estás,
y que yo estoy mal aquí?

GARCÍA. Digo... *(Ap. No puedo en efeto;
que si Anarda me ha mentado,
es darme por entendido
y descubrir el secreto.)*

ANARDA. Si pones en mi verdad
y en mi honor dudas, advierte
que yo en el satisfacerte
no pongo dificultad:
con que adviertas, Alarcón,
que la obligación entiendo
de quien me pide, no siendo
mi esposo, satisfacción;
y te des por entendido
de lo que te da á entender

- quien, no siendo tu mujer,
satisfacerte ha querido.
- GARCÍA. ¿Tan torpe de entendimiento,
tan ciego piensas que soy
que en tus tiernos ojos hoy
no te leyese el intento?
Y ¿tú decirme podrás
que no te ha dicho mi pena
que sólo el Príncipe enfrena
los intentos que me das?
- ANARDA. Que no ha de estorbarme, advierte,
lo que convenga á mi honor,
y eso supuesto, señor,
yo quiero satisfacerte.
- GARCÍA. Luz es esta.
- INÉS. Julia viene.
- GARCÍA. Y con ella la ocasión
con que la satisfacción
puedo tener que conviene.
- ANARDA. Di cómo.
- GARCÍA. Dile que soy
el Príncipe, que, enojado,
incrédulo y porfiado,
celos pidiéndote estoy.
Que ella la verdad refiera:
y si concuerda contigo,
que estoy satisfecho digo.
- ANARDA. Soy contenta.

ESCENA XX

JULIA; BUITRAGO, con una luz.—Dichos.

- ANARDA. Prima, espera.—
Quita la luz. (Á Buitrago.)
- (Éntrase Buitrago con la luz, y embózase don García.)*
- JULIA. He bajado
á buscarte, prima, así,
porque há gran rato que oi

el coche, y me dió cuidado.

(Ap. ¡Oh celos!)

ANARDA.

Me ha detenido

su Alteza...

JULIA.

(Ap.) Mi mal cesó.

ANARDA.

Que por correrme, corrió
la posta.

JULIA.

(Ap.) Amor lo ha traído.

ANARDA.

Dile, prima, lo que pasa ;
que me ha encontrado á la puerta,
y es milagro no estar muerta,
según en celos se abrasa.

De dónde vengo le cuenta,
y á qué de casa salí.

JULIA.

Yo, señor, decir oí
que el Rey, vuestro padre, intenta
que Anarda la mano dé
á Mauricio su enemigo,
ó en un convento en castigo
de su resistencia esté,
y que hoy por ella enviaba
para ejecutarlo así:
yo al remedio me ofrecí,
si al rigor el cuerpo hurtaba.
Con esto al Soto partió,
donde la nueva ha esperado,
que Buitrago le ha llevado,
de que la fama mintió.

ANARDA.

¿Estás satisfecho?

GARCÍA.

Sí.

ANARDA.

Prima, ¿y nuestro tío?

JULIA.

Ya

entregado al sueño está.

ANARDA.

Pues sube ; que voy tras ti.

JULIA.

Sin temer el menor daño
puedes hablar hasta el día.

(Ap. Quizá entre tanto García
vendrá á confirmar mi engaño.)

(Vase.)

ESCENA XXI

GARCÍA, ANARDA, HERNANDO, INÉS

GARCÍA. ¿Quién creyera que mentía
tan bien compuesta invención?

ANARDA. Ya te dí satisfacción.

GARCÍA. Como tuya, Anarda mía.

ANARDA. ¿Qué determinas?

GARCÍA. Rendir
á tu gusto mi albedrío.

ANARDA. Dichosa yo si eres mío.

GARCÍA. Nada lo puede impedir.

ESCENA XXII

DON JUAN y EL PRÍNCIPE, de camino; GERARDO.—Dichos

D. JUAN. Rendidas quedan las postas.

PRÍNCIPE. Tal ha picado el amor.

D. JUAN. ¡La casa de Anarda abierta!

PRÍNCIPE. Sí; que estaba ausente yo.

D. JUAN. Tras la puerta hay una luz.
¿Entraremos?

PRÍNCIPE. Ciego estoy,
y la novedad obliga,
si convida la ocasión.

D. JUAN. Aquí hay gente. ¿Quién va allá?

GARCÍA. Don Juan y el Príncipe son.

ANARDA. Sacad, Buitrago, esa luz. *(Saca la luz.)*

PRÍNCIPE. ¿Es Anarda?

ANARDA. Sí, señor.

PRÍNCIPE. ¿Quién está contigo?

GARCÍA. ¿Quién
puede estar, sino Alarcón,
si por guarda vigilante
vuestra Alteza me dejó?

- PRÍNCIPE. ¡ En el zaguán y á tal hora,
solos y á oscuras los dos !
- GARCÍA. En este punto, de fuera,
señor, Anarda llegó,
y yo, que estaba en espía
con los celos de tu amor,
de venir tan tarde estaba
preguntando la ocasión.
- PRÍNCIPE. Rabio, don Juan. *(Ap. á él.)*
- D. JUAN. *(Ap.)* Disimula.
- PRÍNCIPE. El seso perdiendo estoy.
- D. JUAN. Toma de Julia el consejo,
de dos daños el menor.
Dala por esposa al Conde,
y aunque con esa pensión,
verás fin en tu deseo,
y no en el suyo estos dos.
- PRÍNCIPE. Gerardo, busca á Mauricio,
y di que lo llamo yo. *(Vase Gerardo.)*

ESCENA XXIII

JULIA, DON DIEGO. — EL PRÍNCIPE, ANARDA, GARCÍA,
DON JUAN, HERNANDO, INÉS

- JULIA. ¡ En esta casa su Alteza !
- D. DIEGO. ¿ Qué novedades, señor,
á tal exceso os obligan ?
- PRÍNCIPE. Noble don Diego Girón,
para evitar los disgustos
que hay entre Mauricio y vos,
quiero dar esposo á Anarda,
y hacer estas paces yo.
- D. DIEGO. De vuestra mano real
es, señor, tan noble acción.
- ANARDA. ¿ Con quién, señor, me casáis ?
- PRÍNCIPE. Al Conde, Anarda, te doy.
- ANARDA. Para hacer así las paces,
menester no érades vos ;

que ya fuera mi marido,
 si hubiera querido yo.
 Hacer lo que otro no puede
 es milagro del valor:
 y así, pues hacer las paces
 el vuestro nos prometió,
 y cumplirlo es imposible
 si al Conde la mano doy;
 para que cumplir podáis
 tan precisa obligación,
 á Garcí-Ruiz la mano
 con vuestra licencia doy.

PRÍNCIPE.

Arrojóse.

(Ap. con don Juan.)

D. JUAN.

Él no querrá;

que es leal, y ve tu amor.

PRÍNCIPE.

¿Sabes que querrá García?

(Á Anarda.)

GARCÍA.

Si quisiera á Anarda yo

de suerte, que mi mal diera

á la envidia compasión,

no me casara, no siendo

con vuestro gusto, señor.

PRÍNCIPE.

¡Qué bien dijiste, don Juan!

Vos, García, sois quien sois,

y sois mi primer amigo

y mi privado mayor.

GARCÍA.

Al Príncipe, Anarda, debes

esta mano que te doy;

porque, á no querer su Alteza,

no me obligara tu amor.

PRÍNCIPE.

¿Qué decis?

GARCÍA.

Vos ¿no queréis

casalla?

PRÍNCIPE.

¿Yo?

GARCÍA.

Sí, señor.

PRÍNCIPE.

Con el Conde.

GARCÍA.

Con el Conde;

pero si habéis dicho vos

que vuestro mayor amigo

y mayor privado soy;

lo que dábades al Conde,

- ¿cómo puedo pensar yo
que me lo neguéis á mí?
HERNANDO. (Ap.) Concluyólo, vive Dios.
PRÍNCIPE. Sofísticos argumentos
en el vasallo, Alarcón,
arguyen claras malicias,
sin disculpar el error.
Idos luégo á vuestra tierra,
porque nunca bien sirvió
el que con su dueño arguye.
- GARCÍA. Puesto que el vivo dolor
de haberos dado disgusto
me atraviesa el corazón,
vuestro mandado obedezco,
y por él gracias os doy,
pues que trueco al bien de Anarda
los males de la ambición.
- D. JUAN. Señor, mira que García...
Y su valor... (Hablan los dos en secreto.)
- PRÍNCIPE. Siempre vos...
JULIA. Al fin, necio, ¿de su Alteza
perder quisiste el favor?
- GARCÍA. Perdilo ganando á Anarda :
favores del mundo son.
- PRÍNCIPE. Vos lo pedís, y García
tiene disculpa en su error.
- D. JUAN. Alarcón, ya de su Alteza
tengo alcanzado el perdón.
- GARCÍA. Su benigno pecho alaben
cuantos gozan luz del sol.
- HERNANDO. Tantas vueltas en un día,
¿cuándo fortuna las dió?
- D. JUAN. Julia, cumplid la palabra
que me distes.
- PRÍNCIPE. Siendo yo
el padrino, bien podéis.
- JULIA. Ya es forzoso : vuestra soy.
- BUITRAGO. El Conde viene.
- HERNANDO. ¡ Á buen tiempo !

ESCENA XXIV

EL CONDE y GERARDO.—EL PRÍNCIPE, ANARDA, JULIA,
GARCÍA, DON JUAN, DON DIEGO, HERNANDO, INÉS

- CONDE. Aunque sin salud, señor,
salí luégo á obedeceros.
- PRÍNCIPE. Yo mismo el tercero soy
para que le deis la mano,
Conde, á don Diego Girón.
- CONDE. Pensé que á Anarda.
- PRÍNCIPE. Ya Anarda
es esposa de Alarcón:
y no os pese, que á fe mía
que os ha importado el honor.
- CONDE. Pues vuestra Alteza lo manda,
soy su amigo.
- D. DIEGO. Vuestro soy.—
Y Los favores del mundo
dan fin, y piden perdón.
-

MUDARSE POR MEJORARSE

PERSONAS

D. GARCÍA, galán.
EL MARQUÉS, galán.
D. FÉLIX, galán.
OTAVIO, galán.
FIGUEROA, escudero.
CLARA, viuda.
LEONOR, dama.
MENCIA, criada.
RICARDO, gracioso.
REDONDO, gracioso.
UN CRIADO.
DOS MOZOS DE SILLA.

La escena es en Madrid



ACTO PRIMERO

Calle

ESCENA PRIMERA

DON GARCIA y DON FÉLIX

- D. FÉLIX. ¿ Llegó la sobrina en fin ?
D. GARCÍA. En fin llegó la sobrina,
llegó una mujer divina,
un humano serafín.
- D. FÉLIX. ¿ Mas que hay nuevos sentimientos ?
D. GARCÍA. Apenas, Félix, la ví,
cuando posesión le dí
de todos mis pensamientos.
- D. FÉLIX. ¿ Y la tía ? ¡ Qué ! ¿ Hay mudanza ?
D. GARCÍA. Su justo castigo tiene :
quien el daño no previene,
acuse su confianza.
De sí mismo esté quejoso,
cuando vierta sangre herido,
quien la espada inadvertido
puso en manos del furioso.
Si ser amada procura

Clara, si por mí se abrasa,
 ¿para qué trajo á su casa
 tan soberana hermosura?
 Si en la noche tenebrosa
 sola en el cielo Diana
 sus cabellos tiende ufana,
 parece su luz hermosa;
 mas luégo que resplandece
 del sol el claro arrebol,
 entre los rayos del sol
 sepultada se obscurece.
 Antes de ver á Leonor,
 confieso que de su tía
 daba luz al alma mía
 el divino resplandor;
 mas, Félix, después de vella,
 Clara me ha de perdonar;
 que era locura dejar
 tanto sol por una estrella.

D. FÉLIX. ¿No es hermosa doña Clara?

D. GARCÍA. ¿Nunca la vistes?

D. FÉLIX. Jamás.

D. GARCÍA. Á no serlo Leonor más,
 el cetro sola gozara.

D. FÉLIX. ¡Infamaremos después
 de mudables las mujeres!

D. GARCÍA. El mudar los pareceres
 con causa, de sabios es.
 La mudanza es liviandad
 cuando, sin nuevo accidente,
 le da causa solamente
 la propia facilidad.

D. FÉLIX. Y al fin, ¿en qué estado está
 el recién nacido amor?

D. GARCÍA. Aún no le he dicho á Leonor
 el cuidado que me da;
 aunque si bastó el hablalla
 con las lenguas de los ojos,
 bien le dije mis enojos
 con el modo de miralla.

Y si no es que me engañó
la fuerza de mi deseo,
según me miro, yo creo
que mi cuidado entendió.

D. FÉLIX.

Tarde remediar podréis
ese fuego que os abrasa,
puesto que dentro de casa
el enemigo tenéis ;
que habiendo de estar al lado
de doña Clara, Leonor,
¿cuándo podrá vuestro amor
dalle á entender su cuidado ?
Y ya que para decir
vuestra pena halléis lugar,
¿cómo la habéis de obligar ?
¿cuándo la habéis de servir ?
¿No os ha de entender su tía
la más oculta cautela,
si enamorada recela,
y si recelosa espía ?

D. GARCÍA.

El ánimo no me quita
la dificultad mayor ;
que un determinado amor
imposibles facilita.
¡Ojalá Leonor me quiera !
que si mi afición la obliga,
la misma nuestra enemiga
ha de ser nuestra tercera ;
que si Clara con su amor
me da licencia de vella,
será el visitarla á ella
medio de ver á Leonor.
Y es forzoso que suceda,
ó por arte ó por fortuna,
que de mil veces, alguna
á solas hablarla pueda :
y vos me habéis de ayudar
en una traza que intento.

D. FÉLIX.

Ley es vuestro pensamiento,
que me obligo á ejecutar.

ESCENA II

REDONDO.—Dichos

REDONDO. Si la ocasión (á D. Garcia.)
 nunca vuelve que se pasa,
 señor, sola queda en casa
 el dueño de tu afición;
 que en este punto su tía
 en su coche sola fué.

D. GARCÍA. Félix, después os veré.

D. FÉLIX. Yo os buscaré, don Garcia. (Vanse.)

Sala en casa de doña Clara

ESCENA III

LEONOR y MENCÍA

LEONOR. Dime lo que te ha pasado
 con el criado, Mencía.

MENCÍA. Memorias de don Garcia
 pienso que te dan cuidado.

LEONOR. Si he de decirte verdad,
 este cuidado que ves,
 aún no determino si es
 amor ó curiosidad;
 que es cuidado sólo sé.
 Dí: ¿qué te ha dicho, Mencía?

MENCÍA. De su dueño y de tu tía
 toda la plática fué.
 Contóme que su señor,
 de tu tía enamorado...

- LEONOR. Detente ; que mi cuidado
ya conozco que es amor.
- MENCÍA. Pues ¿ en qué ?
- LEONOR. Apenas de ti
escuché que de mi tía
es amante don García,
cuando en el alma sentí
un invidioso dolor
y una celosa fatiga :
y los celos son, amiga,
humo del fuego de amor.
- MENCÍA. De esa suerte, el desengaño
será provechoso agora,
porque al principio, señora,
mejor se remedia el daño.
- LEONOR. Prosigue pues.
- MENCÍA. Todo pára,
porque abrevie tu dolor,
en que se tienen amor
don García y doña Clara.
¡ Mal haya !...
- LEONOR. Señora mía,
¿ es esta tu condición ?
Tu indomable corazón,
¿ es el mismo que solía ?
- MENCÍA. Déjame.
- LEONOR. Todo se muda.
En un punto te agradó,
y otro en muchos años no :
más vale á quien Dios ayuda.
Mas, señora, don García.

ESCENA IV

DON GARCIA y REDONDO.—Dichas

- D. GARCÍA. La criada me entretén. *(Ap. á Redondo).*
- REDONDO. ¡ Ojalá estribe tu bien
en deslumbrar á Mencía !

D. GARCÍA. Si es cierto que el mal ó el bien
al rostro sale, señora,
excusado será agora,
cuando en vos mis ojos ven
tanta hermosura, pediros
que de decirme os sirváis
¿cómo en la corte os halláis?

LEONOR. Buena estoy para serviros.
Mas, señor...

(Hablan secreto.)

REDONDO. Oye, Mencía:
¿qué te parece Madrid?

LEONOR. Perdonadme, y advertid
que no está en casa mi tía.

D. GARCÍA. Eso os debiera advertir
la ocasión con que ha venido
quien ha buscado advertido
esta ocasión de venir.

No ha sido, señora, acaso;
que á buscar viene mi amor
remedio en vuestro favor
del volcán en que me abraso.

LEONOR. *(Ap.)* ¡Qué desdicha! Con mi tía
quiere que tercie por él.)
Si doña Clara es cruel,
yérralo por vida mía.

Mas para seros tercera,
ni soy vieja ni soy sabia.

D. GARCÍA. La mayor belleza agravia
quien no os ama por primera.
¿Luego pudistes, Leonor,
pensar de mí tal locura,
que viendo vuestra hermosura,
solicitase otro amor?

No, señora; no me dió
sangre tan bárbaro pecho;
ni el sol, tan lejos del techo
en que yo nací, pasó.

Vuestro es el favor que pido.
En vos vive mi cuidado,
tan dulcemente abrasado,

- cuan justamente rendido;
que Naturaleza os hizo...
- LEONOR. Tened; que os vais atreviendo:
y si tercera me ofendo,
primera me escandalizo.
¿Por ventura, don García,
es uso en Madrid corriente
enamorar juntamente
á la sobrina y la tía?
- D. GARCÍA. Al menos, si tan divina
sobrina viene al lugar
como vos, uso es dejar
la tía por la sobrina.
- LEONOR. Mal uso.
- D. GARCÍA. No ha de llamarse
malo, si es tal la ocasión.
- LEONOR. ¿Cómo puede ser razón
mudarse?
- D. GARCÍA. Por mejorarse.
- LEONOR. Pues la ley de la firmeza
¿á qué obliga ó cuándo alcanza,
si hace justa la mudanza
el mejorar la belleza?
Que ser firme, no es querer
firme el más hermoso amor;
que para amar lo mejor,
¿qué firmeza es menester?
Firme es quien hace desprecio
de otra ocasión más dichosa.
- D. GARCÍA. Confieso, Leonor hermosa,
que ese es firme, pero es necio.
- LEONOR. ¿Luego en quién fuere discreto
no hay que poner confianza,
si disculpa la mudanza
el mejorar el sujeto?
- D. GARCÍA. Claro está.
- LEONOR. Pues siendo así,
y que os tengo, don García,
por cuerdo, y dejáis mi tía
por mejoraros en mí,

perdóneme vuestro amor ;
 que á resistir me prevengo,
 hasta que sepa si tengo
 otra sobrina mejor. (*Vanse Leonor y Mencía.*)

ESCENA V

DON GARCÍA y REDONDO

D. GARCÍA. ¿Cómo puede otra belleza
 á la que adoro exceder,
 si en la vuestra su poder
 excedió naturaleza?
 Decid que es mi desventura
 y no temer mi mudanza ;
 que siempre la confianza
 es mayor que la hermosura.

REDONDO. ¿Á solas estás hablando?
 Mal te ha tratado Leonor,
 porque el picado, señor,
 siempre queda barajando.

D. GARCÍA. No sé si perdí ó gané ;
 sólo sé que en su agudeza,
 también como en su belleza,
 prisiones del alma hallé ;
 que es por un mismo nivel
 bella y sabia,

REDONDO. ¡ Linda cosa !
 Porque si es boba la hermosa,
 es de teñido papel
 una bien formada flor,
 que de lejos vista agrada,
 y cerca no vale nada
 porque le falta el olor.

(*Vanse.*)

Paseo de Atocha

ESCENA VI

EL MARQUÉS, OTAVIO y UN CRIADO

- MARQUÉS. ¿Es posible? ¡ Vos, Otavio, en Madrid sin avisarme! No sé cómo podréis darme satisfacción deste agravio.
- OTAVIO. Prometo á vueseñoría, señor Marqués, que he venido tan intratable, que ha sido no avisarle, cortesía.
- MARQUÉS. ¿Tenéis algunos disgustos?
- OTAVIO. Y tales, que la pasión me enloquece.
- MARQUÉS. Agora son mis sentimientos más justos. Penas, Otavio, pasáis, ¡ y no las partís conmigo! Ó vos no sois ya mi amigo, ó que yo lo soy dudáis.
- OTAVIO. ¿Qué me faltaba, á poder aliviar mis penas vos? ¿Hemos de partir los dos el rigor de una mujer?
- MARQUÉS. Pensé que vuestro cuidado causaban cosas de honor. ¿En Madrid os tiene amor tan triste y desesperado? ¡Qué bien se ve que venís al uso de Andalucía, donde viven todavía las finezas de Amadís! Acá se ha visto mejor; más provecho se quiere;

no sólo nadie no muere,
 pero ni enferma de amor.
 Aquí las fuentes hermosas
 vierten licor, que bebido,
 es el agua del olvido
 contra fiebres amorosas ;
 y como hallan los dolientes
 de amor tan gran mejoría
 en ellas, va cada día
 Madrid haciendo más fuentes.
 No, Otavio, no quiera Dios
 que siendo un amigo vuestro
 en esta ciencia maestro,
 estéis ignorante vos.--
 Haz, Leonardo, aderezar
 aposento para Otavio.

OTAVIO.

Señor...

MARQUÉS.

El mayor agravio
 que me hacéis es replicar.

OTAVIO.

Besaros quiero los piés.

MARQUÉS.

No penséis que me he olvidado,
 por años que hayan pasado
 y varios casos después,
 de que en Sevilla los dos
 fuimos un alma y un sér.
 Demás desto, quiero ver
 si puedo, Otavio, con vos
 que os divirtáis, con traeros
 á mi lado entretenido ;
 que alguna vez han podido
 más que amor los consejeros.

OTAVIO.

Según serviros deseo,
 no lo dudo.—Mas ¿quién es
 esta señora, Marqués,
 que sale de Atocha?

MARQUÉS.

Creo
 que es doña Clara de Luna.
 Sí.

OTAVIO.

¡ Buen talle y buena cara !

MARQUÉS.

Pues puede hacer doña Clara

dichosa cualquier fortuna ;
que, además de lo que veis
de hermosura y gallardía,
es rica y parienta mía.

OTAVIO.

Con eso la encarecéis.

MARQUÉS.

¿Estáis soltero ?

OTAVIO.

Señor,

libre hasta agora viví,
si puede decirlo así
quien vive esclavo de amor.

MARQUÉS.

Pues advertid lo que os quiero
mirad bien á mi parienta ;
que si la viuda os contenta,
yo seré el casamentero.

ESCENA VII

DOÑA CLARA , en hábito de viuda, con manto; acompaña
FIGUEROA, y síguela DON FÉLIX.—Dichos

D. FÉLIX.

¿ Saber quién sois no merece
quien sin saberlo, señora,
lo que en vos conoce adora,
y por lo que ve padece ?

D.^a CLARA.

¡ Tanto amor tan brevemente !

D. FÉLIX.

Brevedad ó dilación,
señora, accidentes son
según es la causa agente.
Con sus templados ardores
¿ hace el sol en un instante
lo que Júpiter Tonante
con sus rayos vengadores ?
¿ Acaba tan brevemente
su largo curso la nave
llevada de aura süave
como de cierzo valiente ?
Del cielo precipitada,
¿ llega en término tan breve
al suelo una pluma leve

como una piedra pesada?
 Pues si entre humanos sujetos
 sois vos milagro, mi bien,
 ¿por qué no han de ser también
 milagros vuestros efetos?

D.^a CLARA. ¿Que en fin es cierto, señor,
 tanto amor?

D. FÉLIX. No es más verdad
 tener el sol claridad,
 que ser inmenso mi amor.

D.^a CLARA. Según eso, ¿por mí haréis,
 caballero, lo que os pida?

D. FÉLIX. Aunque me pidáis la vida.

D.^a CLARA. Pues yo os pido que os quedéis.

(Vase con Figueroa.)

D. FÉLIX. Cogióme. ¿Qué puedo hacer?
 Inhumana ley me ha puesto.
 Seguiréla; que es en esto
 fineza no obedecer.

(Vase.)

ESCENA VIII

EL MARQUÉS, OTAVIO, EL CRIADO

MARQUÉS. ¿Qué decís?

OTAVIO. De cerca mata,
 Marqués, si de lejos hiere.
 Olvidaré, si pudiere,
 con su hermosura á mi ingrata.

MARQUÉS. Siendo así, yo quiero ser
 destas bodas el tercero.

OTAVIO. Visitémosla primero,
 si os parece, para ver
 de las cosas el estado,
 porque el fin no me avergüence;
 que el que acomete y no vence
 queda feo y desairado.

MARQUÉS. Bien decís: quiero serviros.
 Conmigo á su casa iréis;

que cuando no os concertéis,
servirá de divertiros.

(Vanse.)

Sala en casa de doña Clara

ESCENA IX

LEONOR y MENCÍA

MENCÍA.

Si él mismo vino á rogarte,
cuando es tu mal tan cruel
que tú has de buscarlo á él
en dejando él de buscarte,
¿para qué es la dilación?
¿De qué sirve resistir
á lo antiguo, sino asir
del copete la ocasión?

LEONOR.

Pues dime tú: ¿hay diferencia
de rogar una mujer
con su favor, á no hacer
al que ruega resistencia?
La que su favor no niega
al primer atrevimiento,
muestra su liviano intento
tan bien como la que ruega.
Y más cuando no ignorar
que há tanto que don García
trata amores con mi tía,
más me obliga á recatar.

ESCENA X

DOÑA CLARA y FIGUEROA.—Dichas

D.^a CLARA.

¿Al fin me perdió?

(Hablando con Figueroa á la puerta.)

FIGUEROA.

De suerte,
cuando en San Felipe entraste,
en la gente te ocultaste,
que fué forzoso perderte.
Volvió á buscar el cochero ;
mas poco remedio halló ;
que también se le escapó.

D.^a CLARA.

Libréme de un majadero.

(Vase Figueroa.)

MENCÍA.

Doña Clara.

*(Á Leonor.)*D.^a CLARA.

Mi Leonor,

¿ cómo te sientes ? ¿ Estás
descansada ya ? ¿ Querrás
ver hoy la Calle Mayor ?

LEONOR.

Cuando quieras ; que el vñaje
sólo me pudo cansar
lo que tardaba en llegar
á tan dichoso hospedaje.
Hoy veré la maravilla
que celebras por octava.

D.^a CLARA.

Hoy en tu memoria acaba
la Alameda de Sevilla.

LEONOR.

¡ Calle Mayor ! ¿ Tan grande es
que iguala á su nombre y fama ?

D.^a CLARA.

Diréte por qué se llama
la Calle Mayor.

LEONOR.

Di pues.

D.^a CLARA.

Filipo es el rey mayor,
Madrid su corte, y en ella
la mayor y la más bella
calle, la Calle Mayor :
luego ha sido justa ley
la Calle Mayor llamar
á la mayor del lugar
que aposenta al mayor Rey.

LEONOR.

Bien probaste tu intención.

ESCENA XI

REDONDO.—DOÑA CLARA, LEONOR, MENCIA

REDONDO. Ya que á tal tiempo llegué,
con tu licencia diré
también mi interpretación.

D.^a CLARA. Dila.

REDONDO. La Calle Mayor
pienso que se ha de llamar,
porque en ella ha de callar
del más pequeño al mayor;
porque hay arpías rapantes,
que apenas un hombre ha hablado,
cuando ya lo han condenado
á tocas, cintas y guantes;
y un texto antiguo se halla
que dijo por esta calle:
«Calle en que es bien que se calle;
que no medra quièn no calla.»

D.^a CLARA. ¡ Buen disparate !

REDONDO. Por tal
lo he dicho yo : no lo ignoro,
ni quiero pasar por oro
lo que es humilde metal.
Mas tu lenguaje condeno,
y es justo que se retrate,
porque si fué disparate,
¿ cómo lo llamaste bueno ?
La mayor dicha consigo
que algún quejoso ha alcanzado,
pues llego á ver celebrado
el disparate que digo.
Desdichados y dichosos,
no los hace el merecer,
pues hemos venido á ver
disparates venturosos.
Oye el ejemplo que pinto :

comedia ví yo, llamada
de los sabios extremada,
y rendir la vida al quinto;
y ví en otra, que á millares
los disparates tenía,
reñir al quinceno día
con Jarava por lugares;
y sus parciales, vencidos
de la fuerza de razón,
decir: « Disparates son;
pero son entretenidos.»
Representante afamado
has visto, por sólo errar
una sílaba, quedar
á silbos mosqueteado;
y luégo acudir verías
esta cuaresma pasada
contenta y alborotada
al corral cuarenta días
toda la corte, y estar
muy quedos papando muecas,
viendo bailar dos muñecas
y oyendo un viejo graznar.
Y esto tuvo tal hechizo
de ventura, que dió fin
el cuitado volatín,
que en vano milagros hizo.
Y así el más cuerdo no trate
por merecer, de alcanzar,
pues nombre le ha visto dar
de bueno á mi disparate.
No lo dije por sutil;
mas porque gloria me dieses,
cuando á la risa rompieses
las prisiones de marfil;
que esta es la paga mayor
que quiero, por avisarte
de que viene á visitarte
don García mi señor.

D.^a CLARA.

¿ De cuándo acá me envió

REDONDO. á prevenir don García?
 No envió, señora mía;
 mas llegué delante yo,
 porque esta nueva te diese;
 que pues que yo siempre voy
 delante dél, quise que hoy
 deste provecho me fuese.

ESCENA XII

DON GARCÍA y DON FÉLIX.—Dichos

D. GARCÍA. Está el engaño mejor (*Ap. á don Félix*)
 en fingir que me engañáis.

D. FÉLIX. Dificil cargo me dais.

D. GARCÍA. ¿Y cuál es?

D. FÉLIX. Fingir amor.
 (*Ap. Mas ¿no es esta por quien muero?*
 ¡Vive Dios que me ha traído
 á ser amante fingido
 de quien lo soy verdadero!)

D.^a CLARA. Este necio ¿qué porfía? (*Ap. por don Félix.*)
 ¿Tan poco me ha aprovechado
 el haberme hoy escapado
 de sus ojos?

D. GARCÍA. Clara mía...

D. FÉLIX. (*Ap.*) Mía dijo.

D. GARCÍA. No extrañéis
 que no me recate aquí;
 que la mitad es de mí
 el caballero que veis.
 Don Félix, mi caro amigo
 (que así con razón le llamo),
 ha sido desde que os amo,
 de mis secretos testigo;
 y una precisa ocasión,
 que él mismo os dirá, señora,
 es causa de hacer agora
 lo que siempre fué razón.

Escuchalde, y estimad
 los intentos que sabréis ;
 que para que lo estiméis,
 es lo menos mi amistad ;
 porque en diciendo quién es,
 no ha menester su opinión
 otra recomendación.

D. FÉLIX. Nada me queda, después
 de decir que vuestro soy,
 con que pueda honrarme más.

D.^a CLARA. Por las nuevas que me das,
 mil gracias, señor, te doy ;
 que es gran dicha una amistad
 de un tan noble caballero.
*(Ap. Con esto obligalle quiero
 á que le guarde lealtad.)*

D. GARCÍA. En secreto pues le oíd,
 mientras yo, Clara divina,
 pregunto á vuestra sobrina
 cómo se halla en Madrid.

D.^a CLARA. No me privéis de la gloria *(Ap. á don García.)*
 de que vos presente estéis.

D. GARCÍA. Del mismo caso veréis
 que así conviene á la historia.

D.^a CLARA. Si él es engaño, es discreto.—
 Dejadnos solos. *(Á los criados.)*

REDONDO. Mencía,
 Redondo te desafia
 para el corredor.

MENCIA. Aceto.
(Vanse Redondo y Mencía.)

ESCENA XIII

DON GARCÍA, hablando con LEONOR; y FÉLIX con
 DOÑA CLARA

D. GARCÍA. Escuchad lo que ha sabido *(Á Leonor.)*
 amor trazar y fingir.

D. FÉLIX.

Hasta el fin me habéis de oír; (*Á doña Clara.*)
sólo esta merced os pido.
La casa de los Manriques,
tan principal como antigua,
me dió el nombre que me ilustra
y la sangre que me anima.
Tres mil ducados de renta
en juros de buena finca,
si no me dan altas pompas,
me dan descansada vida.
Hoy don García de Lara,
mi amigo, me dió noticia
de las soberanas partes
de vuestra hermosa sobrina.
Pedíle, pues que con vos
él tan justamente priva,
me trajese á visitarla,
y de tercero me sirva
para que en dulce himeneo
gozándola yo, dé envidia,
si á las damas su hermosura,
á los galanes mi dicha.
Con vos me ha dejado solo
para que esto solo os diga;
y él se ha apartado á decir
lo mismo á vuestra sobrina.
Mas advertid, Clara hermosa,
á lo que el amor obliga:
todo este intento es engaño,
y este deseo mentira.
La verdad es... ¡Ay, señora!
no os enojéis de que os diga
que vos sois el blanco solo
adonde mis ojos miran;
que aunque os escondistes hoy,
vuestras partes peregrinas,
como sus rayos al sol,
os descubren y publican:
y así he trazado por veros
cómo el mismo don García,

sin entender sus ofensas,
encaminase mis dichas.

D.^a CLARA.

Callad.

D. FÉLIX.

Señora...

D.^a CLARA.

Callad.

¿Vos sois Manrique? Es mentira;
que no cometen bajezas
los que tienen sangre altiva.

¿Á mí me tenéis amor,
y amistad á don García?

¡Qué traidor!

D. FÉLIX.

¡Qué enamorado!

D.^a CLARA.

¡Qué locura!

D. FÉLIX.

¡Qué desdicha!

D.^a CLARA.

Mudad, Félix, pensamiento
de tan injusta conquista:
pase esta vez por locura
vuestra intención atrevida.

Y para disimularla...

(Dale un papel.)

las partes de mi sobrina
contiene ese memorial.

Pasad por ellas la vista;
porque yo, mientras leéis,
me sosiegue, y las mejillas
cobren la color que tienen
con el enojo perdida.

Y vos, por ventura hagáis
cierta la intención fingida;
que si os agrada, os prometo
seros tercera en albricias.

(Lee don Félix el papel.)

LEONOR.

¿Qué decís?

(Á don García.)

D. GARCÍA.

Esto es verdad.

Sólo para divertirla
de mi amor, hago á don Félix
que la enamore y le diga
que para engañarme á mí
me finge que solicita
ser tu esposo, y me ha pedido
que de intercesor le sirva.

Tanto puede tu hermosura,
tanto mi amor imagina,
por poder hablarte á solas
sin que sus celos lo impidan.

D.^a CLARA. (Ap.) ¡ Bueno es esto! ¡ Con qué veras,
con qué entrañas tan sencillas
está por quien más le ofende,
terciando con mi sobrina!

D. GARCÍA. ¡ Qué ingrata sois! ¿ No merece
un favor tan firme amor?

LEONOR. Luego, ¿ quién no da favor,
es cierto que no agradece?

D. GARCÍA. ¿ No es claro?

LEONOR. No; que es indicio
de amar el favorecer,
y se puede agradecer
sin amar, el beneficio.

Yo agradezco vuestro amor:
obligáisme, no lo niego;
mas al agua pedís fuego,
si á mí me pedís favor.

D. GARCÍA. ¿ Ni esperanza?

LEONOR. La esperanza
no os la puedo yo quitar.

D. GARCÍA. No; mas podéismela dar.

LEONOR. El que no espera no alcanza.
No os la doy; mas ¿ qué perdéis
en tenella?

D. GARCÍA. Mucho gano.

Mas ya, dueño soberano,
que ni esperanza me déis,
sólo una cosa, Leonor,
os pido que por mí hagáis,
y porque la prometáis,
advierto que no es favor.

LEONOR. Pues con esa condición
hablad.

D. GARCÍA. Temiendo, señora,
que no siempre como agora
de hablaros tendré ocasión;

y más si da en sospechar
Clara mi nuevo dolor
(que este es discreto temor,
pues no sabe amor callar),
quiero asentar, Leonor bella,
una seña entre los dos,
para entenderme con vos,
hablando siempre con ella.

LEONOR. ¿Y eso es no pedir favor?

D. GARCÍA. Esto es pedirnos un medio,
ya que no me dais remedio
para aliviar mi dolor.

LEONOR. Pues decidme, don García,
¿qué más favor que escuchar?

D. GARCÍA. Favor, señora, es amar;
y escuchar es cortesía.
El nombre de ingrata os doy,
si esta merced me negáis.

LEONOR. Ahora, porque no digáis
que en todo tirana soy,
va de seña, don García.

D. GARCÍA. Cuando hablare sin sombrero,

(Quítase el sombrero.)

es que á ti decirte quiero
lo que le digo á tu tia. *(Pónese el sombrero.)*

Y cubierto, hablo con ella.

Y porque tú, si gustares,
me respondas; lo que hablares
cubriendo esa boca bella
con guante, abanico ó toca,
por ella decirlo quieres;
y por ti lo que dijeres
sin poner nada en la boca.

LEONOR. Ya te entiendo: descubrirte
es señal que hablas conmigo;
y cuando lo que yo digo
por mí, quisiere decirte,
descubrir la boca yo.

D. GARCÍA. Sola esta regla llevamos:
descubiertos nos hablamos

- los dos, y cubiertos no.
- D.^a CLARA. ¿Qué os parece? (Á don Félix.)
- D. FÉLIX. Que enamora
la relación.
- D.^a CLARA. Emplead
en ella la voluntad.
- D. FÉLIX. Lo dicho dicho, señora.
- D.^a CLARA. No me toquéis más en eso.—
Don García...
- D. GARCÍA. Clara hermosa...
- D.^a CLARA. Basta ya; que estar celosa
de mi sobrina os confieso.
- D. GARCÍA. Bien pudiera la hermosura
daros celos de Leonor,
si ya la vuestra y mi amor
no os tuvieran tan segura.
Mi tardanza no os espante;
que no pude en tiempo breve
batir con balas de nieve
un castillo de diamante.
- D.^a CLARA. Pues con tan justa demanda,
Leonor ¿su gusto no mide?
- D. GARCÍA. Resiste aunque no despide,
y escucha aunque no se ablanda;
mas con el tiempo, y con ver
que es firme y es verdadero
quien la pretende, yo espero
que mudará parecer.
- D. FÉLIX. Y más si interviene en ello
quien merece lo que vos.
- D. GARCÍA. Yo moriré, vive Dios,
Félix, ó saldré con ello.
- D.^a CLARA. Esta sí que es amistad. (Á Félix.)
- LEONOR. (Ap.) Bien con su intento conviene.

ESCENA XIV

FIGUEROA. — Dichos.

- FIGUEROA. El Marqués tu primo viene
á visitarte.

D.^a CLARA.

Crueldad

es tener obligaciones,
que han de interrumpir los gustos.

D. GARCÍA.

(*Ap.* ¡Qué presto, celos injustos,
dais á mi amor turbaciones!)
La visita recibid;
que yo...

D.^a CLARA.

No os vais, don García.

D. GARCÍA.

No estorbar es cortesía
al Marqués; mas advertid
á estas palabras que os digo,
descubierta la cabeza, (*Quítase el sombrero.*)
humilde á vuestra belleza.

LEONOR.

(*Ap.*) Aquesto es hablar conmigo.

D. GARCÍA.

Para que la mano os dé,
falta sólo que queráis;
si de pagarme dejáis
por poner duda en mi fe,
ya cesa con lo que os digo.
No os pongan inconvenientes,
dueño hermoso, los parientes,
si habéis de vivir conmigo.

D.^a CLARA.

El ser yo vuestra, García,
¿cuándo ha quedado por mí?
¿De qué nace hablarme así?

LEONOR.

Yo sé muy bien que mi tía
(*Poniéndose el abanico en la boca.*)
sólo ser vuestra concierta.

D. GARCÍA.

¿Rebozada lo decís?
¿Mas que no lo repetís
con la cara descubierta?

LEONOR.

(*Ap.* Ya se abrasa el alma mía.)
(*Quítase el abanico de la boca.*)

Pues si en eso se repara,
también sin cubrir la cara
digo que os paga mi tía.

D. GARCÍA.

Eso sí. (*Ap.* Ya en mi favor
se ha declarado.)

FIGUEROA.

El Marqués

entra.

D. GARCÍA. Adiós. *(Vase.)*
 D.^a CLARA. Vedme después,
 y os satisfaceré, señor.
 D. FÉLIX. Clara, adiós; y á mi cuidado
 os mostrad menos cruel. *(Vase.)*
 D.^a CLARA. Vos os mostrad más fiel
 y menos enamorado.
(Vase Figueroa.)

ESCENA XV

EL MARQUÉS Y OTAVIO.—DOÑA CLARA, LEONOR

MARQUÉS. Hermosa Clara...
 D.^a CLARA. ¡Esos piés
 honran mi casa! ¿Qué es esto?
 Toquen á milagro presto;
 que vino á verme el Marqués.
 MARQUÉS. Que toquen podéis hacer
 á milagro cuando os veo;
 que quien llega á veros, creo
 que un milagro llega á ver.
 D.^a CLARA. ¿Lisonjas? Ved que me agravio.
 MARQUÉS. Verdades que merecéis
 os digo, y vos lo sabéis;
 pero conoced á Otavio,
 mi huésped, parienta mía,
 que mi estrecho amigo fué
 desde que niño pisé
 los campos de Andalucía.
 OTAVIO. Un esclavo vuestro soy.
 D.^a CLARA. Yo veré que me estimáis,
 Otavio, si me mandáis.
 MARQUÉS. Absorto mirando estoy
 este serafín humano.
 ¿Quién es mujer tan divina?
 D.^a CLARA. Doña Leonor, mi sobrina,
 hija de don Juan, mi hermano,
 que murió en Sevilla, y soy

su albacea, y curadora
de su hacienda.

MARQUÉS.

Á vos, señora,
el justo pésame os doy
de su muerte; mas al cielo
mil gracias hago por ella,
pues por ella, Leonor bella,
os ve el cortesano suelo.
Mi deuda sois: bien podéis
darme segura los brazos.

(Abrazale.)

LEONOR.

Vuestra soy.

MARQUÉS.

¡Qué dulces lazos!

OTAVIO.

Si por deudo merecéis
alcanzarlos, yo los pido
también como vos, Marqués,
pues ser de una patria es
por parentesco tenido.
Vos seáis muy bien venida.

LEONOR.

Para serviros.

MARQUÉS.

(Ap.) ¡Qué honesta!
qué hermosa, grave y compuesta!
Á Venus miro vencida,
miro á la naturaleza
ufana de conocer
su no igualado poder
en tan desigual belleza.

D.^a CLARA.

Divertido se ha el Marqués.

(Á Otavio y Leonor.)

LEONOR.

(Ap.) Mucho me mira.

OTAVIO.

Es exceso,
porque ni es señor en eso,
ni suele ser descortés.

LEONOR.

(Ap.) Algún pensamiento ha sido
quien le arrebató.

D.^a CLARA.

¿Es enfado,
señor Marqués, ó cuidado,
el que os tiene divertido?
Ved que corriéndome voy
de que nos tratéis así.

MARQUÉS.

¿Que me he divertido?

D.^a CLARA.

Sí.

MARQUÉS.

(*Ap.* Pues enamorado estoy.)
Perdonadme ; que un cuidado
me asaltó con tal violencia,
que sin hallar resistencia,
toda el alma me ha ocupado.
Mas, señora, yo os prometo,
si declararos pudiera
la causa, que os pareciera
pequeño el mayor efeto.

D.^a CLARA.

¿ Son de amor tales enojos ?

(*Ap. á él.* Que miráis mucho á Leonor.)

LEONOR.

(*Ap.*) Amor me tiene, si amor
hace lenguas de los ojos.

MARQUÉS.

No es el amor quien causó
tales efetos en mí ;
negocios del honor sí.

LEONOR.

(*Ap.*) Mi sospecha me engañó.

OTAVIO.

Decid, Marqués, vuestras penas,
y ved si son de provecho
el corazón de mi pecho
y la sangre de mis venas.
¿ Cuidado tenéis de honor
sin decirmelo ?

MARQUÉS.

(*Ap. á él.*) ¡ Ah Otavio !
Con arte disfrazo el labio
los sentimientos de amor.
Leonor es quien me da enojos ;
y temiendo que su tía
si entiende la pena mía
me la quite de los ojos,
y porque ignoro el estado
de las cosas, lo negué.

OTAVIO.

Esa prevención más fué
de cuerdo que enamorado.

MARQUÉS.

Despediréme, sin dar
indicios de mi afición,
hasta mejor ocasión.

D.^a CLARA.

¿ Quién pudiera remediar,
Marqués, vuestro sentimiento ?

- MARQUÉS. Imaginación tan fiera
 los pensamientos altera
 y turba el entendimiento ;
 que he de partirme al instante,
 librando para otro día
 un negocio que venía
 á trataros, importante.
- D.^a CLARA. Siempre vos tratáis de honrarme
- MARQUÉS. Vos seáis, bella Leonor,
 muy bien venida.
- LEONOR. Señor,
 á serviros.
- MARQUÉS. Á matarme,
 pues voy sin alma.
- OTAVIO. ¿ Sois vos
 quien del amor se reía ?
- MARQUÉS. ¡ Ay Otavio ! No creía
 hasta agora que era dios. (Vanse.)

ACTO SEGUNDO

Corredor en casa de Doña Clara

ESCENA PRIMERA

EL MARQUÉS y OTAVIO

- MARQUÉS. ¿ Cómo os va de sentimientos ?
- OTAVIO. Es sol vuestra compañía,
 por quien la noche sombría
 huye de mis pensamientos.
- MARQUÉS. ¿ Haos venido á la memoria

- esta noche doña Clara?
- OTAVIO. Es á la luz de su cara
nube mi pasada historia :
y así me siento en estado,
que me alegrará el favor
de Clara; mas el rigor
no me dará gran cuidado.
- MARQUÉS. ¡Qué dicha!
- OTAVIO. ¿Invidiáisme?
- MARQUÉS. Sí;
- que tanto llego á penar,
que á todos puedo invidiar,
si todos la causa á mí;
que este mi nuevo cuidado
me trata con tal rigor,
que en una noche de amor
siglos de infierno he pasado.
Encontrados pareceres
han dado á mis pensamientos
esperanza en los tormentos,
y temor en los placeres.
¡Ay, más que el sol, ojos claros!
¡Si á lo que miro y adoro
igualase lo que ignoro!
- OTAVIO. Lo que puedo aseguraros
es que en la virtud jamás
vió su igual Andalucía.
- MARQUÉS. Pues con eso será mía.
Yo, Otavio, no quiero más,
pues me iguala en calidad.
- OTAVIO. Pues ¿casaréis con ella?
- MARQUÉS. Y ¡ojalá que Leonor bella
pague así mi voluntad!
- OTAVIO. Es pobre.
- MARQUÉS. ¡Al cielo pluguiera
que lo fuese con exceso,
para que mi amor con eso
más esperanza tuviera!
En mis estados poseo
de renta, desempeñados,

más de veinte mil ducados:
pues con esto, á mi deseo,
¿qué cosa darle pudiera
el cielo, que más me cuadre,
que á mis hijos noble madre,
y á mí dulce compañera?

OTAVIO.

Pues si casaros queréis,
pedilda; que al punto creo
que logréis vuestro deseo,
pues venturosa la hacéis.

MARQUÉS.

¡Qué poco sabéis de amor!
¿Vos sois el que, enamorado,
decís que habéis conquistado
tantos años un favor?
Quien por el contrato empieza,
se priva, Otavio, del bien
de contrastar un desdén,
de vencer una esquivaza.
Como en la taza penada
crece el gusto á la bebida,
es la gloria más crecida
cuanto fué más deseada.
El jugador, cuando aspira
á ver la carta, ¿no halla
más gusto en brujulealla
que si de priesa la mira?
El cazador ¿no pudiera,
á costa de precio breve,
alcanzar la garza leve,
coger la liebre ligera;
y con el perro y halcón
se fatiga por más gloria,
estimando la victoria
en más que la posesión?
Pues dejadme conquistar
por amor la hermosa fiera,
que casándome pudiera
tan fácilmente alcanzar.
Dejad que, aunque está en mi mano
el remediar mis enojos,

en las cartas de sus ojos
 brujulee el bien que gano.
 Dejadme que solenice
 el amor que en ella nace,
 los favores que me hace,
 los requiebros que me dice ;
 que la posesión, pensad
 que no es la gloria mayor ;
 que el amor conquista amor,
 la voluntad, voluntad.
 Demás de que no es razón
 que, aunque esté determinado,
 muestre en caso tan pesado
 liviana resolución.

Ni debo tan satisfecho
 pensar que querrá Leonor:
 ¿qué sé yo si ajeno amor
 ocupa su hermoso pecho ?
 Y si fío en mi grandeza,
 como á mí, ¿no puede ser
 que á otro de igual poder
 haya preso su belleza ?
 Y al fin, antes de intentar
 empresas tan peligrosas,
 tomar el pulso á las cosas
 es no querellas errar.

OTAVIO. No os puedo negar que es esa,
 Marqués, cordura mayor;
 mas yo no pensé que amor
 os daba tan poca priesa.

MARQUÉS. Otavio, no lo entendéis.
 Esta cordura es locura,
 y porque amor me apresura,
 voy con el tiento que veis;
 que cuanto más la jornada
 quiere el que parte abreviar,
 tanto más se ha de informar
 del camino en la posada ;
 que es muy necio desatiento,
 con peligro de perderse

partir, por no detenerse
á preguntar un momento.
¿Qué es esto? ¿Entramos á vella?

OTAVIO.
MARQUÉS.

A Clara he de visitar,
con ocasión de tratar
vuestros intentos con ella,
hasta poder de los míos
dar cuenta á doña Leonor.

OTAVIO.
MARQUÉS.
OTAVIO.

Padre es de industrias amor.
Y también de desvaríos.
En el corredor está
sola Leonor.

MARQUÉS.
OTAVIO.

¡Qué ventura!
Yo me voy: la coyuntura
gozad, que fortuna os da;
que á solas vuestros amores
más bien podrán alcanzar,
porque suelen estorbar
los testigos los favores.

MARQUÉS.

Sois discreto.—Ayuda, amor, *(Vase Otavio.)*
los intentos que me has dado.

ESCENA II

LEONOR. — EL MARQUÉS

LEONOR.

¿Sin avisar ha llegado
(Hablando con algún criado que está dentro.)
el Marqués al corredor?

MARQUÉS.

Yo tuve, señora mía,
la culpa.

LEONOR.

Pues perdonad,
señor, y licencia dad
para que avise á mi tía.

MARQUÉS.

Dame tú, Leonor, licencia
para poderte negar
la licencia de privar
mis ojos de tu presencia;
y más cuando en la paciencia

no cabe tanta pasión,
 porque viendo la ocasión
 de decirte mi tormento,
 revienta ya el sentimiento
 la presa del corazón.
 No quiero decirte aquí
 mi mucho amor, ángel bello,
 pues basta para sabello
 sólo saber que te ví;
 no decirte que ya en ti
 fundo todos mis intentos,
 mis glorias y mis tormentos,
 pues sabes tú estas verdades;
 que no ignoran las deidades
 los humanos pensamientos.
 No quiero, señora mía,
 pedir que paga me dés;
 que es bajeza el interés,
 la esperanza grosería;
 sólo merecer querría
 licencia para quererte;
 porque estimo de tal suerte
 tus altas prendas, Leonor,
 que se contenta mi amor
 no más de con no ofenderte.

LEONOR.

Señor Marqués, sólo puedo,
 á lo que oyéndoos estoy,
 responderos que yo soy
 doña Leonor de Toledo;
 porque ya que no os concedo
 la licencia para amar,
 deciros quién soy, es dar
 á vuestro amor á entender,
 á qué se puede extender
 la que vos podéis tomar.

MARQUÉS.

Ese oráculo explicad;
 que sus misterios ignoro.
 ¿He excedido yo el decoro
 que debo á vuestra deidad?
 ¿Por qué alegáis calidad

á quien amor os alega,
cuando no sólo no os niega
mi fe culto verdadero,
mas tanto más os venero
cuanto más amor me ciega?

LEONOR.

Quien ostenta calidad
á quien le trata de amor,
al amor opone honor,
y al deseo honestidad.
Con esto licencia dad
para avisar á mi tía.

MARQUÉS.

Esperad, señora mía.
¿Cómo es posible que siendo
vos el fuego en que me enciendo,
quien me abrasa esté tan fría?

ESCENA III

DOÑA CLARA.—Dichos

D.^a CLARA.

¿Qué es esto?

LEONOR.

(Ap.) ¡Ay triste!D.^a CLARA.

Leonor,

recógete á tu aposento.

(Vase Leonor.)

MARQUÉS.

Parienta...

D.^a CLARA.

En el alma siento
que me lo llaméis, señor;
porque estuviera mejor
este agravio disculpado,
si hubiérades ignorado
mi calidad; pero ya
¿qué disculpa me dará
quien saberla ha confesado?
Si parienta me llamáis,
¿cómo el obrar no lo muestra?
Cómo, si soy sangre vuestra,
mi deshonor procuráis?
¿Mi sobrina requebráis,
cuyo honor está á mi cuenta,

á excusas mías? Mi afrenta
bien claro desto se arguye;
que de testigos no huye
quien justos hechos intenta.
MARQUÉS. Ello está muy bien reñido;
mas fuera bien haber dado,
como un oído al pecado,
á la disculpa otro oído.
¿Qué tanto delito ha sido,
hallando sola á Leonor,
solicitarla de amor,
si estando á solas, sospecho
que fuera el no haberlo hecho
cortedad y disfavor?

D.^a CLARA. En vano aplicar queréis
á la ocasión el suceso,
cuando contra vos en eso
tantos indicios tenéis;
si no es que ya os olvidéis
de que ayer, testigo yo,
Leonor os arrebató
el alma toda en despojos;
que confesaron los ojos
lo que la lengua negó.
Y así, Marqués, perdonad:
y pues que á mi casa á honrarme
no venís, el visitarme
de aquí adelante excusad.
Y si vuestra voluntad
violentare el ciego dios,
sólo os quiero, entre los dos,
por despedida avisar
que Leonor se ha de casar,
y es tan buena como vos.

(Vase.)

ESCENA IV

EL MARQUÉS

MARQUÉS. «¡Que Leonor se ha de casar,
y es tan buena como vos!»

Por una senda las dos
 corren á un mismo lugar ;
 que el ídolo en cuyo altar
 ardiente víctima quedo,
 dijo también: «Sólo puedo
 á lo que oyendo os estoy,
 responderos que yo soy
 doña Leonor de Toledo.»
 Ambas con un mismo intento
 claro me dan á entender
 que sólo puedo tener
 remedio en el casamiento.
 No cupo en mi pensamiento,
 Leonor, otro fin jamás ;
 que si porque pobre estás,
 y yo rico, no lo esperas,
 ¡ ojalá más pobre fueras
 para que yo hiciera más!

ESCENA V

OTAVIO.—EL MARQUÉS

OTAVIO. ¿ Salió en favor la sentencia
 Marqués ?

MARQUÉS. ¡ Ay, amigo Otavio !
 gusto saco del agravio,
 favor de la resistencia.

OTAVIO. Enigmas son.

MARQUÉS. Con prudencia,
 modestia y severidad,
 oyendo mi voluntad,
 sólo la hermosa Leonor,
 negándome otro favor,
 me acordó su calidad.
 Pues esto, Otavio, si creo
 á la esperanza, ¿ no es
 decir que aunque soy marqués,
 es su mano igual empleo ?

y esto ¿no es lo que deseo?
 OTAVIO. Pues ¿qué falta?
 MARQUÉS. Solamente
 con recato diligente
 examinar su opinión;
 que es bajeza y no afición
 pasar este inconveniente.
 Argos seré de su vida,
 sombra de su cuerpo hermoso:
 en caso tan peligroso
 recuerde el alma dormida.
 Ó se muestre ó se despida
 de su calle el sol dorado,
 la rondará mi cuidado;
 porque el noble, si es prudente,
 es celoso pretendiente
 y cuidadoso casado.

(Vanse.)

 Calle

ESCENA VI

DON GARCÍA y DON FÉLIX

D. GARCÍA. Con esta resolución
 va el papel.
 D. FÉLIX. Bien habéis hecho;
 que no puede hacer provecho
 en esto la dilación,
 pues en llegando á entender
 vuestro engaño doña Clara,
 ver más á Leonor la cara
 imposible os ha de ser.
 D. GARCÍA. Por eso quiero abreviar,
 Félix; que tener intento
 acabado el casamiento
 cuando empiece á sospechar.
 D. FÉLIX. *(Ap.)* El medio de dos extremos
 en eso solo consiste.

ESCENA VII

REDONDO, con un papel.—Dichos

D. GARCÍA. Pues, Redondo, ¿vienes triste?
¿Qué tenemos?

REDONDO. No tenemos.

D. GARCÍA. ¿Es respuesta?

REDONDO. Bien pudiera
responder lo que un criado
á quien su dueño á un recado
mandó que á caballo fuera,
y el señor, tras esperallo
lo bastante, preguntó:
«¿Vienes? ¡hola!» Y respondió:
«No hallo el freno del caballo.»
Mas agora es bien que huya
La pieza del gracejar,
porque no se ha de mezclar
con el réquiem la aleluya.

D. GARCÍA. Di, pues.

REDONDO. Yo estaba en espía
para dar este á Leonor...
¡Mal haya quien tiene amor
á mujer que tiene tía!
¿Nunca has visto cuando yerra
la vaca por monte y prado,
no apartársele del lado
un momento la becerra?
Pues mucho menos desvía
de sí Clara á tu Leonor.
¡Dichoso Adán, que su amor
gozó sin suegra ni tía!

D. GARCÍA. Cuenta lo que ha sucedido:
no me atormentes.

REDONDO. Señor,
cogióme en el corredor
tras un pilar escondido;
preguntóme lo que hacía,

recelosa, á lo que ví ;
pero yo le respondí
que era amante de Mencía.

D. GARCÍA.

¿Y aseguróse?

REDONDO.

¿Quién sabe
la verdad del pensamiento?
Solo mandó que al momento
para un negocio muy grave
la veas.

D. GARCÍA.

Ya de su amor
temo que es solo su intento
dar priesa á su casamiento.

D. FÉLIX.

Yo tengo el mismo temor.

D. GARCÍA.

¿Qué excusa podrá valerme?

D. FÉLIX.

Entrad riñendo con ella
por celos.

D. GARCÍA.

Si á mi querella
responde con ofrecirme
mano de esposa al momento,
¿cómo he de huir la ocasión?

D. FÉLIX.

No aguardéis satisfacción.

D. GARCÍA.

Será dañoso á mi intento
enojarme, cuando quiero,
con capa de verla á ella,
ver la sevillana bella.

D. FÉLIX.

Mejor traza.

D. GARCÍA.

Ya la espero.

D. FÉLIX.

Fingid que una liviandad
della os han dicho, y queréis,
antes que la mano deis,
averiguar la verdad.

D. GARCÍA.

Pues ¿de quién podré fingir
celos que lleven color?

D. FÉLIX.

¿Qué ocasión queréis mejor
para poderlos pedir,
que el marqués Arnesto, á quien
vimos, y aun dimos lugar
para entrarla á visitar
ayer los dos?

D. GARCÍA.

Decís bien.

D. FÉLIX. ¿He de acompañaros?

D. GARCÍA. Vella

á solas después podéis,
porque mejor confirméis,
hablando á solas con ella,
don Félix, mis fingimientos,
deponiendo por testigo.

D. FÉLIX. Bien decís.

D. GARCÍA. Adiós, amigo.

D. FÉLIX. (*Ap.*) Ayuda, amor, sus intentos. (*Vase.*)

REDONDO. ¿Qué he de hacer deste papel?

D. GARCÍA. Entra conmigo, y procura
para darlo coyuntura;
que está mi remedio en él.

REDONDO. Tú verás la industria mía.

D. GARCÍA. Ya ves que importa al efeto
el recato y el secreto.

REDONDO. De mí, señor, te confía;
que no hay del Ganges al Istro
sirviente de mi cuidado.
Más secreto y recatado
seré que un recién ministro.

D. GARCÍA. ¡Extraño capricho!

REDONDO. ¿Extraño?

¿Pues hay parca inexorable
más cruel, más intratable,
que un ministro el primer año?

D. GARCÍA. Con silencio hemos de entrar:
por dicha hallará mi amor
en parte á doña Leonor
que á solas la pueda hablar. (*Vanse.*)

Sala en casa de doña Clara

ESCENA VIII

DON GARCÍA y REDONDO, entrando en la sala; DOÑA CLARA,
en ella, sin verlos.

REDONDO. Clara está en la sala.

(*Hablando con su amo aparte.*)

D.^a CLARA.

¿Qué es esto?

D. GARCÍA.

¿Qué preguntas?

En vano te dispones
 á negar, enemiga, tus traiciones.
 Ya sé que te he perdido,
 por más que cautamente
 hayas favorecido
 al Marqués, que tú llamas tu pariente:
 y no me has engañado;
 que más es que pariente el que es amado.

D.^a CLARA.

Escucha: ¿por qué así te precipitas,
 y tus sospechas vanas y ligeras
 tan fácil acreditas?

¿Por qué no consideras
 que en este mismo techo
 otra ocasión se esconde suficiente
 á sujetar el corazón valiente
 del más armado pecho?
 Si el amarme te ha hecho
 pensar que sola yo de amor tirano
 puedo mover la poderosa mano,
 acuérdate que ha puesto
 el cielo soberano
 en el mirar honesto
 de Leonor, mi sobrina,
 más que humano poder, virtud divina.
 Por ella vive preso
 en afición ardiente
 el Marqués mi pariente.

D. GARCÍA.

¿Qué dices? ¿Cómo es eso?

D.^a CLARA.

Digo que pierde por Leonor el seso,
 y que la vez primera
 que la vió, de repente arrebatado
 en su beldad, quedó tan transformado,
 que aunque negar quisiera
 sus ardientes enojos,
 los dijo el alma á voces por los ojos.

D. GARCÍA.

(Ap.) ¿Qué es lo que escucho, cielos?D.^a CLARA.

¿Parécete invención?

D. GARCÍA.

(Ap.)

Rabio de celos.

D.^a CLARA. Aun hoy, para que creas
que te digo verdad, los he cogido
hablando á solas.

D. GARCÍA. Calla.

D.^a CLARA. Porque veas
que en nada te he mentido,
ella misma lo diga.—

Leonor. *(Llama.)*

D. GARCÍA. *(Ap.)* ¡Ay desdichado!

ESCENA X

LEONOR.—Dichos

LEONOR. ¿Llamas?

D.^a CLARA. ¿Qué te ha pasado
con el Marqués? Acaba, dilo presto;
que duda don García
por ti y por él de la firmeza mía.

LEONOR. *(Ap.)* ¿Yo misma contra mí seré testigo?

D.^a CLARA. ¿Qué dudas?

LEONOR. Ya lo digo.

Hoy el Marqués á visitarte entraba:
y encontrando conmigo,
que sola acaso el corredor pasaba,
entre tiernas razones
comenzó á encarecerme sus pasiones.

D.^a CLARA. ¿Estás ya satisfecho?

D. GARCÍA. Estoy de celos abrasado el pecho;
(Quitase el sombrero, hablando con doña Clara.)

que cuanto más pretendes
satisfacerme, tanto más me ofendes.

¿Qué sacas de engañarme?

LEONOR. *(Ap.)* Á mí endereza agora sus saetas.

D. GARCÍA. ¿Por qué, cruel, para tan gran caída
quisiste levantarme?
Quitárasme la vida
antes, ingrata, que un favor me dieras.
Primero que me oyeras,

de fiero tigre hircano
muerte me diera la sangrienta mano.
Quédate, falsa...

D.^a CLARA.

Espera.

D. GARCÍA.

¿Qué tiene que esperar quien desespera?
Qué ha de hacer á tus ojos
quien ya les causa enojos?
No viva en tu presencia
quien murió en tu memoria.

Goce el Marqués en paz de tanta gloria.

D.^a CLARA.

Vuelve.

LEONOR.

Espera.

D.^a CLARA.

Ya falta la paciencia.

Escucha. Ó no te entiendo ó no me entiendes.

¿De la satisfacción misma te ofendes?

LEONOR.

¿Qué culpa, don García, *(Tiénelo Leonor.)*
del amor del Marqués tiene mi tía?

D. GARCÍA.

Suelta. ¿Tú me detienes, engañosa?

¡Qué presto has aprendido

el trato de Madrid, falso y fingido!

¿Quién creyera que dama tan hermosa
y de tan pocos años,

iguale á sus minutos sus engaños?

LEONOR.

(Ap.) Él nos destruye agora.

D. GARCÍA.

¡Plega á Dios, que de flecha vengadora,
con furia disparada

de la valiente mano

del ciego amor tirano,

la nieve de tu pecho atravesada,

encuentres quien contigo

finja, como has fingido tú conmigo! *(Vase.)*

ESCENA XI

REDONDO, que vuelve.—DOÑA CLARA, LEONOR

REDONDO.

Á todos, vive Dios, ha emparejado,
con todos ha reñido.

D.^a CLARA.

Tú la ocasión has sido

deste incendio, enemiga ;
 que el haber tú dudado
 en decir la verdad, la causa ha dado
 á que él sospeche que invención ha sido,
 y en mí tu necia dilación castiga.

LEONOR.

¡Eso sí! imita al toro embravecido ;
 el que la vara te tiró, se escapa :
 véngate agora en mí, que soy la capa.
 ¿No basta que me obligues
 á que excediendo el orden de mi estado,
 por dar satisfacción á don García,
 haya arriesgado yo la opinión mía ;
 sino que, ingrata, agora me castigues
 porque tardé en decir lo que pluguiera
 al santo cielo que callado hubiera?

D.^a CLARA.

¿Pues qué opinión te quita
 que el Marqués te pretenda?

LEONOR.

¿No me arriesgo á que entienda
 quien sepa que el Marqués me solicita,
 que liviandades mías
 han dado la ocasión á sus porfías?

D.^a CLARA.

¡Qué livianos temores te acobardan !
 Bien se ve que mis penas,
 Leonor, son para ti del todo ajenas.
 No te vayas; que quiero á don García
 escribir un papel.

REDONDO.

Por Dios, señora,
 que dudo que en mi pecho haya osadía
 para dárselo agora,
 cuando ves que contigo
 se parte, de celoso, tan airado,
 que arrojan sus enojos
 mil volcanes de llamas por los ojos;
 y viste agora que también conmigo
 ciego y arrebatado,
 me libró de su furia tu sagrado.

D.^a CLARA.

Bien dices.

REDONDO.

¿Qué procuras?
 ¿Satisfacerle?

D.^a CLARA.

Sí.

REDONDO. Dame licencia,
si de mi fe por dicha te aseguras,
para darte un consejo.

D.^a CLARA. En la dolencia
sólo aspira el enfermo á verse sano,
y ama el remedio de cualquiera mano.

REDONDO. Pues no le escribas tú; que temo agora
que la llama voraz de sus enojos
haga ceniza tu papel, señora,
antes que en él llegue á poner los ojos:
no le dén tus solícitos amores
materia á más venganzas y rigores.
Deja que el tiempo su furor quebrante:
toma ejemplo en la fragua;
que cuando el fuego en ella está pujante,
le aumenta fuerza el agua.

Escribale primero tu sobrina,
y sus satisfacciones poco á poco
procuren aplacar el furor loco;
que en buena medicina,
cuando un humor nocivo predomina,
para purgarlo, sabes
que lo disponen antes con jarabes.

D.^a CLARA. Redondo dice bien. Sobrina mía,
escribe á don García:
dale satisfacción, haz estas paces.

LEONOR. De mil maneras haces
que salga de la esfera de mi estado;
mas al fin me conduce á obedecerte
la lástima que tengo á tu cuidado.
Voy á escribir.

REDONDO. (*Ap.*) ¡Qué bien que lo he trazado!

D.^a CLARA. Haz cuenta que me libras de la muerte,
Leonor, según me veo.

LEONOR. (*Ap.*) Tú me ruegas lo mismo que deseo. (*Vase.*)

D.^a CLARA. Redondo, yo confieso que me has hecho
gran bien; que tal consejo en tal estrecho
sólo de tu agudeza nacer pudo.

REDONDO. Yo me llamo Redondo, y soy agudo. (*Vanse.*)

Calle

ESCENA XII

EL MARQUÉS y RICARDO

- RICARDO. Á la puerta se apartó
don Félix, y don García,
á fuer de medrosa espía,
con lentos pasos entró,
á todas partes mirando,
con un criado, de quien
fía su mal y su bien,
en puridad platicando.
Subió al fin; pero muy presto
de la visita salió,
y á lo que me pareció,
de enojado, descompuesto.
Quedóse dentro el criado,
y vino á salir después
más de hora y media: esto es
lo que he visto y ha pasado
mientras estuve en espía.
- MARQUÉS. ¿Ayer don García, y hoy
don García? Loco estoy.
¿Cada día don García?
¡Malo! Entrar con pasos lentos,
salir presto y enojado,
quedarse dentro el criado...
de muerte sois, pensamientos.
- RICARDO. Advierte que don García,
supuesto que amante sea,
aún no sabes si desea
á la sobrina ó la tía.
¿Por qué das rienda al dolor,
y tan presto desconfías?
- MARQUÉS. Ricardo, en venturas mías
siempre es cierto lo peor.

RICARDO. El prudente prevenido
 espera el peor suceso ;
 pero, señor, no por eso
 lo ha de dar por sucedido.
 Prevén al mal la paciencia,
 sin desesperar, señor ;
 que es el morir de temor
 más flaqueza que prudencia.
 Haz primero información
 de la verdad de su intento ;
 no pierdas el sentimiento,
 ignorando la ocasión.

MARQUÉS. ¡Qué bien dices! En efeto,
 Ricardo, para un señor
 el consejero mejor
 es un criado discreto.

RICARDO. Por eso te considero
 de tantos buenos servido.
 Mas detente ; que ha venido
 á buen tiempo el escudero
 de Clara. Por si te engañas,
 comienza tu información
 por él.

MARQUÉS. ¿Dirálo?

RICARDO. Si son
 las que deben ser sus mañas,
 nada te podrá callar ;
 y más si en el corazón
 le pusieres un doblón
 al tiempo de preguntar.

MARQUÉS. Llámalo pues.

RICARDO. ¡Camarada!

ESCENA XIII

FIGUEROA.—Dichos

RICARDO. Bien dicen que la ventura
 huye de quien la procura,

y busca sin ser buscada.

FIGUEROA. ¿Por qué lo decís?

RICARDO. Desea

el Marqués saber de vos
cierta cosa, entre los dos,
y no dudéis de que sea
si gusto le sabéis dar,
mucho el bien que os ha de hacer.

FIGUEROA. El más largo prometer

no iguala al más corto dar.
Mas puesto que es el Marqués
tan gran señor, será justo
que estime yo el darle gusto,
por el mayor interés.

RICARDO. Llegad pues; que ya os espera,

FIGUEROA. Humilde á vuestro mandado
tenéis, señor, un criado;
y ¡ojalá que fuerza hubiera
para serviros en mí!

MARQUÉS. Cúbrase, por vida mía.

FIGUEROA. Perdone vueseñoría;
que yo estoy muy bien así.

MARQUÉS. Por mi vida lo ha de hacer.

FIGUEROA. (*Cúbrese.*) Ya es forzoso. ¡Qué honradores
son los tan grandes señores!) (*Ap. á Ricardo.*)

RICARDO. (*Ap.*) Y más cuando han menester.

MARQUÉS. Dígame agora su nombre.

FIGUEROA. Figueroa.

RICARDO. ¡Una miseria!

es de la casa de Feria.

MARQUÉS. Ese es sólo un sobrenombre.

FIGUEROA. No han de ser desvanecidos
los pobres; que es muy cansado
un hombre en humilde estado
hecho un mapa de apellidos.
Aun con sólo un nombre, veo
que no me dejan vivir,
y hay quien ha dado en decir
que sin razón lo poseo;
mas procuren de mil modos

los malsines murmurar ;
que por Dios que al acostar
estamos desquitos todos.

MARQUÉS. Vos, en fin, ¿sois Figueroa ?

FIGUEROA. Por lo menos me lo llamo.

MARQUÉS. Deudos somos.

FIGUEROA. Ser mi amo
vos, será mi mayor loa.

MARQUÉS. Digo que sois mi pariente,
y que se os echa de ver,
porque vuestro proceder
dice quién sois claramente.

RICARDO. *(Ap.)* ¡Qué bien le obliga !

MARQUÉS. Por Dios,

que sabello me ha alegrado ;
pues con eso mi cuidado
os toca también á vos.

Pues si sois deudo también
de doña Clara, su afrenta
tomaréis á vuestra cuenta
como yo.

FIGUEROA. Decís muy bien.

MARQUÉS. Pues escuchad, si os agrada ;
que está en riesgo nuestro honor.

FIGUEROA. ¡Qué cosa para mi humor !
¿En riesgo el honor ? ¡No es nada !
Decid. *(Pónense á hablar bajo los tres).*

ESCENA XIV

DON GARCÍA y REDONDO.—Dichos

RICARDO. Detener no puedo *(Ap. al Marqués).*
la risa, señor.

REDONDO. Salió *(A don García).*
alborotada ; mas yo,
poniendo en la boca el dedo,
la sosegué, y advertir

pudo en un punto mi intento;
que es de ángel su entendimiento
y entiende sin discurrir.
Saqué el papel...

D. GARCÍA.

¿Lo leyó?

REDONDO.

Ponte un grado más atrás.

D. GARCÍA.

¿Cómo?

REDONDO.

¿No preguntarás
antes, si lo recibió?

D. GARCÍA.

Eso está claro.

REDONDO.

Decillo

puedes; que está bien patente.
Pues te digo claramente
que no quiso recibillo.

D. GARCÍA.

¿Que no quiso?

REDONDO.

Señor, no.

D. GARCÍA.

¡Que escucho! ¿Y sabes por qué?

REDONDO.

La causa, yo no la sé;
sé que no lo recibió.
Y estando en esta porfía,
sobre si es justo ó no es justo
dar á tu fe tal disgusto,
la empezó á llamar su tía.
Salí después que te fuiste,
y hubo entre ellas gran cuestión
sobre cuál fué la ocasión
del enojo que tuviste.
Resolvióse al fin la tía
en escribirte un papel;
yo le dije que con él
tu furor aumentaría,
y que era bien que Leonor
satisfaciendo lo hiciera;
que negocia una tercera
con un celoso mejor.
Cuadróles mi parecer;
y Leonor, tras resistir
un rato, se entró á escribir,
y doña Clara á leer
lo que Leonor escribía.

Y así no tuvo ocasión
de rezar por su intención ;
que todo fué por su tía.
No me dieron el papel ;
que nuestra invención creyeron,
y á enviar se resolvieron
un escudero con él.

Salí, y apenas los piés
puse en la calle ligero,
cuando en un zaguán frontero
vi un criado del Marqués,
que con recato espiaba
disimulando y temiendo ;
y cuando entramos, entiendo
que el mismo puesto ocupaba.

D. GARCÍA.

No digas más.

REDONDO.

¿ No diré

lo que con él me pasó ?

D. GARCÍA.

¿ Qué pasó ?

REDONDO.

Que él me miró,

y yo también le miré.

Pasé arrogante la calle :

capa y espada prevengo,

y como él no me habló, vengo,

y véngome sin hablalle.

D. GARCÍA.

¡ Qué gran hazaña !

REDONDO.

¿ Sería

cordura trabar pendencia

en tal calle ?

D. GARCÍA.

Esa prudencia

la debo á tu cobardía.

¡ Ay de mí ! Yo soy perdido.

Efímero fué, Leonor,

en tu corazón mi amor ;

hoy murió, de ayer nacido.

Fué contra el cierzo violento

flor que de nacer acaba.

¡ Qué tierno tu amor estaba,

pues lo llevó el primer viento !

Al primer indicio leve

- del amor del Marqués, luégo
 ¡ trocaste la nieve en fuego,
 y el fuego trocaste en nieve!—
 ¿ No es este el Marqués? Desvía.
 REDONDO. Si, señor.
 D. GARCÍA. Hablalle quiero.
 REDONDO. ¿ He de ser el *Mira Nero*,
 ó *él de nada se dolía*?
 D. GARCÍA. Eres muy cuerdo.
 REDONDO. Respondo
 que soy Redondo; y quisiera
 que por mí no se dijera
 esto de: «Cayó redondo.»
 MARQUÉS. Id con Dios. (*Á Figueroa.—Vase Figueroa.*)

ESCENA XV

EL MARQUÉS, RICARDO, DON GARCÍA y REDONDO

- MARQUÉS. El escudero
 se rindió á la vanidad.
 RICARDO. Si va á decir la verdad,
 yo sospecho que al dinero.
 MARQUÉS. Él redimió el alma mía
 de mil celosos engaños.
 RICARDO. En fin, ¿ dice que há dos años
 que ama á Clara don García?
 MARQUÉS. Sí.
 RICARDO. ¿ Y que su dueño gallardo,
 la bella doña Leonor,
 ni tiene amante ni amor
 hasta agora?
 MARQUÉS. Sí, Ricardo.
 RICARDO. Ya habrás visto de ese modo
 cuán malo es anticipar
 la pena y desesperar,
 sin informarse de todo.
 MARQUÉS. Tanto, Ricardo, que espero
 que en el mismo don García,

que por contrario tenía,
he de tener compañero;
que haremos, enamorados
los dos de Clara y Leonor,
para esta guerra de amor,
liga de nuestros cuidados.

RICARDO.

Él viene.

MARQUÉS.

Yo le he de hablar.

D. GARCÍA.

Señor Marqués...

MARQUÉS.

Don García...

D. GARCÍA.

En busca vuestra venía;
que tenemos que tratar
cierto caso entre los dos.

MARQUÉS.

Huélgome; que también vengo
á buscaros, porque tengo
otro negocio con vos.

D. GARCÍA.

Redondo, déjanos solos.

REDONDO.

Harélo con mucho agrado;
que temo morir birlado,
ya que Dios nos hizo bolos.

(Vase).

MARQUÉS.

Déjanos solos, Ricardo.

RICARDO.

¿Dónde te veré después?

MARQUÉS.

En Palacio.

(Vase Ricardo).

ESCENA XVI

EL MARQUÉS y DON GARCÍA

D. GARCÍA.

Ya, Marqués,
vuestros intentos aguardo.

MARQUÉS.

Yo os suplico, don García,
que los vuestros me digáis.

D. GARCÍA.

En esto, si no empezáis,
consumiremos el día.

MARQUÉS.

Porque vuestro gusto intento,
me determino á empezar;
pues cuanto tardo en hablar,
tanto os quito de contento.
Sabed, noble don García,
que la libertad lozana,

el nunca domado orgullo,
la juvenil arrogancia
con que pisé tantos años
del amor ciego las armas,
invidia de los galanes
y cuidado de las damas,
rindieron ya la cerviz
á la sujeción tirana
de una pena que me aplace,
y de un placer que me mata.
Vi los dos divinos ojos
de la hermosa sevillana
doña Leonor de Toledo :
vilos al fin, esto basta ;
que pues que vos habéis visto
su belleza soberana,
conoceréis los efectos
por el poder de la causa.
Apenas rompió mi pecho
la flecha de amor dorada,
cuando los celos se entraron
por la misma herida al alma ;
que dos veces, Lara ilustre,
os vi entrar á visitarla
conociendo vuestras partes,
su hermosura y mi desgracia ;
pero los piadosos cielos,
condolidos de mis ansias,
con un desengaño breve
serenaron la borrasca,
pues con saber que há dos años
que servís á doña Clara,
vengo á tener por amigo
al que enemigo juzgaba.
Ya sabéis que es deuda mía :
pues vos entráis en su casa,
y en ella están las dos prendas
de nuestras dos esperanzas,
ayudémonos : dé al otro
cada cual lo que le falta,

y démonos dos á dos
esta amorosa batalla.
Terciad por mí, don García,
con Leonor; que mi palabra
os doy de hacer cuanto pueda
porque os dé la mano Clara.
Por la merced que me hacéis
os beso, Marqués, las plantas,
y para servilla ofrezco
cuanto pueda y cuanto valga;
mas escuchad el intento
y el fin para que os buscaba,
y á la vuestra servirá
de respuesta mi demanda.
Cierto caballero noble,
que la deidad idolatra
de Leonor, y á dulces bodas
anima sus esperanzas;
teniendo ciertos indicios
de vuestra amorosa llama,
temeroso justamente
de competencia tan alta,
por mí os suplica, Marqués,
que la antigüedad le valga,
y la honrosa pretensión,
pues de ser su esposo trata;
supuesto que aunque Leonor
tiene calidad tan clara,
por ser escudera y pobre,
vos no querréis levantarla
al tálamo suntuoso
que más feliz dueño aguarda,
y con ilícitos fines
debéis de solicitarla.
Este es el caso, Marqués;
y yo le dí la palabra
de ayudarle; noble soy:
mirad si puedo quebralla.
Serviros es imposible:
engañaros, vil hazaña:

D. GARCÍA.

esto os respondo: que vos
respondáis es lo que falta.

MARQUÉS.

¿Puede saberse quién es
ese amante?

D. GARCÍA.

La palabra
del secreto me pidió.

MARQUÉS.

Si se la distes, guardalda.

D. GARCÍA.

¿Qué respondéis?

MARQUÉS.

Desistir
de intenciones declaradas
no pienso que suele dar
á los nobles alabanza,
y más cuando quien lo pide
encubre de mí la cara,
con que ni á la cortesía
ni á la amistad debo nada.
Alegarme antigüedad
para obligarme, no basta;
porque esa en la posesión
vale, mas no en la esperanza;
porque ajenas pretensiones
con razón puede estorbarlas,
no el que primero pretende,
mas el que primero alcanza.
Decir que el querer casarse
hace justa su demanda,
porque yo á ilícitos fines
debo de solicitarla,
ese es mucho adivinar:
y á doña Leonor agravia
quien piense que yo no debo
para mi esposa estimarla.

D. GARCÍA.

¿Qué decís?

MARQUÉS.

Será mi esposa;
y lo fuera, si gozara,
como un título poseo,
de la corona de España.

D. GARCÍA.

(Ap.) Perdido soy.

MARQUÉS.

Don García,
de colores la mudanza

en vuestra cara, denota
turbaciones en el alma.
Parece que hacen en vos
sentimientos mis palabras,
mayores de los que suelen
obrar las ajenas causas.

D. GARCÍA. Marqués, las causas ajenas,
el que es noble, ó no se encarga
dellas, ó tiene por propia
su ventura ó su desgracia.

MARQUÉS. Correspondéis á quien sois;
mas pues las partes contrarias
hacéis con doña Leonor;
y son ella y doña Clara
mis deudas; y sois galán,
y ellas dos hermosas damas,
con que pueden ofender
vuestras visitas su fama;
desde este momento son
los umbrales de su casa
vedados á vuestros piés,
y á los ojos las ventanas.

D. GARCÍA. Doña Clara es viuda, y es
señora de sí, y se trata
casamiento entre los dos.

MARQUÉS. Trataldo sin visitarla.

D. GARCÍA. No sois deudo tan cercano
vos, que os obligue su guarda.

MARQUÉS. Á todos toca el remedio;
que á todos toca la infamia,
y son padres de sus deudos
los señores de las casas.
Pero cuando no, advertid
que ya lo he intentado, y basta
para empeñarme y correr
por mi cuenta la venganza.

D. GARCÍA. Habéis de advertir, Marqués,
que si sois marqués, soy Lara,
que como yo tenéis vida,
y yo como vos espada.

(Vanse.)

ACTO TERCERO

ESCENA I

DON FÉLIX teniendo á DON GARCÍA

- D. GARCÍA. Soltad.
- D. FÉLIX. No iréis, vive Dios.
- D. GARCÍA. ¿He de mostrar cobardía
al Marqués?
- D. FÉLIX. Yo, don García,
tengo de morir con vos;
mas si el fin de resolveros
es no perder la beldad
de Leonor, ¿no es necedad
perdella más con perderos?
- D. GARCÍA. ¿Indicios de cobardía,
siendo quien soy, he de dar?
- D. FÉLIX. Esto no es sino guiar
bien las cosas, don García.
Tracemos cómo Leonor
dé efecto á vuestra esperanza;
que esa es la mayor venganza
y el verdadero valor;
pues si su bien le quitáis,
dos fines conseguiréis:
mostrar que no lo teméis,
y gozar de quien amáis.
El que llevare á Leonor,
ese vence: en eso topa;
porque el que guarda la ropa,
sólo es el buen nadador.
- D. GARCÍA. En vano buscáis remedios;
que el venirnos á encontrar
es fuerza, si he de pasar

á los fines por los medios.
 Sin visitalla, sin vella,
 sin servilla y sin hablalla,
 ¿ cómo puedo yo obligalla?
 ¿ cómo llegar á vencella?
 ¿ No tenéis amigos fieles?
 No hay mensajeros discretos?
 No hay medianeros secretos?
 No hay recados? No hay papeles?
 No hay disfraces? No hay espías?
 No hay noches? No hay á deshora
 hablar á vuestra señora
 sin temáticas porfías?
 Buscar el inconveniente
 es notorio desvarío:
 en el más pequeño río
 no hay vado como la puente.
 El Marqués es poderoso;
 vos no, aunque tan caballero:
 de vuestro valiente acero
 confieso el valor famoso;
 y era ofensa declarada
 el quererlos impedir,
 si fuera cierto el reñir
 cuerpo á cuerpo en la estacada.
 No digo yo que ha de hacer
 el Marqués superchería,
 ni es razón; pero podría
 querer usar del poder;
 que puede al fin un señor,
 desvanecido en su alteza,
 dar título de grandeza
 á lo que ha sido temor:
 y aunque es fuerza confesaros
 que vuestra nobleza es
 tal, que no puede el Marqués
 con razón supeditaros;
 lo que en estado os excede
 y os aventaja en hacienda,
 basta para que pretenda

D. FÉLIX.

darnos á entender que puede.
Y así arrojaros es loca
intención, mientras no es tanta
el agua, que á la garganta
pida paso por la boca.
Si no podéis de otro modo
con Leonor comunicaros,
ahí será el determinaros
y el aventurarlo todo.

D. GARCÍA. En tanto que la honra mía
no peligre, seguiré
vuestro consejo.

D. FÉLIX. Á mi fe
fiad vuestro honor, García.

D. GARCÍA. Trazad pues cómo á Leonor
pueda yo ver.

D. FÉLIX. ¿Un papel
no os escribió?

D. GARCÍA. Sí.

D. FÉLIX. Y en él
¿qué estado muestra su amor?

D. GARCÍA. Satisfacciones me envía. *(Dale un papel.)*
Leeldo, con advertencia
de que lo escribió en presencia
de doña Clara su tía.

D. FÉLIX. *(Lee.)* «Mucho siento verme con vuestra mer-
»ced tan mal acreditada, que no basten satis-
»facciones mías á celos mal fundados. Asegúrole
»que si le engañara, le desengañara. Mi tía es
»y ha de ser de vuestra merced, y remite la
»prueba de sus verdades á las obras. Y si con
»esto prosigue vuestra merced su enojo, será
»cierto que no se retira por celar, sino que cela
»por retirarse: y me holgara de verlo, para de-
»cirle muchas más verdades sin rebozo.»

D. GARCÍA. Esa palabra declara
que cuanto me escribe aquí,
lo dice Leonor por sí,
hablando de doña Clara,
conforme á la oculta seña

entre los dos concertada.

D. FÉLIX. De esa suerte declarada
resolución os enseña,
pues dice que es y ha de ser
vuestra.

D. GARCÍA. Sí.

D. FÉLIX. Discretamente
sabe decir lo que siente.

D. GARCÍA. Agudeza fué poner
en el billete la seña,
sin desdecir la razón.

D. FÉLIX. Hermosura y discreción
ablandarán una peña.

D. GARCÍA. Esto supuesto, ¿qué haré?

D. FÉLIX. ¿Qué falta, si ya Leonor
ha declarado su amor,
sino que la mano os dé?

D. GARCÍA. ¡Eso que no es nada!

D. FÉLIX. Pues
si ella está ya declarada,
ejecutarlo no es nada.

D. GARCÍA. ¡Ay don Félix! Lo más es;
que en cosas tan de importancia,
desde la resolución
á la misma ejecución,
es muy grande la distancia;
y más en una mujer
niña, doncella y honrada,
encogida y recatada,
á quien se le han de ofrecer
inmensos inconvenientes
con pensar que desafía
la enemistad de su tía
y el murmurar de las gentes.
Y aumenta el temor cruel
ver que no se resolvió
cuando ocasión se ofreció,
á recibir un papel.

D. FÉLIX. Yo no os lo puedo negar;
mas también se ha de entender

que no hay de decir á hacer
 más de un grado que pasar.
 Ella ha dicho ya de sí :
 demos á la ejecución
 tiempo, lugar y ocasión,
 y probaremos así
 las veras con que se abrasa.

D. GARCÍA.

Muy bien decís.

D. FÉLIX.

Yo daré

una traza, con que esté
 sola con vos en su casa,
 porque se ausente con vos,
 si su palabra desea
 cumplir, sin que el Marqués vea
 á ninguno de los dos.

D. GARCÍA.

Ya de vos la vida espero.

D. FÉLIX.

En vuestro bien está el mio ;
 (*Ap.* Pues desafortuna confío
 alcanzar á la que quiero.)
 en vuestra casa esperad
 hasta que os avise.

D. GARCÍA.

Voy.

D. FÉLIX.

La prueba habéis de ver hoy
 de mi ingenio y mi amistad.

(*Vanse.*)

Sala en casa de doña Clara

ESCENA II

LEONOR y MENCÍA

MENCÍA.

Determinarte procura,
 ó ser feliz desconfía ;
 que nunca la cobardía
 dió abrazos á la ventura.

LEONOR.

No sé cómo es la pasión

de que fatigar me veo,
 que me animo en el deseo,
 y tiemblo en la ejecución.
 Siéntome abrasar por él,
 y cuando lo veo, siento
 que aún no tuve atrevimiento
 de recibir un papel.

MENCÍA.

Eso me tiene admirada.
 Si dijiste á don García :
 «Digo que os quiere mi tía,»
 con la seña concertada,
 que es decirle que lo quieres,
 ¿cómo tan cobarde estás
 en lo demás, si es lo más
 declararse en las mujeres?

LEONOR.

Como las palabras son
 tan ligeras, las envía
 muy fácilmente, Mencia,
 á la boca el corazón ;
 y más cuando no el intento
 pronunciaron declaradas ;
 que les dió, el ir rebozadas
 del engaño, atrevimiento.
 «Digo que os quiere mi tía,»
 dije ; y pienso que si fuera
 menester que le dijera :
 «Yo os quiero,» no lo diría.
 Y no debes, siendo así,
 admirar por cosa nueva
 que á ejecutar no me atreva,
 aunque á decir me atrevi.
 Mil veces ya me arrojaba
 á recibir el papel,
 y tantas la mano dél
 casi abierta retiraba.
 Ya del mismo portador
 la vergüenza me oprimía ;
 ya de que álguien lo vería
 me refrenaba el dolor.
 ¿Pues qué, cuando el alma piensa

del pueblo las opiniones,
de los deudos los baldones,
de doña Clara la ofensa?
Allí es troya; allí el temor
corta á la esperanza el vuelo,
y llueven montes de hielo
sobre las llamas de amor.

MENCÍA.

Que lo olvides me holgaré;
que pienso que más ventura
guarda el cielo á tu hermosura.

LEONOR.

¿Por qué lo dices?

MENCÍA.

La fe

con que en amarte porfía
el Marqués, me hace esperar,
señora, que has de pasar
de merced á señoría.

LEONOR.

¡Qué locura!

MENCÍA.

La locura

es, siendo igual la nobleza,
entender que su grandeza
es digna de tu hermosura.

LEONOR.

En el príncipe más loco,
los impulsos de afición
centellas de rayo son:
arden mucho y duran poco.
Y del Marqués, ni yo creo,
ni aunque él lo diga, imagines
que á justos y honestos fines
encamine su deseo.

MENCÍA.

Si Figueroa porfía
que lleva puesta la proa
en eso...

LEONOR.

¿De Figueroa
haces tú caso, Mencía?

MENCÍA.

Hace libros.

LEONOR.

El papel
echa á mal.

MENCÍA.

Pues por mil modos
dice en ellos mal de todos.

LEONOR.

Y todos dellos y dél.

MENCÍA. Pues él vive confiado...
—Mas la que viene es tu tía.

ESCENA III

DOÑA CLARA.—Dichas

D.^a CLARA. Déjanos solas, Mencía.
MENCÍA. Entra en consejo de estado. (*Ap. á Leonor.*)
(*Vase.*)

D.^a CLARA. Leonor, bien pienso que sabes
quién eres.

LEONOR. Bien sé que fueron
Toledos y Figueroas
blasones de mis abuelos,

D.^a CLARA. Las muchas obligaciones
entenderás, según eso,
que con la sangre heredaste
de tus pasados.

LEONOR. Sí entiendo.

D.^a CLARA. Bien conocerás, sobrina,
con cuánto amor te deseo
buena fama y buena suerte.

LEONOR. Sí conozco, y agradezco.

D.^a CLARA. Luego bien creerás que puedes
fiar de mí tus secretos.

LEONOR. Confiada estoy que en ti
es más la amistad que el deudo.

D.^a CLARA. Pues no me niegues, amiga,
lo que preguntarte quiero,
si es que miras por tu honor,
y fías que haré lo mismo.

LEONOR. Deja tantas prevenciones,
y declárate. (*Ap. ¿Qué es esto?
¿Si ha entendido sus agravios?*)

D.^a CLARA. No me espantaré que haciendo
siempre el amor su morada
en los juveniles pechos,
en tus años florecientes

haya prendido su fuego :
no por cierto ; que también
soy yo mujer, y amor tengo.
Dime pues : ¿ qué lugar tienen
en tu afición los deseos
del Marqués ?

LEONOR.

¡ Gracias á Dios,

(Ap.)

que habemos llegado al puerto !

D.^a CLARA.Di : ¿ qué esperanzas le has dado,
ó qué favores le has hecho ?

Y él contigo, ¿ qué fin lleva ?

¿ Qué designios ó qué intentos
significan sus palabras

y pronostican sus hechos ?

Háblame claro, sobrina ;

que te va el honor en ello.

LEONOR.

Hay tan poco que decir,

que no haré nada en hacerlo :

él dice que me pretende

para esposa ; no lo creo ;

y ni favor ni esperanza

le he dado : no hay más en esto.

D.^a CLARA.

Pues, sobrina de mis ojos,

mira por tus pensamientos ;

que se obligan esperando,

y se cautivan creyendo.

Dase un reino á un rey extraño

con que le guarde sus fueros ;

después que dél se apodera,

¿ quién podrá obligarle á ello ?

Prometiendo matrimonio

entra el amor en el pecho,

y aunque después no lo cumpla,

no hay para echallo remedio.

Piensa que el Marqués te engaña,

y no lo querrás con eso ;

que el que engaña ofende, y causa

la ofensa aborrecimiento.

Piensa que en sangre le igualas,

y aspira al tálamo honesto ;

que el estado y la fortuna
no es ventaja entre los buenos.
Si es verdadero su amor,
si casarse es su deseo,
tu esquiveza y tu recato
darán más fuerza á su fuego ;
y si engañarte pretende,
pruebe el rigor de tu pecho :
darás lustre á tu nobleza
y castigo á sus intentos.

LEONOR.

Aunque estimo tus avisos,
casi corrida me siento
sospechando que imaginas
que yo necesito dellos.
¿ Qué indicios has visto en mí
de livianos pensamientos ?
Que nacen más que de amor
tan cuidadosos consejos.

D.^a CLARA.

Ver que el Marqués multiplica
diligencias y paseos,
y examina tus criados
de tus dichos y tus hechos,
centinela de tu vida,
Argos de tus pensamientos ;
como te tengo á mi cargo,
en tal cuidado me ha puesto :
y mas viendo que eres ave
tan poco experta en el vuelo,
y en la región de la corte
estrenas agora el viento.
Que como pocos señores
se ven en los otros pueblos,
corren las recién venidas
á la corte, mucho riesgo
de pensar que es calidad
que aumenta merecimientos,
un amante señoría.

LEONOR.

Discretos son tus recelos,
mas excusados conmigo.

D.^a CLARA.

Conozco tu entendimiento ;

pero nunca hicieron daño,
aunque sobren, los consejos.

ESCENA IV

REDONDO, de mujer, rebozado : después MENCIA y FIGUEROA.
DOÑA CLARA y LEONOR

- D.^a CLARA. Mas ¿quién es esta mujer?—
(Redondo da un papel á Leonor sin decir palabra.)
¡Hola! Criados, ¿qué es esto?
¿Billete le da á mis ojos?
¿Hay mayor atrevimiento?
¡Hola! (Sale Mencía.)
- REDONDO. Tente, no des voces. (Descúbrese.)
¿Á una mujer tienes miedo?
- D.^a CLARA. ¿Es Redondo?
- REDONDO. Soy Redondo.
- D.^a CLARA. ¿Pues qué disfraces son éstos?
- REDONDO. ¡Ah, señora! Mucho mal :
el mundo al revés se ha vuelto.
- D.^a CLARA. ¿Cómo, Redondo?
- REDONDO. ¿No ves
que ya los hombres son hembros?
- D.^a CLARA. Acaba, dime : ¿por qué
en ese traje te has puesto?
- REDONDO. Porque el Marqués tu pariente
no sepa que á hablarte vengo ;
porque sobre visitarte
ha tenido con mi dueño
palabras hartó pesadas.
- D.^a CLARA. Él está loco de celos.— (Á Leonor.)
Mira el daño que el Marqués
con pretenderte me ha hecho,
pues que firme don García
en el primer pensamiento
de que soy el blanco yo
á quien miran sus deseos,
vino á encontrarse con él.

- REDONDO. ¡ Bien entendéis el enredo ! (Ap.)
- D.^a CLARA. ¿ Y qué dice don García ?
- REDONDO. Al pimpollo hermoso y tierno
de gallegos Figueroas
y castellanos Toledos
paga en este su papel,
y á ti te pide que luégo
tomes, señora, la silla,
y en el lugar más secreto
de San Sebastián lo aguardes,
para contarte el suceso,
y resolver destas cosas
el importante remedio.
- D.^a CLARA. ¡ Hola !—Apercebid los mozos (*Sale Figueroa.*)
de silla al punto.—¡ Que en esto
por ti, sobrina, me vea ! (*Vase Figueroa.*)
- LEONOR. Yo, tía, ¿ qué culpa tengo ?
- D.^a CLARA. En tanto que me dispongo
para salir, ve leyendo.—
¡ Hola ! el manto.
(*Vase Mencía.—Abre el papel Leonor.*)
- LEONOR. ¿ Si traerá (Ap.)
contraseña este decreto ? (Lee.)
« El papel de vuesa merced puse descubierto
» sobre mi cabeza, y con la misma reverencia
» respondo... »
Bien está : la seña trae. (Ap.)
- D.^a CLARA. ¿ Qué te detienes ?
- LEONOR. No acierto ;
que escribe mal don García.
- REDONDO. Es propio de caballeros.
- LEONOR. (*Lee.*) « Respondo que pues vuesa merced dice, sin
» rebozo, que su tía es y ha de ser mía, y no
» deseo otra cosa, he trazado como hoy se vea
» en la ejecución la verdad : y advierto que si
» hoy falta la resolución, mañana faltará la oca-
» sión. Y guarde nuestro Señor, etc. »
- D.^a CLARA. ¿ Cómo, si está satisfecho,
celos al Marqués pidió ?
¿ Y cómo, si siempre yo

le di la mano y el pecho,
duda mi resolución,
y amenaza y desconfía?

REDONDO. El amor temores cría
en la misma posesión.

(Vuelve Mencía con el manto de su ama.)

MENCÍA. La silla está apercebida.

D.^a CLARA. Vé á avisar á tu señor *(Á Redondo.)*
que ya parto.—Adiós, Leonor.

LEONOR. Prospere el cielo tu vida.

REDONDO. El cuerpo hurtaré á tu tía; *(Ap. á Leonor.)*
que te importa mucho oirme.

LEONOR. ¿No te vas?

REDONDO. El despedirme
de un ángel me detenía.

(Vanse doña Clara, Mencía y Redondo.)

ESCENA V

LEONOR

Tántalo entre el manjar y la bebida,
en vano sigue el fruto que cercano
el labio toca hambriento, y sigue en vano,
el agua que á la sed huye y convida.

Mas yo de mis deseos combatida,
(¿quién tal creyera?) en mal tan inhumano,
yo misma ¡ay triste! la medrosa mano
huyo del bien, al mismo bien asida.

Si de la vida pretendéis privarme,
temores y recatos, no es mi intento
sino ver declarada la vitoria.

Acabad de acabaros ó acabarme;
que bien sabrá morir en el tormento
la que sabe privarse de la gloria.

(Vase.)

Sala en casa del Marqués

ESCENA VI

EL MARQUÉS y OTAVIO

- MARQUÉS. Desde la tierna edad, Otavio, han sido un alma nuestras almas, y igualmente la amistad con los años ha crecido: yo pienso que sacáredes, ausente de mí, en defensa de mi honor la espada.
- OTAVIO. Hasta rendir la vida el pecho ardiente.
- MARQUÉS. Pues ya es, amigo, la ocasión llegada, en que la fe de vuestro hidalgo pecho á tantas pruebas la mayor añada.
- OTAVIO. Corrido estoy, por Dios, de que hayáis hecho para mandarme, tales prevenciones.
- MARQUÉS. Yo estoy de vuestras veras satisfecho; mas es justo en tan grandes ocasiones el fuego en las cenizas sosegado despertar, y acordar obligaciones. Si hubiera de pedir os que á mi lado saliéredes al campo á un desafío, *venid*, sólo os dijera, confiado; mas no sin causa agora desconfío, cuando duro fiscal pretendo haceros de ageno honor, por conservar el mío; que pienso que los nobles caballeros sólo por no tocar en honra agena, pueden romper de la amistad los fueros.
- OTAVIO. No llame dura la más dura pena quien con lengua insolente y atrevida la agena fama y opinión condena; mas si puede, Marqués, ser ofendida la vuestra del recato, es bien que sea en mi amistad á todas preferida.
- MARQUÉS. Sabed, pues, que el amor de suerte emplea

su fuerza en mí, que ya en mi pensamiento
 no hay parte que su fuego no posea.
 Resuelto estoy á declarar mi intento
 hoy á Leonor, y con su blanca mano
 dar venturoso fin á mi tormento.
 Vos, que con ella el pueblo sevillano
 desde la cuna honrastes hasta el día
 que partistes al suelo cortesano ;
 pues está en vuestra mano la honra mía,
 debajo de la llave del secreto,
 si de mi fe vuestra amistad lo fía,
 me decid si padece algún defeto
 la fama de Leonor, porque yo deba
 suspender destas bodas el efeto.
 Habladme claro, Otavio, sin que os mueva
 ni la afición ni el deudo que le tengo,
 á que en vos menos la verdad se atreva.
 No á vos amante, sino honrado vengo :
 mi sentimiento temeréis en vano,
 pues para el desengaño me prevengo.
 Imitad al experto cirujano
 en quien para el remedio del doliente
 tiene el pecho piedad, crueldad la mano.
 Sólo de vuestra lengua está pendiente
 que yo ejecute mi intención, Otavio,
 ó que reprima la pasión ardiente.
 Moved resuelto el oficioso labio,
 advirtiéndome que pongo ¡ oh caro amigo !
 mi honor en vuestros hombros ó mi agravio.
 Lo que os dije otras veces, que conmigo
 comunicastes este mismo intento,
 por verdad infalible agora os digo.
 Creed que á no ser esto lo que siento,
 la centella al principio os apagara,
 antes que os abrasase el pensamiento ;
 el oculto peñasco os enseñara
 sin ser de vos, Marqués, examinado,
 y el timón en las manos os dejara ;
 que aunque sólo ha de darse demandado
 el consejo, entre amigos el aviso

OTAVIO.

se ha de dar, sin pedillo, al descuidado.
 En cuantas tierras vió de Cipariso
 el claro amante, y la purpúrea Diosa
 que el viejo esposo tan en vano quiso,
 nunca opinión más clara, ó más honrosa
 fama alcanzó doncella, que en Sevilla
 la tuvo siempre vuestra prenda hermosa.
 Gozad feliz la octava maravilla
 de virtud, de prudencia y hermosura,
 del mundo asombro y honra de Castilla.

MARQUÉS. Mi honor con eso, Otavio, se asegura,
 y mi amor se resuelve.

OTAVIO. El cielo mide
 con su merecimiento su ventura.

ESCENA VII

RICARDO.—Dichos

RICARDO. Mi cuidado, señor, albricias pide.
 En la silla salió la guardadora
 vigilante del bien, que ver te impide:
 sola queda Leonor.

MARQUÉS. Aunque ya agora,
 resuelto á ser su esposo, se holgaría
 Clara, los hurtos ama quien adora.
 Á solas quiero ver la gloria mía.

OTAVIO. Bien decís; que vencer la resistencia
 aumenta á los amantes la alegría,
 y minora los gustos la licencia. (Vanse.)

Sala en casa de doña Clara

ESCENA VIII

LEONOR y REDONDO

LEONOR. Presto volviste.

REDONDO. Escondíme

en un zaguán, y en pasando
doña Clara, vine al punto
á prevenirte del caso.

LEONOR.

Habla pues; que estoy confusa.

REDONDO.

Celoso y determinado
mi dueño, al Marqués buscó,
que es tu amante y su contrario;
y fingiendo que un su amigo
solicitaba tu mano,
le pidió que desistiese
del intento comenzado.
No se conformó el Marqués;
antes juzgó por agravio
la demanda, y con disgusto
al fin los dos se apartaron.
Pues como el Marqués prosigue
atrevido y confiado
en publicar, tan á riesgo
de tu opinión, sus cuidados;
mi señor, por evitar
los escandalosos daños
que en tu fama sucedieran,
si por ti riñesen ambos;
para entrar secreto á verte,
él y don Félix trazaron
sacar de aquí á doña Clara.
Don Félix la está esperando
en San Sebastián; y oculto
ocupa un zaguán cercano
mi señor, para meterse,
por cohecho ó por engaño,
en la silla de tu tía,
y venir á verte, en tanto
que ella en la Iglesia le está
con don Félix aguardando.
Este es el caso, y el punto
éste en que viene mi amo
por la calle en la litera
de dos racionales machos.
Apercibe, pues, señora,

resolución para el caso :
no se pase la ocasión,
que tiene el cerebro calvo.

LEONOR.

¡ Ay de mí !

REDONDO.

¿ De qué te afliges ?

LEONOR.

Á un punto me hielo y ardo.

REDONDO.

Pasos siento. Éste es sin duda
mi señor.

LEONOR.

Mil sobresaltos
me cercan,

ESCENA IX

MENCIA.—Dichos

MENCIA.

En este punto
el Marqués en casa ha entrado.

REDONDO.

¿ El Marqués ? ¡ Cuerpo de Cristo !

LEONOR.

Ponte presto, ponte el manto.

REDONDO.

Despáchalo presto : mira
que ya llegará mi amo,
y si se encuentran los dos,
es forzoso un gran fracaso.

LEONOR.

Véle á avisar.

REDONDO.

Dices bien.

LEONOR.

Dí que se detenga un rato ;
que al punto al Marqués despido.

REDONDO.

Yo voy ; mas voy recelando
que intentamos detenerlo
con lo que ha de apresurarle.

(Vase.)

ESCENA X

EL MARQUÉS y RICARDO.—LEONOR, MENCIA

MARQUÉS.

Bella Leonor...

LEONOR.

Razón fuera,
si supo vueseñoría

que no está en casa mi tía,
que este pesar no le diera;
y si no lo supo, ya
que lo sabe, será justo
que á mí me evite el disgusto
que ella conmigo tendrá,
pues ha de pensar que es mía
la culpa desta ocasión.

MARQUÉS.

Si escucháis una razón...

LEONOR.

Sírvase vueseñoría
de perdonarme, y difiera
lo que quiere hablar por hoy;
y no se espante si soy,
de recatada, grosera.

MARQUÉS.

Á pedir favor he entrado,
y he de porfiar, Leonor;
que un mendigo de favor
bien puede ser porfiado.
Despedirme, confesáis,
señora, que es grosería;
y yo confieso la mía
de no hacer lo que mandáis.
Una por otra, Leonor,
se vaya: igual es el trato,
pues si os obliga el recato,
á mí me obliga el amor.

LEONOR.

Amarme ¿ es darme pesar?

MENCÍA.

Déjale por Dios decir, (Ap. á Leonor.)
y gasta el tiempo en oír,
que gastas en porfiar.

LEONOR.

Decid pues, con que abreviéis.

MARQUÉS.

Sólo digo que os ofrezco
esta mano, si merezco
que la de esposa me deis.

LEONOR.

¿Qué decís?

MARQUÉS.

No digo más;
que obedeceros deseo,
y en esto que he dicho, creo
que se encierra lo demás.—
¿Qué dudáis? ¿No respondéis?

LEONOR.

Señor Marqués, no os espante
 en caso tan importante
 esta suspensión que veis;
 que no sin causa al deseo
 que me proponéis resisto,
 pues por los medios que he visto,
 dudo los fines que veo.

Porque si vuestra intención
 era levantar mi mano
 al tálamo soberano
 de vuestra dichosa unión,
 ¿de qué os sirvió tanta espía,
 con recato y diligencia,
 para tratarlo en ausencia
 de mi cuidadosa tía,
 siendo negocio tan llano,
 que para este intento fuera
 ella la mejor tercera,
 viendo lo mucho que gano?

Por esta razón no creo
 la dicha que me sucede,
 y lo que presumo puede
 más en mí que lo que veo.

MARQUÉS.

Recelos fueran discretos,
 justas presunciones esas,
 si fuesen estas promesas
 y no presentes efectos.

Si os doy mano de marido,
 ¿qué teméis? Qué receláis
 cuando la verdad tocáis?

Si porque os he pretendido
 como galán, os advierto
 que fué por gozar favor,
 alcanzado por amor
 primero que por concierto;
 que no porque mi deseo
 no fuese, desde que os vi,
 daros posesión de mí
 en pacífico himeneo.

Cesen pues ya las crueldades

que causó el recelo vano,
pues que con daros la mano
averiguo estas verdades.

LEONOR.

Puesto que las acredito
con agradecido pecho,
no déis á tan justo hecho
circunstancias de delito.
Con doña Clara mi tía
tratad estas intenciones,
porque las justas acciones
no huyen la luz del día.

MARQUÉS.

Al punto á buscarla iré;
que demás de ser tan justo,
los delitos de tu gusto
son las leyes de mi fe.
Pero tú, señora mía,
será bien que un sí me dés.

MENCÍA.

Bien dice.

LEONOR.

Digo, Marqués,

que lo tratéis con mi tía.

MARQUÉS.

Sepa yo tu voluntad.

Di que sí, mi bien, si quieres.

LEONOR.

No dicen más las mujeres
de mi estado y calidad.

Y con esto, idos con Dios:

no demos que murmurar,
si algún vecino os vió entrar.

MARQUÉS.

Mi honor es el de los dos;

pero, mi bien, por venir
más presto al bien soberano
de tocar tu blanca mano,
más presto quiero partir.

¿Dónde hallaré á doña Clara?

RICARDO.

Que en San Sebastian quedó,
ha dicho quien la siguió.

MARQUÉS.

Pues adiós, mi prenda cara.

RICARDO.

La silla es esta, señor,
de doña Clara.

ESCENA XI

Dos mozos trayendo una silla de manos, y en ella á DON GARCÍA, oculto.—Dichos

MARQUÉS.

Si viene
en ella, cuidado tiene
mi fortuna de mi amor.

LEONOR.

(Ap. ¡La silla! ¡Ay triste!) Mencía,
(Ap. á ella.) ¡Qué gran mal! Perdida quedo.

MENCÍA.

(Ap. Yo lo estorbaré, si puedo.)
(Llégase Mencía á la silla, y mírala.)

La silla viene vacía.—
¿Y señora?

UN MOZO.

Quedó en misa
en San Sebastián.

MARQUÉS.

¿Qué aguardo?
Lleguen el coche, Ricardo,
y á San Sebastián aprisa.
(Vanse el Marqués, Ricardo y los mozos.)

ESCENA XII

LEONOR, MENCÍA; DON GARCÍA, oculto en la silla de manos

MENCÍA.

¡Qué bien se ha hecho!

LEONOR.

Los cielos
guardaron mi honor, Mencía.

MENCÍA.

Éntre agora don García,
y haga su papel de celos.
(Sale don García de la silla.)

D. GARCÍA.

Decidme, Leonor hermosa,
¿á qué tan aprisa van
los dos á San Sebastián?

LEONOR.

Á pedirme por esposa
va el Marqués á doña Clara.

D. GARCÍA.

¡Qué decís!

LEONOR.

Que fuera justo
que un sobresalto y disgusto
tan grande se me excusara,
pues envié á suplicaros
con Redondo que un momento
os detuviérades.

D. GARCÍA.

Siento
en el alma el disgustaros ;
pero viendo, dueño hermoso,
que se tardaba el Marqués,
no pude más: yerro es
de enamorado y celoso.
Mas pues sólo ha sucedido
el peligro y no el fracaso,
de lo importante del caso
tratemos, dueño querido.
El plazo veis limitado,
y veis la ocasión forzosa:
cumplidme, Leonor hermosa,
la palabra que habéis dado.
Dadme la mano, y entrad
en esa silla, señora.—
¿ Agora dudáis ? ¿ agora
os detenéis ?

LEONOR.

Perdonad ;
que ya perdió de alcanzarme
la ocasión vuestro cuidado.

D. GARCÍA.

¿ Cómo, cruel, te has mudado
tan presto ?

LEONOR.

Por mejorarme.

MENCÍA.

(Ap.) Dióle con su misma flor.

D. GARCÍA.

¿ No bastara desdeñarme,
ingrata, sino agraviarme,
haciendo al Marqués mejor ?

LEONOR.

¿ Negaréis la mejoría,
aunque en sangre sois igual,
de poco á mucho caudal,
de merced á señoría ?

D. GARCÍA.

No la niego ; ¿ mas qué efeto
á tu promesa le has dado,

cuando es delito el amor.

D. GARCÍA.

¿Que tal escucho?

LEONOR.

Esta es

mi resolución. Con esto
idos con Dios, idos presto:
mirad que vendrá el Marqués.

D. GARCÍA.

¡Plega á Dios que no le des
la mano hermosa que á mí
me quitas, y antes que aquí
venga á cumplir tu esperanza,
llores en él la mudanza
que lloro, enemiga, en ti!
¡Plega á Dios que antes de verte
con el dichoso que esperas,
mudes intención, y quieras
en mi favor resolverte!

¿Por qué gustas de mi muerte?

Por qué das muerte á tu gusto?

Mira, mi bien, que no es justo,
si me tienes afición,

á precio de la ambición
comprar eterno disgusto.

Tu mismo mal te lastime,

que un esposo te dispone

desigual, que te baldone,

y no un igual que te estime.

La ciega ambición te oprime,

con un título engañada:

y no adviertes que casada

con quien tu amor no quería,

te llamará señoría;

pero serás desdichada.

Doy que él de ti sea querido;

luégo hará como señor:

título tendrás, Leonor;

pero no tendrás marido.

Tendrá lecho dividido,

verále pocas auroras

tu casa, ó tan á deshoras

vendrá á acostarse tu dueño,

que necesidad de sueño
te tiranice las horas.

ESCENA XIII

REDONDO.—Dichos

- REDONDO. ¿Aquí estás, señor? Repara
en que de San Sebastián
salieron, y llegarán
ya el Marqués y doña Clara.
- LEONOR. Véte por Dios.
- D. GARCÍA. Prenda cara,
aún hay plazo en que me des
la vida.
- LEONOR. ¿Un mundo no ves
de inconvenientes?
- D. GARCÍA. Señora,
véncelos por quien te adora.
- LEONOR. También me adora el Marqués.
- D. GARCÍA. ¡Ah cruel!
- LEONOR. Véte por Dios.
Noble eres, ten cortesía:
no lo perdamos, García,
todo de una vez los dos.
- REDONDO. Coche paró; ya han venido.
escondámonos, señor.
- LEONOR. ¡Ay de mí!
- D. GARCÍA. Pierda, Leonor,
la vida quien te ha perdido.
- LEONOR. Hacerme un mal tan extraño
ni es amor, ni es cortesía.
- D. GARCÍA. Lara soy, tirana: fía
que yo remedie tu daño.
Tú mudaste voluntad;
mas no yo naturaleza.
- LEONOR. Es prueba de tu nobleza.

empezáis cuando acabáis.)
Por muchos años tengáis
gustos de recién casados.—
Y aquí, Senado, el autor
fin á la comedia da,
porque si os cansa, estará
en darle fin lo mejor.

LA VERDAD SOSPECHOSA

PERSONAS

DON GARCÍA, galán.
DON JUAN, galán.
DON FÉLIX, galán.
DON BELTRÁN, viejo grave.
DON SANCHO, viejo grave.
DON JUAN, viejo grave.
TRISTÁN, gracioso.
UN LETRADO.
CAMINO, escudero.
UN PAJE.
JACINTA, dama.
LUCRECIA, dama.
ISABEL, criada.
UN CRIADO.

La escena es en Madrid



ACTO PRIMERO

Sala en casa de don Beltrán

ESCENA PRIMERA

Por una puerta, DON GARCÍA, de estudiante, y UN LETRADO viejo, de camino; y por otra, DON BELTRÁN y TRISTÁN

D. BELTRÁN. Con bien vengas, hijo mío.

D. GARCÍA. Dame la mano, señor.

D. BELTRÁN. ¿Cómo vienes?

D. GARCÍA. El calor
del ardiente y seco estío
me ha afligido de tal suerte,
que no pudiera llevarlo,
señor, á no mitigallo
con la esperanza de verte.

D. BELTRÁN. Entra pues á descansar.
Dios te guarde. ¡Qué hombre vienes!
—Tristán...

TRISTÁN. Señor...

D. BELTRÁN. Dueño tienes
nuevo ya de quien cuidar.
Sirve desde hoy á García;

que tú eres diestro en la corte,
y él bisoño.

TRISTÁN. En lo que importe
yo le serviré de guía.

D. BELTRÁN. No es criado el que te doy,
mas consejero y amigo.

D. GARCÍA. Tendrá ese lugar conmigo.

(Vase.)

TRISTÁN. Vuestro humilde esclavo soy.

(Vase.)

ESCENA II

DON BELTRÁN, EL LETRADO

D. BELTRÁN. Déme, señor licenciado,
los brazos.

LETRADO. Los piés os pido.

D. BELTRÁN. Alce ya. ¿Cómo ha venido?

LETRADO. Bueno, contento y honrado
de mi señor don García,
á quien tanto amor cobré,
que no sé cómo podré
vivir sin su compañía.

D. BELTRÁN. Dios le guarde; que en efeto
siempre el señor licenciado
claros indicios ha dado
de agradecido y discreto.
Tan precisa obligación
me huelgo que haya cumplido
García, y que haya acudido
á lo que es tanta razón.

Porque le aseguro yo
que es tal mi agradecimiento,
que como un corregimiento
mi intercesión le alcanzó
(según mi amor, desigual),
de la misma suerte hiciera
darle también, si pudiera,
plaza en el Consejo Real.

LETRADO. De vuestro valor lo fio.

- D. BELTRÁN. Sí, bien lo puede creer;
mas yo me doy á entender
que si con el favor mío
en ese escalón primero
se ha podido poner ya,
sin mi ayuda subirá
con su virtud al postreño.
- LETRADO. En cualquier tiempo y lugar
he de ser vuestro criado.
- D. BELTRÁN. Ya pues, señor licenciado,
que el timón ha de dejar
de la nave de García,
y yo he de encargarme dél,
que hiciese por mí y por él
sola una cosa querría.
- LETRADO. Ya, señor, alegre espero
lo que me queréis mandar.
- D. BELTRÁN. La palabra me ha de dar
de que lo ha de hacer, primero.
- LETRADO. Por Dios juro de cumplir,
señor, vuestra voluntad.
- D. BELTRÁN. Que me diga una verdad
le quiero sólo pedir.
Ya sabe que fué mi intento
que el camino que seguía
de las letras don García
fuese su acrecentamiento;
que para un hijo segundo
como él era, es cosa cierta
que es esa la mejor puerta
para las honras del mundo.
Pues como Dios se sirvió
de llevarse á don Gabriel,
mi hijo mayor, con que en él
mi mayorazgo quedó,
determiné que, dejada
esa profesión, viniese
á Madrid, donde estuviese,
como es cosa acostumbrada
entre ilustres caballeros

en España, porque es bien
que las nobles casas den
á su rey sus herederos.
Pues como es ya don García
hombre que no ha de tener
maestro, y ha de correr
su gobierno á cuenta mía;
y mi paternal amor
con justa razón desea
que, ya que el mejor no sea,
no le noten por peor;
quiero, señor licenciado,
que me diga claramente,
sin lisonja, lo que siente
(supuesto que le ha criado)
de su modo y condición,
de su trato y ejercicio,
y á qué género de vicio
muestra más inclinación.
Si tiene alguna costumbre
que yo cuide de enmendar,
no piense que me ha de dar
con decirlo pesadumbre.
Que él tenga vicio es forzoso;
que me pese, claro está;
mas saberlo me será
útil, cuando no gustoso.
Antes en nada á fe mía
hacerme puede mayor
placer, ó mostrar mejor
lo bien que quiere á García,
que en darme este desengaño
cuando provechoso es,
si he de saberlo después
que haya sucedido un daño.

LETRADO. Tan estrecha prevención,
señor, no era menester
para reducirme á hacer
lo que tengo obligación;
pues es caso averiguado

que cuando entrega al señor
 un caballo el picador
 que lo ha impuesto y enseñado,
 si no le informa del modo
 y los resabios que tiene,
 un mal suceso previene
 al caballo y dueño y todo.
 Deciros verdad es bien;
 que, demás del juramento,
 daros una purga intento
 que os sepa mal y haga bien.
 —De mi señor don García
 todas las acciones tienen
 cierto acento, en que convienen
 con su alta genealogía.
 Es magnánimo y valiente,
 es sagaz y es ingenioso,
 es liberal y piadoso;
 si repentino, impaciente.
 No trato de las pasiones
 propias de la mocedad,
 porque en esas con la edad
 se mudan las condiciones.
 Mas una falta no más
 es la que le he conocido,
 que por más que le he reñido,
 no se ha enmendado jamás.

D. BELTRÁN. ¿Cosa que á su calidad
 será dañosa en Madrid?

LETRADO. Puede ser.

D. BELTRÁN. ¿Cuál es? Decid.

LETRADO. No decir siempre verdad.

D. BELTRÁN. ¡Jesús, qué cosa tan fea
 en hombre de obligación!

LETRADO. Yo pienso que, ó condición
 ó mala costumbre sea,
 con la mucha autoridad
 que con él tenéis, señor,
 junto con que es ya mayor
 su cordura con la edad,

ese vicio perderá.

D. BELTRÁN. Si la vara no ha podido,
en tiempo que tierna ha sido,
enderezarse, ¿qué hará
siendo ya tronco robusto?

LETRADO. En Salamanca, señor,
son mozos, gastan humor,
sigue cada cual su gusto:
hacen donaire del vicio,
gala de la travesura,
grandeza de la locura;
hace al fin la edad su oficio.
Mas en la corte mejor
su enmienda esperar podemos,
donde tan válidas vemos
las escuelas del honor.

D. BELTRÁN. Casi me mueve á reir
ver cuán ignorante está
de la corte. ¿Luego acá
no hay quien le enseñe á mentir?
En la corte, aunque haya sido
un extremo don García,
hay quien le dé cada día
mil mentiras de partido.
Y si aquí miente el que está
en un puesto levantado
en cosa en que al engañado
la hacienda ú honor le va,
¿no es mayor inconveniente
quien por espejo está puesto
al reino? Dejemos esto;
que me voy á maldiciente.
Como el toro á quien tiró
la vara una diestra mano,
arremete al más cercano
sin mirar á quien hirió;
así yo, con el dolor
que esta nueva me ha causado,
en quien primero he encontrado
ejecuté mi furor.

Créame, que si García
 mi hacienda, de amores ciego,
 disipara, ó en el juego
 consumiera noche y día;
 si fuera de ánimo inquieto
 y á pendencias inclinado,
 si mal se hubiera casado,
 si se muriera en efecto,
 no lo llevara tan mal
 como que su falta sea
 mentir. ¡Qué cosa tan fea!
 qué opuesta á mi natural!
 Ahora bien: lo que he de hacer
 es casarle brevemente,
 antes que este inconveniente
 conocido venga á ser.—
 Yo quedo muy satisfecho
 de su buen celo y cuidado,
 y me confieso obligado
 del bien que en esto me ha hecho.
 ¿Cuándo ha de partir?

LETRADO.

Querría

luégo.

D. BELTRÁN.

¿No descansará
 algún tiempo, y gozará
 de la corte?

LETRADO.

Dicha mía

fuera quedarme con vos;
 pero mi oficio me espera.

D. BELTRÁN.

Ya entiendo: volar quisiera,
 porque va á mandar. Adiós.

(Vase.)

LETRADO.

Guárdeos Dios.—Dolor extraño
 le dió al buen viejo la nueva.
 Al fin, el más sabio lleva
 agriamente un desengaño.

(Vase.)

Las Platerías

ESCENA III

DON GARCÍA, de galán; TRISTÁN

D. GARCÍA.

¿Dícame bien este traje?

TRISTÁN.

Divinamente, señor.

¡Bien hubiese el inventor
de este holandesco follaje!

Con un cuello apanalado

¿qué fealdad no se enmendó?

Yo sé una dama á quien dió

cierto amigo gran cuidado

mientras con cuello le vía;

y una vez que llegó á verle

sin él, la obligó á perderle

cuanta afición le tenía.

Porque ciertos costurones

en la garganta cetrina

publicaban la ruina

de pasados lamparones.

Las narices le crecieron,

mostró un gran palmo de oreja,

y las quijadas, de vieja,

en lo enjuto, parecieron.

Al fin, el galán quedó

tan otro del que solía,

que no le conocería

la madre que le parió.

D. GARCÍA.

Por esa y otras razones

me holgara de que saliera

premática que impidiera

esos vanos canjilones.

Que demás desos engaños,

con su holanda el extranjero

saca de España el dinero

para nuestros propios daños.
Una valoncilla angosta,
usándose, le estuviera
bien al rostro, y se anduviera
más á gusto á menos costa.
Y no que con tal cuidado
sirve un galán á su cuello,
que por no descomponello,
se obliga á andar empalado.

TRISTÁN.

Yo sé quien tuvo ocasión
de gozar su amada bella,
y no osó llegarse á ella
por no ajar un canjilón.
Y esto me tiene confuso:
todos dicen que se holgaran
de que valonas se usaran,
y nadie comienza el uso.

D. GARCÍA.

De gobernar nos dejemos
el mundo. ¿Qué hay de mujeres?

TRISTÁN.

El mundo dejas, ¡y quieres
que la carne gobernemos!
¿Es más fácil?

D. GARCÍA.

Más gustoso.

TRISTÁN.

¿Eres tierno?

D. GARCÍA.

Mozo soy.

TRISTÁN.

Pues en lugar entras hoy
donde amor no vive ocioso.
Resplandecen damas bellas
en el cortesano suelo
de la suerte que en el cielo
brillan lucientes estrellas.
En el vicio y la virtud
y el estado hay diferencia,
como es varia su influencia,
resplandor y magnitud.
Las señoras no es mi intento
que en este número estén;
que son ángeles á quien
no se atreve el pensamiento.
Sólo te diré de aquellas

que son, con almas livianas,
siendo divinas, humanas ;
corruptibles, siendo estrellas.
Bellas casadas verás
conversables y discretas,
que las llamo yo planetas
porque resplandecen más.
Éstas, con la conjunción
de maridos placenteros,
influyen en extranjeros
dadivosa condición.
Otras hay cuyos maridos
á comisiones se van,
ó que en las Indias están
ó en Italia entretenidos.
No todas dicen verdad
en esto ; que mil taimadas
suelen fingirse casadas
por vivir con libertad.
Verás de cautas pasantes
hermosas recientes hijas ;
estas son estrellas fijas,
y sus madres son errantes.
Hay una gran multitud
de señoras del tusón,
que entre cortesanas son
de la mayor magnitud.
Síguense tras las tusonas,
otras que serlo desean ;
y aunque tan buenas no sean,
son mejores que busconas.
Estas son unas estrellas
que dan menor claridad ;
mas en la necesidad
te habrás de alumbrar con ellas.
La buscona no la cuento
por estrella, que es cometa,
pues ni su luz es perfeta,
ni conocido su asiento.
Por las mañanas se ofrece

amenazando al dinero,
y en cumpliéndose el agüero,
al punto desaparece.
Niñas salen, que procuran
gozar todas ocasiones :
estas son exhalaciones
que mientras se queman, duran.
Pero que adviertas es bien,
si en estas estrellas tocas,
que son estables muy pocas,
por más que un Perú les dén.
No ignores, pues yo no ignoro,
que un signo el de Virgo es,
y los de cuernos son tres,
Aries, Capricornio y Toro ;
y así, sin fiar en ellas,
lleva un presupuesto solo,
y es que el dinero es el polo
de todas estas estrellas.

D. GARCÍA.

¿Eres astrólogo ?

TRISTÁN.

Oí,

el tiempo que pretendía
en palacio, astrología.

D. GARCÍA.

¿Luego has pretendido ?

TRISTÁN.

Fuí

pretendiente, por mi mal.

D. GARCÍA.

¿Cómo en servir has parado ?

TRISTÁN.

Señor, porque me han faltado
la fortuna y el caudal ;
aunque quien te sirve, en vano
por mejor suerte suspira.

D. GARCÍA.

Deja lisonjas, y mira
el marfil de aquella mano,
el divino resplandor
de aquellos ojos, que juntas
despiden entre las puntas
flechas de muerte y amor.

TRISTÁN.

¿Dices aquella señora
que va en el coche ?

D. GARCÍA.

¿Pues cuál

- merece alabanza igual ?
- TRISTÁN. ¡ Qué bien encajaba agora
eso de coche del sol,
con todos sus adherentes
de rayos de fuego ardiente
y deslumbrante arrebol !
- D. GARCÍA. La primer dama que ví
en la corte, me agradó.
- TRISTÁN. ¿ La primera en tierra ?
- D. GARCÍA. No,
la primera en cielo sí ;
que es divina esta mujer.
- TRISTÁN. Por puntos las toparás
tan bellas, que no podrás
ser firme en un parecer.
Yo nunca he tenido aquí
constante amor ni deseo ;
que siempre por la que veo
me olvido de la que ví.
- D. GARCÍA. ¿ Dónde ha de haber resplandores
que borren los destos ojos ?
- TRISTÁN. Míraslos ya con antojos
que hacen las cosas mayores.
- D. GARCÍA. ¿ Conoces, Tristán ?...
- TRISTÁN. No humanes
lo que por divino adoras ;
porque tan altas señoras
no tocan á los Tristanes.
- D. GARCÍA. Pues yo al fin, quien fuere sea,
la quiero y he de servilla.
Tú puedes, Tristán, seguilla.
- TRISTÁN. Detente ; que ella se apea
en la tienda.
- D. GARCÍA. Llegar quiero.
¿ Úsase en la corte ?
- TRISTÁN. Sí,
con la regla que te dí,
de que es el polo el dinero.
- D. GARCÍA. Oro traigo.
- TRISTÁN. Cierra, España ;

que á César llevas contigo.—
Mas mira si en lo que digo
mi pensamiento se engaña.
Advierte, señor, si aquella
que tras ella sale agora,
puede ser sol de su aurora,
ser aurora de su estrella.

D. GARCÍA.

Hermosa es también.

TRISTÁN.

Pues mira

si la criada es peor.

D. GARCÍA.

El coche es arco de amor,
y son flechas cuantas tira.
—Yo llego.

TRISTÁN.

Á lo dicho advierte.

D. GARCÍA.

¿Y es?

TRISTÁN.

Que á la mujer rogando,
y con el dinero dando.

D. GARCÍA.

¡Consista en eso mi suerte!

TRISTÁN.

Pues yo, mientras hablas, quiero
que me haga relación
el cochero de quién son.

D. GARCÍA.

¿Dirálo?

TRISTÁN.

Sí; que es cochero.

ESCENA IV

JACINTA, LUCRECIA é ISABEL, con mantos; cae Jacinta, y llega
DON GARCÍA y dale la mano

JACINTA.

¡Válgame Dios!

D. GARCÍA.

Esta mano
os servid de que os levante,
si merezco ser atlante
de un cielo tan soberano.

JACINTA.

Atlante debéis de ser,
pues le llegáis á tocar.

D. GARCÍA.

Una cosa es alcanzar
y otra cosa merecer.
¿Qué vitoria es la beldad

alcanzar, por quien me abraso,
si es favor que debo al caso,
y no á vuestra voluntad?

Con mi propia mano así
el cielo; mas ¿qué importó,
si ha sido porque él cayó,
y no porque yo subí?

JACINTA.

¿Para qué fin se procura
merecer?

D. GARCÍA.

Para alcanzar.

JACINTA.

Llegar al fin sin pasar
por los medios, ¿no es ventura?

D. GARCÍA.

Sí.

JACINTA.

Pues ¿cómo estáis quejoso
del bien que os ha sucedido,
si el no haberlo merecido
os hace más venturoso?

D. GARCÍA.

Porque como las acciones
del agravio y el favor
reciben todo el valor
sólo de las intenciones,
por la mano que os toqué
no estoy yo favorecido,
si haberlo vos consentido
con esa intención no fué.
Y así, sentir me dejad
que cuando tal dicha gano,
venga sin alma la mano
y el favor sin voluntad.

JACINTA.

Si la vuestra no sabía,
de que agora me informáis,
injustamente culpáis
los defetos de la mía.

ESCENA V

TRISTÁN.—Dichos

TRISTÁN.

(Ap.) El cochero hizo su oficio.
Nuevas tengo de quién son.

- D. GARCÍA. ¿Que hasta aquí de mi afición
nunca tuvistes indicio?
- JACINTA. ¿Cómo, si jamás os ví?
- D. GARCÍA. ¿Tan poco ha valido ¡ay Dios!
más de un año que por vos
he andado fuera de mí?
- TRISTÁN. (Ap.) ¡Un año, y ayer llegó
á la corte!
- JACINTA. ¡ Bueno á fe!
¿ Más de un año? Juraré
que no os ví en mi vida yo.
- D. GARCÍA. Cuando del indiano suelo
por mi dicha llegué aquí,
la primer cosa que ví
fué la gloria de ese cielo;
y aunque os entregué al momento
el alma, habéislo ignorado,
porque ocasión me ha faltado
de deciros lo que siento.
- JACINTA. ¿ Sois indiano?
- D. GARCÍA. Y tales son
mis riquezas, pues os ví,
que al minado Potosí
le quito la presunción.
- TRISTÁN. (Ap.) ¡ Indiano!
- JACINTA. ¿ Y sois tan guardoso
como la fama los hace?
- D. GARCÍA. Al que más avaro nace
hace el amor dadivoso.
- JACINTA. ¿ Luego, si decís verdad,
preciosas ferias espero?
- D. GARCÍA. Si es que ha de dar el dinero
crédito á la voluntad,
serán pequeños empleos
para mostrar lo que adoro
daros tantos mundos de oro
como vos me dais deseos.
Mas ya que ni al merecer
de esa divina beldad,
ni á mi inmensa voluntad

ha de igualar el poder,
por lo menos os servid
que esta tienda que os franqueo
dé señal de mi deseo.

- JACINTA. (*Ap. No ví tal hombre en Madrid.*)
Lucrecia, ¿qué te parece
del indiano liberal? (*Ap. á ella.*)
- LUCRECIA. Que no te parece mal,
Jacinta, y que lo merece.
- D. GARCÍA. Las joyas que gusto os dan,
tomad deste aparador.
- TRISTÁN. Mucho te arrojas, señor. (*Ap. á su amo.*)
- D. GARCÍA. Estoy perdido, Tristán.
- ISABEL. Don Juan viene. (*Ap. á las damas.*)
- JACINTA. Yo agradezco,
señor, lo que me ofrecéis.
- D. GARCÍA. Mirad que me agraviaréis,
si no lográis lo que ofrezco.
- JACINTA. Yerran vuestros pensamientos,
caballero, en presumir
que puedo yo recibir
más que los ofrecimientos.
- D. GARCÍA. Pues ¿qué ha alcanzado de vos
el corazón que os he dado?
- JACINTA. El haberos escuchado.
- D. GARCÍA. Yo lo estimo.
- JACINTA. Adiós.
- D. GARCÍA. Adiós,
y para amaros me dad
licencia.
- JACINTA. Para querer
no pienso que há menester
licencia la voluntad. (*Vanse las mujeres.*)

ESCENA VI

DON GARCÍA, TRISTÁN

- D. GARCÍA. Síguelas. (*Á Tristán.*)
- TRISTÁN. Si te fatigas,

señor, por saber la casa
de la que en amor te abrasa,
ya la sé.

D. GARCÍA. Pues no las sigas ;
que suele ser enfadosa
la diligencia importuna.

TRISTÁN. «Doña Lucrecia de Luna
se llama la más hermosa,
que es mi dueño ; y la otra dama
que acompañándola viene,
sé dónde la casa tiene ;
mas no sé cómo se llama.»
Esto respondió el cochero.

D. GARCÍA. Si es Lucrecia la más bella,
no hay más que saber, pues ella
es la que habló, y la que quiero ;
que como el autor del día
las estrellas deja atrás,
de esa suerte á las demás
la que me cegó vencía.

TRISTÁN. Pues á mí la que calló
me pareció más hermosa.

D. GARCÍA. ¡Qué buen gusto !

TRISTÁN. Es cierta cosa

que no tengo voto yo ;
mas soy tan aficionado
á cualquier mujer que calla,
que bastó para juzgalla
más hermosa, haber callado.

Mas dado, señor, que estés
errado tú, presto espero,
preguntándole al cochero
la casa, saber quién es.

D. GARCÍA. Y Lucrecia ¿dónde tiene
la suya?

TRISTÁN. Que á la Vitoria
dijo, si tengo memoria.

D. GARCÍA. Siempre ese nombre conviene
á la esfera venturosa
que da eclíptica á tal luna

ESCENA VII

DON JUAN y DON FÉLIX.—Dichos

- D. JUAN. ¿ Música y cena? ¡ Ah fortuna! *(Á don Félix.)*
- D. GARCÍA. ¿ No es este don Juan de Sosa?
- TRISTÁN. El mismo.
- D. JUAN. ¿ Quién puede ser
el amante venturoso
que me tiene tan celoso?
- D. FÉLIX. Que lo vendréis á saber
á pocos lances, confío.
- D. JUAN. ¡ Que otro amante le haya dado
á quien mía se ha nombrado,
música y cena en el río!
- D. GARCÍA. ¡ Don Juan de Sosa!
- D. JUAN. ¿ Quién es?
- D. GARCÍA. ¿ Ya olvidáis á don García?
- D. JUAN. Veros en Madrid lo hacía,
y el nuevo traje.
- D. GARCÍA. Después
que en Salamanca me visteis,
muy otro debo de estar.
- D. JUAN. Más galán sois de seglar
que de estudiante lo fuistes.
¿ Venís á Madrid de asiento?
- D. GARCÍA. Sí.
- D. JUAN. Bien venido seáis.
- D. GARCÍA. Vos, don Félix, ¿ cómo estáis?
- D. FÉLIX. De veros, por Dios, contento.
Vengáis bueno enhorabuena.
- D. GARCÍA. Para serviros. ¿ Qué hacéis?
¿ De qué habláis? ¿ En qué
- D. JUAN. De cierta música y cena
que en el río dió un galán
esta noche á una señora,
era la plática ahora.
- D. GARCÍA. ¿ Música y cena, don Juan?

¿Y anoche?

D. JUAN. Sí.

D. GARCÍA. ¿Mucha cosa?

¿Grande fiesta?

D. JUAN. Así es la fama.

D. GARCÍA. ¿Y muy hermosa la dama?

D. JUAN. Dícenme que es muy hermosa.

D. GARCÍA. ¡Bien!

D. JUAN. ¿Qué misterios hacéis?

D. GARCÍA. De que alabéis por tan buena
esa dama y esa cena,
si no es que alabando estéis
mi fiesta y mi dama así.

D. JUAN. ¿Pues tuvistes también boda
anoche en el río?

D. GARCÍA. Toda
en eso la consumí.

TRISTÁN. (*Ap.*) ¿Qué fiesta ó qué dama es esta,
si á la corte llegó ayer?

D. JUAN. ¿Ya tenéis á quien hacer,
tan recién venido, fiesta?
Presto el amor dió con vos.

D. GARCÍA. No há tan poco que he llegado,
que un mes no haya descansado.

TRISTÁN. (*Ap.*) Ayer llegó, voto á Dios.
Él lleva alguna intención.

D. JUAN. No lo he sabido á fe mía;
que al punto acudido habría
á cumplir mi obligación.

D. GARCÍA. He estado hasta aquí secreto.

D. JUAN. Esa la causa habrá sido
de no haberlo yo sabido;
pero ¿la fiesta en efeto
fué famosa?

D. GARCÍA. Por ventura
no la vió mejor el río.

D. JUAN. (*Ap.* Ya de celos desvarío.)
¿Quién duda que la espesura
del Sotillo el sitio os dió?

D. GARCÍA. Tales señas me vais dando,

don Juan, que voy sospechando
que la sabéis como yo.

D. JUAN.

No estoy del todo ignorante,
aunque todo no lo sé.

Dijéronme no sé qué
confusamente, bastante
á tenerme deseoso
de escucharos la verdad:
forzosa curiosidad
en un cortesano ocioso...

(Ap. Ó en un amante con celos.)

D. FÉLIX.

Advertid cuán sin pensar *(Ap. á don Juan.)*

os han venido á mostrar
vuestro contrario los cielos.

D. GARCÍA.

Pues á la fiesta atended;
contaréla, ya que veo
que os fatiga ese deseo.

D. JUAN.

Haréisnos mucha merced.

D. GARCÍA.

Entre las opacas sombras
y opacidades espesas
que el soto formaba de olmos,
y la noche de tinieblas,
se ocultaba una cuadrada,
limpia y olorosa mesa,
á lo italiano curiosa,
á lo español opulenta.
En mil figuras prensados
manteles y servilletas,
sólo invidiaban las almas
á las aves y á las fieras.

Cuatro aparadores, puestos
en cuadra correspondencia,
la plata blanca y dorada,
vidrios y barros ostentan.

Quedó con ramas un olmo
en todo el Sotillo apenas;
que dellas se edificaron
en varias partes seis tiendas.

Cuatro coros diferentes
ocultan las cuatro dellas;

otra principios y postres,
y las viandas la sexta.
Llegó en su coche mi dueño,
dando invidia á las estrellas,
á los aires suavidad,
y alegría á la ribera.
Apenas el pié que adoro
hizo esmeraldas la yerba,
hizo cristal la corriente,
las arenas hizo perlas;
cuando en copia disparados
cohetes, bombas y ruedas,
toda la región del fuego
bajó en un punto á la tierra.
Aún no las sulfúreas luces
se acabaron, cuando empiezan
las de veinticuatro antorchas
á obscurecer las estrellas.
Empezó primero el coro
de chirimías, tras ellas
el de las vihuelas de arco
sonó en la segunda tienda,
salieron con suavidad
las flautas de la tercera,
y en la cuarta cuatro voces
con guitarras y arpas suenan.
Entre tanto se sirvieron
treinta y dos platos de cena,
sin los principios y postres,
que casi otros tantos eran.
Las frutas y las bebidas
en fuentes y tazas, hechas
del cristal que da el invierno
y el artificio conserva,
de tanta nieve se cubren,
que Manzanares sospecha,
cuando por el soto pasa,
que camina por la sierra.
El olfato no está ocioso
cuando el gusto se recrea;

que de espíritus suaves
 de pomos y cazoletas,
 y destilados sudores
 de aromas, flores y yerbas,
 en el soto de Madrid
 se vió la región sabea.
 En un hombre de diamantes,
 delicadas de oro flechas,
 que mostrasen á mi dueño
 su crueldad y mi firmeza,
 al sauce, al junco y al mimbre
 quitaron su preminencia;
 que han de ser oro las pajas
 cuando los dientes son perlas.
 En esto juntos en folla
 los cuatro coros comienzan
 desde conformes distancias
 á suspender las esferas;
 tanto, que envidioso Apolo,
 apresuró su carrera,
 porque el principio del día
 pusiese fin á la fiesta.

D. JUAN. Por Dios, que la habéis pintado
 de colores tan perfetas,
 que no trocara el oírla
 por haberme hallado en ella.

TRISTÁN. (*Ap.*) ¡Válgate el diablo por hombre!
 ¡Que tan de repente pueda
 pintar un convite tal
 que á la verdad misma venza!

D. JUAN. ¡Rabio de celos! (*Ap. á don Félix.*)

D. FÉLIX. No os dieron
 del convite tales señas.

D. JUAN. ¿Qué importa, si en la sustancia,
 el tiempo y lugar concuerdan?

D. GARCÍA. ¿Qué decís?

D. JUAN. Que fué el festín
 más célebre que pudiera
 hacer Alejandro Magno.

D. GARCÍA. ¡Oh! son niñerías estas,

ordenadas de repente.

Dadme vos que yo tuviera
para prevenirme un día;
que á las romanas y griegas
fiestas que al mundo admiraron,
nueva admiración pusiera. *(Mira á dentro.)*

D. FÉLIX. Jacinta es la del estribo *(Ap. á don Juan.)*
en el coche de Lucrecia.

D. JUAN. Los ojos á don García *(Ap. á don Félix.)*
se le van, por Dios, tras ella.

D. FÉLIX. Inquieto está y divertido.

D. JUAN. Ciertas son ya mis sospechas.

D. JUAN y D. GARCÍA. Adiós.

D. FÉLIX. Entrambos á un punto
fuistes á una cosa mesma.

(Vanse don Juan y don Félix.)

ESCENA VIII

DON GARCÍA.—TRISTÁN

TRISTÁN. No vi jamás despedida
tan conforme y tan resuelta.

D. GARCÍA. Aquel cielo, primer móvil
de mis acciones, me lleva
arrebatado tras sí.

TRISTÁN. Disimula y ten paciencia;
que el mostrarse muy amante
antes daña que aprovecha,
y siempre he visto que son
venturosas las tibiezas.

Las mujeres y los diablos
caminan por una senda;
que á las almas rematadas
ni las siguen ni las tientan;
que el tenellas ya seguras
les hace olvidarse dellas,
y sólo de las que pueden
escapárseles, se acuerdan

D. GARCÍA. Es verdad; mas no soy dueño
de mí mismo.

TRISTÁN. Hasta que sepas
extensamente su estado,
no te entregues tan de veras;
que suele dar quien se arroja
creyendo en las apariencias,
en un pantano cubierto
de verde, engañosa yerba.

D. GARCÍA. Pues hoy te informa de todo.

TRISTÁN. Eso queda por mi cuenta.
Y agora, antes que reviente,
dime por Dios, ¿qué fin llevas
en las ficciones que he oído,
siquiera para que pueda
ayudarte? Que cogernos
en mentira será afrenta.
Perulero te fingiste
con las damas.

D. GARCÍA. Cosa es cierta,
Tristán, que los forasteros
tienen más dicha con ellas;
y más si son de las Indias,
información de riqueza.

TRISTÁN. Ese fin está entendido;
mas pienso que el medio yerras,
pues han de saber al fin
quién eres.

D. GARCÍA. Cuando lo sepan
habré ganado en su casa
ó en su pecho ya las puertas
con este medio, y después
yo me entenderé con ellas.

TRISTÁN. Digo que me has convencido,
señor. Mas agora venga
lo de haber un mes que estás
en la corte. ¿Qué fin llevas,
habiendo llegado ayer?

D. GARCÍA. Ya sabes tú que es grandeza
esto de estar encubierto

ó retirado en su aldea,
ó en su casa descansando.

TRISTÁN.

Vaya muy enhorabuena.
Lo del convite éntre agora.

D. GARCÍA.

Fingilo porque me pesa
que piense nadie que hay cosa
que mover mi pecho pueda
á invidia ó admiración,
pasiones que al hombre afrentan;
que admirarse es ignorancia,
como invidiar es bajeza.
Tú no sabes á qué sabe,
cuando llega un portanuevas
muy orgulloso á contar
una hazaña ó una fiesta,
taparle la boca yo
con otra tal, que se vuelva
con sus nuevas en el cuerpo,
y que reviente con ellas.

TRISTÁN.

¡ Caprichosa prevención,
si bien peligrosa treta !
La fábula de la corte
serás si la flor te entrevan.

D. GARCÍA.

Quien vive sin ser sentido,
quien sólo el número aumenta,
y hace lo que todos hacen,
¿ en qué difiere de bestia ?
Ser famosos es gran cosa;
el medio cual fuere sea.
Nómbrenme á mí en todas partes
y murmúrenme siquiera,
pues uno por ganar nombre
abrasó el templo de Efesia ;
y al fin, es este mi gusto,
que es la razón de más fuerza.

TRISTÁN.

Juveniles opiniones
sigue tu ambiciosa idea,
y cerrar has menester
en la corte la mollera.

(Vanse.)

Sala en casa de don Sancho

ESCENA IX

JACINTA é ISABEL, con mantos; DON BELTRÁN, DON
SANCHO

JACINTA. ¡Tan grande merced!
D. BELTRÁN. No ha sido
amistad de un solo día
la que esta casa y la mía,
si os acordáis, se han tenido:
y así, no es bien que extrañéis
mi visita.

JACINTA. Si me espanto
es, señor, por haber tanto
que merced no nos hacéis.
Perdonadme; que ignorando
el bien que en casa tenía,
me tardé en la Platería,
ciertas joyas concertando.

D. BELTRÁN. Feliz pronóstico dais
al pensamiento que tengo,
pues cuando á casaros vengo,
comprando joyas estáis.
Con don Sancho, vuestro tío,
tengo tratado, señora,
hacer parentesco agora
nuestra amistad; y confío
(puesto que como discreto
dice don Sancho que es justo
remitirse á vuestro gusto)
que esto ha de tener efeto.
Que pues es la hacienda mía
y calidad tan patente,
sólo falta que os contente
la persona de García;

y aunque ayer á Madrid vino
de Salamanca el mancebo,
y de invidia el rubio Febo
le ha abrasado en el camino,
bien me atreveré á ponello
ante vuestros ojos claros,
fiando que ha de agradaros
desde la planta al cabello,
si licencia le otorgáis
para que os bese la mano.

JACINTA.

Encarecer lo que gano
en la mano que me dais,
si es notorio, es vano intento;
que estimo de tal manera
las prendas vuestras, que diera
luégo mi consentimiento,
á no haber de parecer
(por mucho que en ello gano)
arrojamiento liviano
en una honrada mujer;
que el breve determinarse
en cosas de tanto peso,
ó es tener muy poco seso
ó gran gana de casarse.
Y en cuanto á que yo lo vea,
me parece, si os agrada,
que para no arriesgar nada,
pasando la calle sea.
Que si como puede ser,
y sucede á cada paso,
después de tratarlo, acaso
se viniese á deshacer,
¿de qué me hubiera servido,
ó qué opinión me darán
las visitas de un galán
con licencias de marido?

D. BELTRÁN.

Ya por vuestra gran cordura,
si es mi hijo vuestro esposo,
le tendré por tan dichoso
como por vuestra hermosura.

D. SANCHO. De prudencia puede ser
un espejo la que oís.

D. BELTRÁN. No sin causa os remitís,
don Sancho, á su parecer.
Esta tarde con García
á caballo pasaré
vuestra calle.

JACINTA. Yo estaré
detrás de esa celosía.

D. BELTRÁN. Que le miréis bien os pido;
que esta noche he de volver,
Jacinta hermosa, á saber
cómo os haya parecido.

JACINTA. ¿Tan apriesa?

D. BELTRÁN. Este cuidado
no admiréis; que ya es forzoso,
pues si vine deseoso,
vuelvo agora enamorado.
Y adiós.

JACINTA. Adiós.

D. BELTRÁN. ¿Dónde vais?

D. SANCHO. Á serviros.

D. BELTRÁN. No saldré.

D. SANCHO. Al corredor llegaré
con vos, si licencia dais.

(Vanse don Sancho y don Beltrán.)

ESCENA X

JACINTA, ISABEL

ISABEL. Mucha priesa te da el viejo.

JACINTA. Yo se la diera mayor,
pues tan bien le está á mi honor,
si á diferente consejo
no me obligara el amor;
que aunque los impedimentos
del hábito de don Juan,
dueño de mis pensamientos,

forzosa causa me dan
de admitir otros intentos;
como su amor no despido,
por mucho que lo deseo,
que vive en el alma asido;
tiemblo, Isabel, cuando creo
que otro ha de ser mi marido.

ISABEL.

Yo pensé que ya olvidabas
á don Juan, viendo que dabas
lugar á otras pretensiones.

JACINTA.

Cáusanlo estas ocasiones,
Isabel: no te engañabas;
que como há tanto que está
el hábito detenido,
y no ha de ser mi marido
si no sale, tengo ya
este intento por perdido.

Y así para no morirme
quiero hablar y divertirme,
pues en vano me atormento;
que en un imposible intento
no apruebo el morir de firme.

Por ventura encontraré
alguno tal, que merezca
que mano y alma le dé.

ISABEL.

No dudo que el tiempo ofrezca
sujeto digno á tu fe;
y si no me engaño yo,
hoy no te desagradó
el galán indiano.

JACINTA.

Amiga,

¿quieres que verdad te diga?

Pues muy bien me pareció,
y tanto, que te prometo
que si fuera tan discreto,
tan gentil hombre y galán
el hijo de don Beltrán,
tuviera la boda efeto.

ISABEL.

Esta tarde le verás
con su padre por la calle.

- JACINTA. Veré sólo el rostro y talle ;
el alma, que importa más,
quisiera ver con hablalle.
- ISABEL. Háblale.
- JACINTA. Hase de ofender
don Juan si llega á sabello,
y no quiero, hasta saber
que de otro dueño he de ser,
determinarme á perdello.
- ISABEL. Pues da algún medio, y advierte
que siglos pasas en vano,
y conviene resolverte ;
que don Juan es desta suerte
el perro del hortelano.
Sin que lo sepa don Juan
podrás hablar, si tú quieres,
al hijo de don Beltrán ;
que, como en su centro, están
las trazas en las mujeres.
- JACINTA. Una pienso que podría
en este caso importar.
Lucrecia es amiga mía :
ella puede hacer llamar
de su parte á don García ;
que como secreta esté
yo con ella en su ventana,
este fin conseguiré.
- ISABEL. Industria tan soberana
sólo de tu ingenio fué.
- JACINTA. Pues parte al punto, y mi intento
le di á Lucrecia, Isabel.
- ISABEL. Sus alas tomaré al viento.
- JACINTA. La dilación de un momento
le di que es un siglo en él.

ESCENA XI

DON JUAN, que encuentra á ISABEL al salir.—JACINTA

- D. JUAN. ¿ Puedo hablar á tu señora ?
- ISABEL. Sólo un momento ha de ser ;

que de salir á comer
mi señor don Sancho es hora.

(Vase.)

D. JUAN. Ya, Jacinta, que te pierdo,
ya que yo me pierdo, ya...

JACINTA. ¿Estás loco?

D. JUAN. ¿Quién podrá
estar con tus cosas cuerdo?

JACINTA. Repórtate y habla paso;
que está en la cuadra mi tío.

D. JUAN. Cuando á cenar vas al río,
¿cómo haces dél poco caso?

JACINTA. ¿Qué dices? ¿Estás en ti?

D. JUAN. Cuando para trasnochar
con otro tienes lugar,
¿tienes tío para mí?

JACINTA. ¿Trasnochar con otro? Advierte
que aunque eso fuese verdad,
era mucha libertad
hablarme á mí desa suerte;
cuanto más que es desvario
de tu loca fantasía.

D. JUAN. Ya sé que fué don García
el de la fiesta del río;
ya los fuegos que á tu coche,
Jacinta, la salva hicieron;
ya las antorchas que dieron
sol al soto á media noche;
ya los cuatro aparadores
con vajillas variadas,
las cuatro tiendas pobladas
de instrumentos y cantores.
Todo lo sé, y sé que el día
te halló, enemiga, en el río.
Di agora que es desvario
de mi loca fantasía.

Di agora que es libertad
el tratarte desta suerte,
cuando obligan á ofenderte
mi agravio y tu liviandad...

JACINTA. ¡Plega á Dios!...

D. JUAN.

Deja invenciones :

calla, no me digas nada ;
 que en ofensa averiguada
 no sirven satisfacciones.
 Ya, falsa, ya sé mi daño ;
 no niegues que te he perdido ;
 tu mudanza me ha ofendido,
 no me ofende el desengaño.
 Y aunque niegues lo que oí,
 lo que ví confesarás ;
 que hoy lo que negando estás,
 en sus mismos ojos ví.
 ¿ Y su padre ? ¿ Qué quería
 agora aquí ? ¿ Qué te dijo ?
 ¿ De noche estás con el hijo,
 y con el padre de día ?
 Yo lo ví ; ya mi esperanza
 en vano engañar dispones ;
 ya sé que tus dilaciones
 son hijas de tu mudanza.
 Mas, cruel, ¡ viven los cielos,
 que no has de vivir contenta !
 Abrásete, pues revienta,
 este volcán de mis celos.
 El que me hace desdichado,
 te pierda, pues yo te pierdo.
 ¿ Tú eres cuerdo ?

JACINTA.

D. JUAN.

¿ Cómo cuerdo,
 amante y desesperado ?

JACINTA.

Vuelve, escucha ; que si vale
 la verdad, presto verás
 cuán mal informado estás.

D. JUAN.

Voyme ; que tu tío sale.

JACINTA.

No sale. Escucha ; que fío
 satisfacerte.

D. JUAN.

Es en vano,
 si aquí no me das la mano.

JACINTA.

¿ La mano ? Sale mi tío.

ACTO SEGUNDO

Sala en casa de don Beltrán

ESCENA PRIMERA

DON GARCÍA, en cuerpo, leyendo un papel;
TRISTÁN y CAMINO

D. GARCÍA. *(Lee.)* «La fuerza de una ocasión me hace ex-
»der del orden de mi estado. Sabrála vuestra
»merced esta noche por un balcón que le ense-
»ñará el portador, con lo demás que no es
»para escrito; y guarde nuestro Señor, etc.»

¿Quién este papel me escribe?

CAMINO. Doña Lucrecia de Luna.

D. GARCÍA. El alma sin duda alguna
que dentro en mi pecho vive.
¿No es ésta una dama hermosa,
que hoy antes de mediodía
estaba en la Platería?

CAMINO. Sí, señor.

D. GARCÍA. ¡Suerte dichosa!

Informadme, por mi vida,
de las partes desta dama.

CAMINO. Mucho admiro que su fama
esté de vos escondida.
Porque la habéis visto, de-
de encarecer que es hermosa;
es discreta y virtuosa,
su padre es viudo y es viejo;
dos mil ducados de renta
los que ha de heredar serán,
bien hechos.

D. GARCÍA. ¿Oyes, Tristán?

- TRISTÁN. Oigo y no me descontenta.
 CAMINO. En cuanto á ser principal,
 no hay que hablar. Luna es su padre,
 y fué Mendoza su madre,
 tan finos como un coral.
 Doña Lucrecia en efeto
 merece un rey por marido.
- D. GARCÍA. ¡ Amor, tus alas te pido
 para tan alto sujeto !
 ¿ Dónde vive !
- CAMINO. Á la Vitoria.
- D. GARCÍA. Cierto es mi bien. Que seréis,
 dice aquí, quien me guiéis
 al cielo de tanta gloria.
- CAMINO. Serviros pienso á los dos.
- D. GARCÍA. Y yo lo agradeceré.
- CAMINO. Esta noche volveré,
 en dando las diez, por vos.
- D. GARCÍA. Eso le dad por respuesta
 á Lucrecia.
- CAMINO. Á Dios quedad. (Vase.)

ESCENA II

DON GARCÍA, TRISTÁN

- D. GARCÍA. ¡ Cielos ! ¿ Qué felicidad,
 amor, qué ventura es ésta ?
 ¿ Ves, Tristán, como llamó
 la más hermosa el cochero
 á Lucrecia, á quien yo quiero ?
 Que es cierto que quien me habló
 es la que el papel me envía.
- TRISTÁN. Evidente presunción.
- D. GARCÍA. Que la otra ¿ qué ocasión
 para escribirme tenía ?
- TRISTÁN. Y á todo mal suceder,
 presto de dudas saldrás ;
 que esta noche la podrás
 en el habla conocer.

D. GARCÍA. Y que no me engañe es cierto,
según dejó en mi sentido
impreso el dulce sonido
de la voz con que me ha muerto.

ESCENA III

UN PAJE, con un papel.—Dichos

PAJE. Éste, señor don García,
es para vos.

D. GARCÍA. No esté así.

PAJE. Criado vuestro nació.

D. GARCÍA. Cúbrase, por vida mía. *(Lee á solas.)*

«Averiguar cierta cosa
»importante á solas quiero
»con vos: á las siete espero
»en San Blas.—*Don Juan de Sosa.*»

(Ap. ¡ Válgame Dios! ¡ Desafío!

¿Qué causa puede tener
don Juan, si yo vine ayer,
y él es tan amigo mío?)

Decid al señor don Juan
que esto será así. *(Vase el paje.)*

TRISTÁN. Señor,
mudado estás de color:
¿qué ha sido?

D. GARCÍA. Nada, Tristán.

TRISTÁN. ¿No puedo saberlo?

D. GARCÍA. No.

TRISTÁN. *(Ap.)* Sin duda es cosa pesada.

D. GARCÍA. Dame la capa y espada. *(Vase Tristán.)*

¿Qué causa le he dado yo?

ESCENA IV

DON BELTRÁN.—DON GARCÍA; después, TRISTÁN

D. BELTRÁN. García...

D. GARCÍA. Señor...

D. BELTRAN. Los dos

á caballo hemos de andar
juntos hoy; que he de tratar
cierto negocio con vos.

D. GARCÍA. ¿Mandas otra cosa?

(Sale Tristán y dale de vestir á don García.)

D. BELTRÁN. ¿Adónde
vais cuando el sol echa fuego?

D. GARCÍA. Aquí á los trucos me llego
de nuestro vecino el Conde.

D. BELTRÁN. No apruebo que os arrojéis,
siendo venido de ayer,
á daros á conocer
á mil que no conocéis,
sino es que dos condiciones
guardéis con mucho cuidado,
y son, que juguéis contado,
y habléis contadas razones.
Puesto que mi parecer
es éste, haced vuestro gusto.

D. GARCÍA. Seguir tu consejo es justo.

D. BELTRÁN. Haced que á vuestro placer
aderezo se prevenga
á un caballo para vos.

D. GARCÍA. Á ordenallo voy.

(Vase.)

D. BELTRÁN. Adiós.

ESCENA V

DON BELTRÁN, TRISTÁN

D. BELTRÁN. *(Ap. ¡Que tan sin gusto me tenga
lo que su ayo me dijo!)*
¿Has andado con García,
Tristán?

TRISTÁN. Señor, todo el día.

D. BELTRÁN. Sin mirar en que es mi hijo,
si es que el ánimo fiel
que siempre en tu pecho he hallado
ahora no te ha faltado,

me di lo que sientes dél.

TRISTÁN. ¿Qué puedo yo haber sentido
en un término tan breve?

D. BELTRÁN. Tu lengua es quien no se atreve ;
que el tiempo bastante ha sido,
y más á tu entendimiento.
Dímelo, por vida mía,
sin lisonja.

TRISTÁN. Don García,
mi señor, á lo que siento ;
que he de decirte verdad,
pues que tu vida has jurado...

D. BELTRÁN. Desafortunado has obligado
siempre á ti mi voluntad.

TRISTÁN. Tiene un ingenio excelente
con pensamientos sutiles ;
mas caprichos juveniles
con arrogancia imprudente.
De Salamanca reboza
la leche, y tiene en los labios
los contagiosos resabios
de aquella caterva moza :
aquel hablar arrojado,
mentir sin recato y modo,
aquel jactarse de todo,
y hacerse en todo extremado.
Hoy en término de un hora
echó cinco ó seis mentiras.

D. BELTRÁN. ¡Válgame Dios !

TRISTÁN. ¿Qué te admiras ?
Pues lo peor falta agora ;
que son tales, que podrá
cogerle en ellas cualquiera.

D. BELTRÁN. ¡Ay Dios !

TRISTÁN. Yo no te dijera
lo que tal pena te da,
á no ser de ti forzado.

D. BELTRÁN. Tu fe conozco y tu amor.

TRISTÁN. Á tu prudencia, señor,
advertir será excusado

el riesgo que correr puedo
si sabe esto don García,
mi señor.

D. BELTRÁN.

De mí confía ;
pierde, Tristán, todo el miedo.
Manda luégo aderezar
los caballos.

(Vase Tristán.)

ESCENA VI

DON BELTRÁN

Santo Dios,
pues esto permitis vos,
esto debe de importar.
¡ Á un hijo solo, á un consuelo
que en la tierra le quedó
á mi vejez triste, dió
tan gran contrapeso el cielo !
Ahora bien, siempre tuvieron
los padres disgustos tales ;
siempre vieron muchos males
los que mucha edad vivieron.
Paciencia : hoy he de acabar,
si puedo, su casamiento :
con la brevedad intento
este daño remediar,
antes que su liviandad,
en la corte conocida,
los casamientos le impida
que pide su calidad.
Por dicha, con el cuidado
que tal estado acarrea,
de una costumbre tan fea
se vendrá á ver enmendado ;
que es vano pensar que son
el reñir y aconsejar
bastantes para quitar
una fuerte inclinación.

ESCENA VII

TRISTÁN.—DON BELTRÁN

TRISTÁN.

Ya los caballos están,
 viendo que salir procuras,
 probando las herraduras
 en las guijas del zaguán;
 porque con las esperanzas
 de tan gran fiesta, el overo
 á solas está primero
 ensayando sus mudanzas,
 y el bayo, que ser procura
 émulo al dueño que lleva,
 estudia con alma nueva
 movimiento y compostura.

D. BELTRÁN.

Avisa pues á García.

TRISTÁN.

Ya te espera tan galán,
 que en la corte pensarán
 que á estas horas sale el día.

(Vanse.)

 Sala en casa de don Sancho

ESCENA VIII

ISABEL, JACINTA

ISABEL.

La pluma tomó al momento
 Lucrecia, en ejecución
 de tu agudo pensamiento,
 y esta noche en su balcón
 para tratar cierto intento
 le escribió que aguardaría,
 para que puedas en él
 platicar con don García.
 Camino llevó el papel,
 persona de quien se fia.

JACINTA.

Mucho Lucrecia me obliga.

ISABEL.

Muestra en cualquier ocasión

ser tu verdadera amiga.

JACINTA.

¿Es tarde?

ISABEL.

Las cinco son.

JACINTA.

Aun durmiendo me fatiga
la memoria de don Juan;
que esta siesta le he soñado
celoso de otro galán.

(Miran adentro.)

ISABEL.

¡Ay señora! Don Beltrán
y el perulero á su lado!

JACINTA.

¿Qué dices?

ISABEL.

Digo que aquel
que hoy te habló en la Platería
viene á caballo con él.
Mírale.

JACINTA.

Por vida mía,
que dices verdad, que es él.
¡Hay tal! ¿Cómo el embustero
se nos fingió perulero,
si es hijo de don Beltrán?

ISABEL.

Los que intentan, siempre dan
gran presunción al dinero,
y con ese medio hallar
entrada en tu pecho quiso;
que debió de imaginar
que aquí le ha de aprovechar
más ser Midas que Narciso.

JACINTA.

En decir que há que me vió
un año, también mintió;
porque don Beltrán me dijo
que ayer á Madrid su hijo
de Salamanca llegó.

ISABEL.

Si bien lo miras, señora,
todo verdad puede ser;
que entonces te pudo ver,
irse de Madrid, y agora
de Salamanca volver.
Y cuando no, ¿qué te admira
que quien á obligar aspira
prendas de tanto valor,
para acreditar su amor

se valga de una mentira?
 Demás que tengo por llano,
 si no miente mi sospecha,
 que no lo encarece en vano;
 que hablarte hoy su padre es flecha
 que ha salido de su mano.

No ha sido, señora mía,
 acaso que el mismo día
 que él te vió y mostró quererte,
 venga su padre á ofrecerte
 por esposo á don García.

JACINTA.

Dices bien; mas imagino
 que el término que pasó
 desde que el hijo me habló
 hasta que su padre vino,
 fué muy breve.

ISABEL.

Él conoció
 quien eres, encontraría
 su padre en la Platería,
 hablóle, y él, que no ignora
 tus calidades, y adora
 justamente á don García,
 vino á tratarlo al momento.

JACINTA.

Al fin, como fuere sea.
 De sus partes me contento,
 quiere el padre, él me desea:
 da por hecho el casamiento.

(Vanse.)

Paseo de Atocha

ESCENA IX

DON BELTRÁN, DON GARCÍA

D. BELTRÁN. ¿Qué os parece?

D. GARCÍA. Que animal
 no ví mejor en mi vida.

D. BELTRAN. ¡Linda bestia!

D. GARCÍA. Corregida,

de espíritu racional.

¡Qué contento y bizarria!

D. BELTRÁN. Vuestro hermano don Gabriel,
que perdone Dios, en él
todo su gusto tenía.

D. GARCÍA. Ya que convida, señor,
de Atocha la soledad,
declara tu voluntad.

D. BELTRAN. Mi pena diréis mejor.

¿Sois caballero, García?

D. GARCÍA. Téngome por vuestro hijo.

D. BELTRAN. ¿Y basta ser hijo mío
para ser vos caballero?

D. GARCÍA. Yo pienso, señor, que sí.

D. BELTRAN. ¡Qué engañado pensamiento!

Sólo consiste en obrar
como caballero, el serlo.

¿Quién dió principio á las casas
nobles? Los ilustres hechos
de sus primeros autores.

Sin mirar sus nacimientos,
hazañas de hombres humildes
honraron sus herederos.

Luego en obrar mal ó bien
está el ser malo ó ser bueno.

¿Es así?

D. GARCÍA. Que las hazañas
dén nobleza, no lo niego;
mas no neguéis que sin ellas
también la da el nacimiento.

D. BELTRAN. Pues si honor puede ganar
quien nació sin él, ¿no es cierto
que por el contrario puede,
quien con él nació, perdello?

D. GARCÍA. Es verdad.

D. BELTRAN. Luego si vos
obráis afrentosos hechos,
aunque seáis hijo mío,
dejáis de ser caballero;
luego si vuestras costumbres

os infaman en el pueblo,
no importan paternas armas,
no sirven altos abuelos.
¿Qué cosa es que la fama
diga á mis oídos mismos
que á Salamanca admiraron
vuestras mentiras y enredos?
¡Qué caballero y qué nada!
Si afrenta al noble y plebeyo
sólo el decirle que miente,
decid, ¿qué será el hacerlo,
si vivo sin honra yo,
según los humanos fueros,
mientras de aquel que me dijo
que mentía no me vengo?
¿Tan larga tenéis la espada,
tan duro tenéis el pecho,
que pensáis poder vengaros,
diciéndolo todo el pueblo?
¿Posible es que tenga un hombre
tan humildes pensamientos,
que viva sujeto al vicio
mas sin gusto y sin provecho?
El deleite natural
tiene á los lascivos presos;
obliga á los codiciosos
el poder que da el dinero;
el gusto de los manjares
al glotón; el pasatiempo
y el cebo de la ganancia
á los que cursan el juego;
su venganza al homicida,
al robador su remedio,
la fama y la presunción
al que es por la espada inquieto:
todos los vicios, al fin,
ó dan gusto ó dan provecho;
mas de mentir, ¿qué se saca
sino infamia y menosprecio?
D. GARCÍA. Quien dice que miento yo

ha mentido.

D. BELTRÁN.

También eso
es mentir ; que aun desmentir
no sabéis sino mintiendo.

D. GARCÍA.

Pues si dais en no creerme...

D. BELTRÁN.

¿ No seré necio si creo
que vos decís verdad sólo,
y miente el lugar entero ?
Lo que importa es desmentir
esta fama con los hechos,
pensar que éste es otro mundo,
hablar poco y verdadero.
Mirad que estáis á la vista
de un rey tan santo y perfecto,
que vuestros yerros no pueden
hallar disculpa en sus yerros ;
que tratáis aquí con grandes,
títulos y caballeros,
que si os saben la flaqueza,
os perderán el respeto ;
que tenéis barba en el rostro,
que al lado ceñís acero,
que nacistes noble, al fin,
y que yo soy padre vuestro :
y no he de deciros más ;
que esta sofrenada espero
que baste para quien tiene
calidad y entendimiento:
y agora, porque entendáis
que en vuestro bien me desvelo,
sabed que os tengo, García,
tratado un gran casamiento.

D. GARCÍA.

¡ Ay mi Lucrecia !

(Ap.)

D. BELTRÁN.

Jamás
pusieron, hijo, los cielos
tantas, tan divinas partes
en un humano sujeto,
como en Jacinta, la hija
de don Fernando Pacheco,
de quien mi vejez pretende

tener regalados nietos.

D. GARCÍA. ¡ Ay Lucrecia ! Si es posible, tú sola has de ser mi dueño. (Ap.)

D. BELTRÁN. ¿ Qué es esto ? ¿ No respondéis ?

D. GARCÍA. Tuya he de ser, vive el cielo. (Ap.)

D. BELTRÁN. ¿ Qué os entristecéis ? Hablad : no me tengáis más suspenso.

D. GARCÍA. Entristézcome, porque es imposible obedeceros.

D. BELTRÁN. ¿ Por qué ?

D. GARCÍA. Porque soy casado.

D. BELTRÁN. ¡ Casado ! ¡ Cielos ! ¿ Qué es esto ? ¿ Cómo sin saberlo yo ?

D. GARCÍA. Fué fuerza, y está secreto.

D. BELTRÁN. ¡ Hay padre más desdichado !

D. GARCÍA. No os aflijáis ; que en sabiendo la causa, señor, tendréis por venturoso el efeto.

D. BELTRÁN. Acabad pues ; que mi vida pende sólo de un cabello.

D. GARCÍA. (Agora os he menester, sutilezas de mi ingenio.) (Ap.)

En Salamanca, señor, hay un caballero noble de quien es la alcuña Herrera, y don Pedro el propio nombre.

Á éste dió el cielo otro cielo por hija, pues con dos soles sus dos purpúreas mejillas hace claros horizontes.

Abrevio, por ir al caso, con decir que cuantas dotes pudo dar naturaleza en tierna edad, la componen.

Mas la enemiga fortuna, observante en su desorden, á sus méritos opuesta, de sus bienes la hizo pobre ; que demás de que su casa no es tan rica como noble,

al mayorazgo nacieron
antes que ella dos varones.
A ésta pues saliendo al río
la ví una tarde en su coche,
que juzgara el de Faetón
si fuese Erídano el Tormes.
No sé quién los atributos
del fuego en Cupido pone ;
que yo de un súbito hielo
me sentí ocupar entonces.
¿Qué tienen que ver del fuego
las inquietudes y ardores,
con quedar absorta un alma
con quedar un cuerpo inmóvil ?
Caso fué verla forzoso ;
viéndola, cegar de amores ;
pues abrasado seguirla,
júzguelo un pecho de bronce.
Pasé su calle de día,
rondé su calle de noche,
con terceros y papeles
le encarecí mis pasiones,
hasta que al fin condolida
ó enamorada, responde,
porque también tiene amor
jurisdicción en los dioses.
Fuí acrecentando finezas
y ella aumentando favores,
hasta ponerme en el cielo
de su aposento una noche.
Y cuando solicitaban
el fin de mi pena enorme,
conquistando honestidades,
mis ardientes pretensiones,
siento que su padre viene
á su aposento : llamóle,
porque jamás tal hacía,
mi fortuna aquella noche.
Ella turbada, animosa
(mujer al fin), á empellones

mi casi difunto cuerpo
detrás de su lecho esconde.
Llegó don Pedro, y su hija,
fingiendo gusto, abrazóle
por negarle el rostro en tanto
que cobraba sus colores.
Asentáronse los dos,
y él con prudentes razones
le propuso un casamiento
con uno de los Monroyes.
Ella, honesta como cauta,
de tal suerte le responde,
que ni á su padre resista,
ni á mí que la escucho, enoje.
Despidiéronse con esto ;
y cuando ya casi pone
en el umbral de la puerta
el viejo los piés, entonces...
¡ Mal haya, amén, el primero
que fué inventor de relojes !
uno que llevaba yo
á dar comenzó las doce.
Oyólo don Pedro, y vuelto
hacia su hija, « ¿ De dónde
vino ese reloj ? » le dijo.
Ella respondió : « Envióle,
para que se le aderecen,
mi primo don Diego Ponce,
por no haber en su lugar
relojero ni relojes. »
« Dádmele, dijo su padre,
porque yo ese cargo tome. »
Pues entonces doña Sancha,
que éste es de la dama el nombre,
á quitármele del pecho
cauta y prevenida corre,
antes que llegar él mismo
á su padre se le antoje.
Quitémele yo, y al darle,
quiso la suerte que toquen

á una pistola que tengo
en la mano, los cordones.
Cayó el gatillo, dió fuego,
al tronido desmayóse
doña Sancha, alborotado
el viejo, empezó á dar voces.
Yo, viendo el cielo en el suelo
y eclipsados sus dos soles,
juzgué sin duda por muerta
la vida de mis acciones,
pensando que cometieron
sacrilegio tan enorme
del plomo de mi pistola
los breves volantes orbes.
Con esto pues despechado,
saqué rabioso el estoque:
fueran pocos para mí
en tal ocasión mil hombres.
Á impedirme la salida
como dos bravos leones,
con sus armas sus hermanos
y sus criados se oponen;
mas, aunque fácil, por todos
mi espada y mi furia rompen,
no hay fuerza humana que impida
fatales disposiciones;
pues al salir por la puerta,
como iba arrimado, asíome
la alcayata de la aldaba
por los tiros del estoque.
Aquí para desasirme
fué fuerza que atrás me torne,
y entre tanto mis contrarios
muros de espadas me oponen.
En esto cobró su acuerdo
Sancha; y para que se estorbe
el triste fin que prometen
estos sucesos atroces,
la puerta cerró animosa
del aposento, y dejóme

á mi con ella encerrado,
y fuera á mis agresores.
Arrimamos á la puerta
baúles, arcas y cofres ;
que al fin son de ardientes iras
remedio las dilaciones.
Quisimos hacernos fuertes ;
mas mis contrarios feroces
ya la pared me derriban,
y ya la puerta me rompen.
Yo, viendo que aunque dilate,
no es posible que revoque
la sentencia de enemigos
tan agraviados y nobles ;
viendo á mi lado la hermosa
de mis desdichas consorte,
y que hurtaba á sus mejillas
el temor sus arreboles ;
viendo cuán sin culpa suya
conmigo fortuna corre,
pues con industria deshace
cuanto los hados disponen ;
por dar premio á sus lealtades,
por dar fin á sus temores,
por dar remedio á mi muerte,
y dar muerte á mis pasiones,
hube de darme á partido,
y pedirles que conformen
con la unión de nuestras sangres
tan sangrientas disensiones.
Ellos, que ven el peligro,
y mi calidad conocen,
lo acetan, después de estar
un rato entre sí discordes.
Partió á dar cuenta al Obispo
su padre, y volvió con orden
de que el desposorio pueda
hacer cualquier sacerdote.
Hízose, y en dulce paz
la mortal guerra trocóse,

dándote la mejor nuera
que nació del sur al norte.
Mas en que tú no lo sepas
quedamos todos conformes,
por no ser con gusto tuyo
y por ser mi esposa pobre;
pero ya que fué forzoso
saberlo, mira si escoges
por mejor tenerme muerto
que vivo y con mujer noble.

D. BELTRÁN. Las circunstancias del caso
son tales, que se conoce
que la fuerza de la suerte
te destinó esa consorte:
y así, no te culpo en más
que en callármelo.

D. GARCÍA. Temores
de darte pesar, señor,
me obligaron.

D. BELTRÁN. Si es tan noble,
¿qué importa que pobre sea?
¡Cuánto es peor que lo ignore,
para que habiendo empeñado
mi palabra, agora torne
con eso á doña Jacinta!
¡Mira en qué lance me pones!
Toma el caballo, y temprano
por mi vida te recoge,
porque despacio tratemos
de tus cosas esta noche.

D. GARCÍA. Iré á obedecerte al punto
que toquen las oraciones. (*Vase don Beltrán.*)

ESCENA X

DON GARCÍA

Dichosamente se ha hecho;
persuadido el viejo va:

ya del mentir no dirá
 que es sin gusto y sin provecho,
 pues es tan notorio gusto
 el ver que me haya creído,
 y provecho haber huído
 de casarme á mi disgusto.
 ¡ Bueno fué reñir conmigo
 porque en cuanto digo miento,
 y dar crédito al momento
 á cuantas mentiras digo !
 ¡ Qué fácil de persuadir
 quien tiene amor suele ser !
 Y ¡ qué fácil en creer
 el que no sabe mentir !
 Mas ya me aguarda don Juan.

(Á uno que está dentro.)

¡ Hola ! llevad el caballo.
 Tan terribles cosas hallo
 que sucediéndome van,
 que pienso que desvarío :
 vine ayer, y en un momento
 tengo amor y casamiento
 y causa de desafío.

ESCENA XI

DON JUAN.—DON GARCÍA

D. JUAN. Como quien sois lo habéis hecho,
 don García.

D. GARCÍA. ¿ Quién podía,
 sabiendo la sangre mía,
 pensar menos de mi pecho ?
 Mas vamos, don Juan, al caso
 por que llamado me habéis.
 Decid, ¿ qué causa tenéis,
 que por sabella me abraso,
 de hacer este desafío ?

D. JUAN. Esta dama á quien hicistes,

conforme vos me dijistes,
 anoche fiesta en el río,
 es causa de mi tormento,
 y es con quien dos años há
 que, aunque se dilata, está
 tratado mi casamiento.
 Vos há un mes que estáis aquí;
 y deso, como de estar
 encubierto en el lugar
 todo ese tiempo de mí,
 colijo que habiendo sido
 tan público mi cuidado,
 vos no lo habéis ignorado,
 y así me habéis ofendido.
 Con esto que he dicho digo
 cuanto tengo que decir;
 y es que ó no habéis de seguir
 el bien que há tanto que sigo,
 ó si acaso os pareciere
 mi petición mal fundada,
 se remita aquí á la espada,
 y la sirva el que venciere.

D. GARCÍA.

Pésame que sin estar
 del caso bien informado,
 os hayáis determinado
 á sacarme á este lugar.
 La dama, don Juan de Sosa,
 de mi fiesta, vive Dios,
 que ni la habéis visto vos,
 ni puede ser vuestra esposa;
 que es casada esta mujer,
 y há tan poco que llegó
 á Madrid, que sólo yo
 sé que la he podido ver.
 Y cuando esa hubiera sido,
 de no verla más os doy
 palabra como quien soy,
 ó quedar por fementido.

D. JUAN.

Con eso se aseguró
 la sospecha de mi pecho,

y he quedado satisfecho.
 D. GARCÍA. Falta que lo quede yo ;
 que haberme desafiado
 no se ha de quedar así.
 Libre fué el sacarme aquí ;
 mas habiéndome sacado,
 me obligastes, y es forzoso,
 puesto que tengo de hacer
 como quien soy, no volver
 sino muerto ó vitorioso.

D. JUAN. Pensad, aunque mis desvelos
 hayáis satisfecho así,
 que aún deja cólera en mí
 la memoria de mis celos.

(Sacan las espadas y acuchíllanse.)

ESCENA XII

DON FÉLIX.— Dichos

D. FÉLIX. Deténganse, caballeros ;
 que estoy aquí yo.

D. GARCÍA. ¡ Que venga
 agora quien me detenga !

D. FÉLIX. Vestid los fuertes aceros ;
 que fué falsa la ocasión
 desta pendencia.

D. JUAN. Ya había
 dicholo así don García ;
 pero por la obligación
 en que pone el desafío
 desnudó el valiente acero.

D. FÉLIX. Hizo como caballero
 de tanto valor y brío ;
 y pues bien quedado habéis
 con esto, merezca yo
 que á quien de celoso erró,
 perdón y la mano deis. *(Danse las manos.)*

D. GARCÍA. Ello es justo, y lo mandáis.

Mas mirad de aquí adelante,
 en caso tan importante,
 don Juan, cómo os arrojáis.
 Todo lo habéis de intentar
 primero que el desafío ;
 que empezar es desvarío
 por donde se ha de acabar.

(Vase.)

ESCENA XIII

DON JUAN, DON FÉLIX

- D. FÉLIX. Extraña ventura ha sido
 haber yo á tiempo llegado.
- D. JUAN. ¿Que en efeto me he engañado ?
- D. FÉLIX. Sí.
- D. JUAN. ¿De quién lo habéis sabido ?
- D. FÉLIX. Súpelo de un escudero
 de Lucrecia.
- D. JUAN. Decid pues
 cómo fué.
- D. FÉLIX. La verdad es
 que fué el coche y el cochero
 de doña Jacinta anoche
 al Sotillo, y que tuvieron
 gran fiesta las que en él fueron ;
 pero fué prestado el coche.
 Y el caso fué que á las horas
 que fué á ver Jacinta bella
 á Lucrecia, ya con ella
 estaban las matadoras,
 las dos primas de la quinta.
- D. JUAN. ¿Las que en el Carmen vivieron ?
- D. FÉLIX. Sí, pues ellas le pidieron
 el coche á doña Jacinta,
 y en él con la obscura noche
 fueron al río las dos.
 Pues vuestro paje, á quien vos
 dejastes siguiendo el coche,

como en él dos damas vió
 entrar cuando anochecía,
 y noticia no tenía
 de otra visita, creyó
 ser Jacinta la que entraba
 y Lucrecia.

D. JUAN.

Justamente.

D. FÉLIX.

Siguió el coche diligente,
 y cuando en el Soto estaba,
 entre la música y cena
 lo dejó, y volvió á buscaros
 á Madrid, y fué el no hallaros
 ocasión de tanta pena ;
 porque yendo vos allá
 se deshiciera el engaño.

D. JUAN.

En eso estuvo mi daño ;
 mas tanto gusto me da
 el saber que me engañé,
 que doy por bien empleado
 el disgusto que he pasado.

D. FÉLIX.

Otra cosa averigüé,
 que es bien graciosa.

D. JUAN.

Decid.

D. FÉLIX.

Es que el dicho don García
 llegó ayer en aquel día
 de Salamanca á Madrid,
 y en llegando se acostó,
 y durmió la noche toda,
 y fué embeleco la boda
 y festín que nos contó.

D. JUAN.

¡ Qué decís !

D. FÉLIX.

Esto es verdad.

D. JUAN.

¿ Embustero es don García ?

D. FÉLIX.

Eso un ciego lo vería ;
 porque tanta variedad
 de tiendas, aparadores,
 vajillas de plata y oro,
 tanto plato, tanto coro
 de instrumentos y cantores,
 ¿ no era mentira patente ?

- D. JUAN. Lo que me tiene dudoso
es que sea mentiroso
un hombre que es tan valiente,
que de su espada el furor
diera á Alcides pesadumbre.
- D. FÉLIX. Tendrá el mentir por costumbre,
y por herencia el valor.
- D. JUAN. Vamos ; que á Jacinta quiero
pedille, Félix, perdón,
y decille la ocasión
con que esforzó este embustero
mi sospecha.
- D. FÉLIX. Desde aquí
nada le creo, don Juan.
- D. JUAN. Y sus verdades serán
ya consejas para mí. (Vanse.)

Calle

ESCENA XIV

TRISTÁN, DON GARCÍA y CAMINO, de noche

- D. GARCÍA. Mi padre me dé perdón ;
que forzado le engañé.
- TRISTÁN. Ingeniosa excusa fué ;
pero dime, ¿ qué invención
agora piensas hacer
con que no sepa que ha sido
el casamiento fingido ?
- D. GARCÍA. Las cartas le he de coger
que á Salamanca escribiere,
y las respuestas fingiendo
yo mismo, iré entreteniendo
la ficción cuanto pudiere.

ESCENA XV

JACINTA, LUCRECIA é ISABEL, á la ventana. — DON GARCÍA,
TRISTÁN y CAMINO, en la calle

JACINTA. Con esta nueva volvió
don Beltrán bien descontento,
cuando ya del casamiento
estaba contenta yo.

LUCRECIA. ¿Que el hijo de don Beltrán
es el indiano fingido?

JACINTA. Sí, amiga.

LUCRECIA. ¿Á quién has oído
lo del banquete?

JACINTA. Á don Juan.

LUCRECIA. Pues ¿cuándo estuvo contigo?

JACINTA. Al anochecer me vió,
y en contármelo gastó
lo que pudo estar conmigo.

LUCRECIA. ¡Grandes sus enredos son!
¡Buen castigo te merece!

JACINTA. Estos tres hombres parece
que se acercan al balcón.

LUCRECIA. Vendrá al puesto don García;
que ya es hora.

JACINTA. Tú, Isabel,
mientras hablamos con él,
á nuestros viejos espía.

LUCRECIA. Mi padre está refiriendo
bien despacio un cuento largo
á tu tío.

ISABEL. Yo me encargo
de avisaros en viniendo.

CAMINO. Este es el balcón adonde
os espera tanta gloria.

(Vase.)

(Á don García.)

(Vase.)

ESCENA XVI

DON GARCÍA y TRISTÁN, en la calle; JACINTA y LUCRECIA,
á la ventana

LUCRECIA. Tú eres dueño de la historia,
tú en mi nombre le responde.

D. GARCÍA. ¿Es Lucrecia?

JACINTA. ¿Es don García?

D. GARCÍA. Es quien hoy la joya halló
más preciosa que labró
el cielo, en la Plateria;
es quien en llegando á vella,
tanto estimó su valor,
que dió, abrasado de amor,
la vida y alma por ella.
Soy, al fin, el que se precia
de ser vuestro, y soy quien hoy
comienzo á ser, porque soy
el esclavo de Lucrecia.

JACINTA. Amiga, este caballero *(Ap. á Lucrecia.)*
para todas tiene amor.

LUCRECIA. El hombre es embarrador.

JACINTA. Él es un gran embustero.

D. GARCÍA. Ya espero, señora mía,
lo que me queréis mandar.

JACINTA. Ya no puede haber lugar
lo que trataros quería...

TRISTÁN. ¿Es ella?

D. GARCÍA. Sí.

JACINTA. Que trataros
un casamiento intenté
bien importante, y ya sé
que es imposible casaros.

D. GARCÍA. ¿Por qué?

JACINTA. Porque sois casado.

D. GARCÍA. ¿Que yo soy casado?

JACINTA. Vos.

- D. GARCÍA. Soltero soy, vive Dios.
Quien lo ha dicho os ha engañado.
- JACINTA. ¿Viste mayor embustero? (*Ap. á Lucrecia.*)
- LUCRECIA. No sabe sino mentir.
- JACINTA. ¿Tal me queréis persuadir?
- D. GARCÍA. Vive Dios, que soy soltero.
- JACINTA. Y lo jura. (*Ap. á Lucrecia.*)
- LUCRECIA. Siempre ha sido
costumbre del mentiroso,
de su crédito dudoso
jurar para ser creído.
- D. GARCÍA. Si era vuestra blanca mano
con la que el cielo quería
colmar la ventura mía,
no pierda el bien soberano,
pudiendo esa falsedad
probarse tan fácilmente.
- JACINTA. (*Ap.*) ¡ Con qué confianza miente!
¿ No parece que es verdad?
- D. GARCÍA. La mano os daré, señora,
y con eso me creeréis.
- JACINTA. Vos sois tal, que la daréis
á trecientas en un hora.
- D. GARCÍA. Mal acreditado estoy
con vos.
- JACINTA. Es justo castigo ;
porque mal puede conmigo
tener crédito quien hoy
dijo que era perulero,
siendo en la corte nacido ;
y siendo de ayer venido,
afirmó que há un año entero
que está en la corte ; y habiendo
esta tarde confesado
que en Salamanca es casado
se está agora desdiciendo ;
y quien pasando en su cama
toda la noche, contó
que en el río la pasó
haciendo fiesta á una dama.

TRISTAN.

(Ap.) Todo se sabe.

D. GARCÍA.

Mi gloria,
 escuchadme, y os diré
 verdad pura; que ya sé
 en qué se yerra la historia.
 Por las demás cosas paso
 que son de poco momento,
 por tratar del casamiento,
 que es lo importante del caso.
 Si vos hubiérades sido
 causa de haber yo afirmado,
 Lucrecia, que soy casado,
 ¿será culpa haber mentido?
 ¿Yo la causa?

JACINTA.

D. GARCÍA.

Sí, señora.

JACINTA.

¿Cómo?

D. GARCÍA.

Decíroslo quiero.

JACINTA.

Oye; que hará el embustero *(Ap. á Lucrecia.)*
 lindos enredos agora.

D. GARCÍA.

Mi padre llegó á tratarme
 de darme otra mujer hoy;
 pero yo, que vuestro soy,
 quise con eso excusarme;
 que mientras hacer espero
 con vuestra mano mis bodas,
 soy casado para todas,
 sólo para vos soltero.
 Y como vuestro papel
 llegó esforzando mi intento,
 al tratarme el casamiento
 puse impedimento en él.
 Este es el caso: mirad
 si esta mentira os admira,
 cuando ha dicho esta mentira
 de mi afición la verdad.

LUCRECIA.

(Ap.) Mas ¿si lo fuese?

JACINTA.

(Ap.) ¡Qué buena
 la trazó, y qué de repente!
 Pues ¿cómo tan brevemente
 os pudo dar tanta pena?

¡ Casi aún no visto me habéis,
y ya os mostráis tan perdido !
¿ Aún no me habéis conocido,
y por mujer me queréis ?

D. GARCÍA.

Hoy ví vuestra gran beldad
la vez primera, señora ;
que el amor me obliga agora
á deciros la verdad.

Mas si la causa es divina,
milagro el efeto es,
que el Dios niño, no con piés,
sino con alas, camina.

Decir que habéis menester
tiempo vos para matar
fuera, Lucrecia, negar
vuestro divino poder.

Décis que sin conoceros
estoy perdido. ¡ Pluguiera
á Dios que no os conociera,
para hacer más en quereros !
Bien os conozco : las partes
sé bien que os dió la fortuna,
que sin eclipse sois Luna,
que sois Mendoza sin martes,
que es difunta vuestra madre,
que sois sola en vuestra casa,
que de mil doblones pasa
la renta de vuestro padre.

Ved si estoy mal informado :
¡ojalá, mi bien, que así
lo estuviérades de mí !

LUCRECIA.

(Ap.) Casi me pone en cuidado.

JACINTA.

Pues Jacinta ¿ no es hermosa,
no es discreta, rica, y tal,
que puede el más principal
desealla para esposa ?

D. GARCÍA.

Es discreta, rica y bella ;
mas á mí no me conviene.

JACINTA.

Pues decid, ¿ qué falta tiene ?

D. GARCÍA.

La mayor, que es no querella

- JACINTA. Pues yo con ella os quería casar ; que esa sola fué la intención con que os llamé.
- D. GARCÍA. Pues será vana porfía ; que por haber intentado mi padre, don Beltrán, hoy lo mismo, he dicho que estoy en otra parte casado. Y si vos, señora mía, intentáis hablarme en ello, perdonad ; que por no hacello, seré casado en Turquía. Esto es verdad, vive Dios, porque mi amor es de modo, que aborrezco aquello todo, mi Lucrecia, que no es vos.
- LUCRECIA. (Ap.) ¡ Ojalá !
- JACINTA. ¡ Que me tratéis con falsedad tan notoria ! Decid, ¿ no tenéis memoria, ó vergüenza no tenéis ? ¿ Cómo, si hoy dijistes vos á Jacinta que la amáis, agora me lo negáis ?
- D. GARCÍA. ¡ Yo á Jacinta ! Vive Dios, que sólo con vos he hablado desde que entré en el lugar.
- JACINTA. Hasta aquí pudo llegar el mentir desvergonzado. Si en lo mismo que yo ví os atrevéis á mentirme, ¿ qué verdad podréis decirme ? Idos con Dios, y de mí podéis desde aquí pensar, si otra vez os diere oído, que por divertirme ha sido ; como quien para quitar el enfadoso fastidio de los negocios pesados, gasta los ratos sobrados

- en las fábulas de Ovidio. (Vase.)
- D. GARCÍA. Escuchad, Lucrecia hermosa,
LUCRECIA. (Ap.) Confusa quedo. (Vase.)
- D. GARCÍA. Estoy loco.
¡Verdades valen tan poco!
TRISTÁN. En la boca mentirosa.
- D. GARCÍA. ¡Que haya dado en no creer
cuanto digo!
- TRISTÁN. ¿Qué te admiras,
si en cuatro ó cinco mentiras
te ha acabado de coger?
De aquí, si lo consideras,
conocerás claramente
que quien en las burlas miente,
pierde el crédito en las veras.

ACTO TERCERO

Sala en casa de don Sancho

ESCENA I

CAMINO, con un papel.—LUCRECIA

- CAMINO. Este me dió para ti
Tristán, de quien don García
con justa causa confía
lo mismo que tú de mí;
que aunque su dicha es tan corta,
que sirve, es muy bien nacido:
y de suerte ha encarecido
lo que tú respuesta importa,

que jura que don García
está loco.

LUCRECIA.

¡ Cosa extraña !

¿ Es posible que me engaña
quien desta suerte porfia ?
El más firme enamorado
se cansa si no es querido,
¡ y éste puede ser fingido,
tan constante y desdeñado !

CAMINO.

Yo al menos, si en las señales
se conoce el corazón,
ciertos juraré que son,
por las que he visto, sus males ;
que quien tu calle pasea
tan constante noche y día,
quien tu espesa celosía
tan atento brujulea,
quien ve que de tu balcón,
cuando él viene, te retiras,
y ni te ve ni le miras,
y está firme en tu afición ;
quien llora, quien desespera,
quien porque contigo estoy
me da dineros, que es hoy
la señal más verdadera,
yo me afirmo en que decir
que miente es gran desatino.

LUCRECIA.

Bien se echa de ver, Camino,
que no le has visto mentir.
¡ Pluguiera á Dios fuera cierto
su amor ! que á decir verdad,
no tarde en mi voluntad
hallaran sus ansias puerto.
Que sus encarecimientos,
aunque no los he creído,
por lo menos han podido
despertar mis pensamientos ;
que dado que es necesidad
dar crédito al mentiroso ;
como el mentir no es forzoso,

y puede decir verdad,
 obligame la esperanza
 y el propio amor á creer
 que conmigo puede hacer
 en sus costumbres mudanza.
 Y así, por guardar mi honor
 si me engaña lisonjero,
 y si es su amor verdadero,
 porque es digno de mi amor,
 quiero andar tan advertida
 á los bienes y á los daños,
 que ni admita sus engaños,
 ni sus verdades despida.

CAMINO.

Dese parecer estoy.

LUCRECIA.

Pues dirásle que cruel
 rompí sin vello el papel;
 que esta respuesta le doy.
 Y luégo tú de tu aljaba
 le dí que no desespere,
 y que si verme quisiere,
 vaya esta tarde á la octava
 de la Madalena.

CAMINO.

Voy.

LUCRECIA.

Mi esperanza fundo en ti.

CAMINO.

No se perderá por mí,
 pues ves que Camino soy.

(*Vanse.*)

Sala en casa de don Beltrán

ESCENA II

DON BELTRÁN, DON GARCÍA, TRISTÁN

(*Don Beltrán saca una carta abierta y se la da á don García.*)

D. BELTRÁN. ¿Habéis escrito, García?

D. GARCÍA. Esta noche escribiré.

- D. BELTRÁN. Pues abierta os la daré,
 porque leyendo la mía,
 conforme á mi parecer
 á vuestro suegro escribáis ;
 que determino que vais
 vos en persona á traer
 vuestra esposa, que es razón ;
 porque pudiendo traella
 vos mismo, enviar por ella
 fuera poca estimación.
- D. GARCÍA. Es verdad ; mas sin efeto
 será agora mi jornada.
- D. BELTRÁN. ¿ Por qué ?
- D. GARCÍA. Porque está preñada ;
 y hasta que un dichoso nieto
 te dé, no es bien arriesgar
 su persona en el camino.
- D. BELTRÁN. ¡ Jesús ! fuera desatino,
 estando así, caminar.
 Mas dime, ¿ cómo hasta aquí
 no me lo has dicho, García ?
- D. GARCÍA. Porque yo no lo sabía ;
 y en la que ayer recibí
 de doña Sancha me dice
 que es cierto el preñado ya.
- D. BELTRÁN. Si un nieto varón me da,
 hará mi vejez felice.
 Muestra ; que añadir es bien
 (*Tómale la carta que le había dado.*)
 cuanto con esto me alegro.
 Mas dí, ¿ cuál es de tu suegro
 el propio nombre ?
- D. GARCÍA. ¿ De quién ?
- D. BELTRÁN. De tu suegro.
- D. GARCÍA. (*Ap. Aquí me pierdo.*)
 Don Diego.
- D. BELTRÁN. Ó yo me he engañado,
 ú otras veces le has nombrado
 don Pedro.
- D. GARCÍA. También me acuerdo

- deso mismo ; pero son
suyos, señor, ambos nombres.
- D. BELTRÁN. ¡Diego y Pedro !
- D. GARCÍA. No te asombres ;
que por una condición
don Diego se ha de llamar
de su casa el sucesor.
Llamábase mi señor
don Pedro antes de heredar ;
y como se puso luégo
don Diego porque heredó,
después acá se llamó
ya *don Pedro*, ya *don Diego*.
- D. BELTRÁN. No es nueva esa condición
en muchas casas de España.
Á escribirle voy. (Vase.)

ESCENA III

DON GARCÍA, TRISTAN

- TRISTÁN. Extraña
fué esta vez tu confusión.
- D. GARCÍA. ¿Has entendido la historia ?
- TRISTÁN. Y hubo bien en qué entender.
El que miente há menester
gran ingenio y gran memoria.
Perdido me ví.
- D. GARCÍA. Y en eso
pararás al fin, señor.
- D. GARCÍA. Entretanto de mi amor
veré el bueno ó mal suceso.
¿Qué hay de Lucrecia ?
- TRISTAN. Imagino,
aunque de dura se precia,
que has de vencer á Lucrecia
sin la fuerza de Tarquino.
- D. GARCÍA. ¿Recibió el billete ?
- TRISTAN. Sí,

aunque á Camino mandó
 que diga que lo rompió ;
 que él lo ha fiado de mí.
 Y pues lo admitió, no mal
 se negocia tu deseo,
 si aquel epigrama creo
 que á Nevia escribió Marcial :
 «Escribí, no respondió
 Nevia ; luego dura está ;
 mas ella se ablandará,
 pues lo que escribí leyó.»

D. GARCÍA.
 TRISTÁN.

Que dice verdad sospecho.
 Camino está de tu parte,
 y promete revelarte
 los secretos de su pecho ;
 y que ha de cumplillo espero,
 si andas tú cumplido en dar ;
 que para hacer confesar
 no hay cordel como el dinero.
 Y aun fuera bueno, señor,
 que conquistaras tu ingrata
 con dádivas, pues que mata
 con flechas de oro el amor.

D. GARCÍA.

Nunca te he visto grosero,
 sino aquí, en tus pareceres :
 ¿ es ésta de las mujeres
 que se rinden por dinero ?

TRISTÁN.

Virgilio dice que Dido
 fué del troyano abrasada,
 á sus dones obligada
 tanto como de Cupido.
 ¡ Y era reina ! No te espantes
 de mis pareceres rudos ;
 que escudos vencen escudos,
 diamantes labran diamantes.

D. GARCÍA.

¿ No viste que la ofendió
 mi oferta en la Platería ?

TRISTÁN.

Tu oferta la ofendería,
 señor ; que tus joyas no.
 Por el uso te gobierna ;

que á nadie en este lugar
por desvergonzado en dar
le quebraron brazo ó pierna.
D. GARCÍA. Dame tú que ella lo quiera ;
que darle un mundo imagino.

TRISTÁN. Camino dará camino,
que es el polo desta esfera.

Y porque sepas que está
en buen estado tu amor,
ella le mandó, señor,
que te dijese que hoy va
Lucrecia á la Madalena
á la fiesta de la otava,
como que él te lo avisaba.

D. GARCÍA. ¡ Dulce alivio de mi pena!
¿ Con ese espacio me das
nuevas que me vuelven loco?

TRISTÁN. Dóytelas tan poco á poco
porque dure el gusto más.

(Vanse.)

Claustro del convento de la Magdalena, con
puerta á la iglesia

ESCENA IV

JACINTA y LUCRECIA, con mantos

JACINTA. ¿ Que prosigue don García ?

LUCRECIA. De modo que con saber
su engañoso proceder,
como tan firme porfía,
casi me tiene dudosa.

JACINTA. Quizá no eres engañada ;
que la verdad no es vedada
á la boca mentirosa.
Quizá es verdad que te quiere,

y más donde tu beldad
asegura esa verdad
en cualquiera que te viere.

LUCRECIA.

Siempre tú me favoreces;
mas yo lo creyera así,
á no haberte visto á ti,
que al mismo sol obscureces.

JACINTA.

Bien sabes tú lo que vales,
y que en esta competencia
nunca ha salido sentencia,
por tener votos iguales.
Y no es sola la hermosura
quien causa amoroso ardor;
que también tiene el amor
su pedazo de ventura.

Yo me holgaré que por ti,
amiga, me haya trocado,
y que tú hayas alcanzado
lo que yo no merecí;
porque ni tú tienes culpa,
ni él me tiene obligación.

Pero vé con prevención;
que no te queda disculpa
si te arrojas en amar,
y al fin quedas engañada
de quien estás ya avisada
que sólo sabe engañar.

LUCRECIA.

Gracias, Jacinta, te doy,
mas tu sospecha corrige.
Que estoy por creerle, dije;
no que por quererle estoy.

JACINTA.

Obligaráte el creer,
y querrás, siendo obligada:
y así es corta la jornada
que hay de creer á querer.

LUCRECIA.

Pues ¿qué dirás si supieres
que un papel he recebido?

JACINTA.

Diré que ya le has creído,
y aun diré que ya le quieres.

LUCRECIA.

Errárate; y considera

que tal vez la voluntad
hace por curiosidad
lo que por amor no hiciera.
¿Tú no le hablastes gustosa
en la Platería?

JACINTA.

Sí.

LUCRECIA.

¿Y fuiste en oírle allí
enamorada ó curiosa?

JACINTA.

Curiosa.

LUCRECIA.

Pues yo con él
curiosa también he sido,
como tú en haberle oído,
en recibir su papel.

JACINTA.

Notorio verás tu error,
si adviertes que es el oír
cortesía; y admitir
un papel claro favor.

LUCRECIA.

Eso fuera á saber él
que su papel recibí;
mas él piensa que rompí,
sin leello, su papel.

JACINTA.

Pues con eso es cosa cierta
que curiosidad ha sido.

LUCRECIA.

En mi vida me ha valido
tanto gusto el ser curiosa.
Y porque su falsedad
conozcas, escucha y mira
si es mentira la mentira
que más parece verdad.

(Saca un papel y le abre.)

ESCENA V

CAMINO, DON GARCÍA y TRISTÁN.—Dichas

CAMINO.

¿Veis la que tiene en la mano
un papel?

(Ap. á don García.)

D. GARCÍA.

Sí.

CAMINO.

Pues aquella

es Lucrecia.

D. GARCÍA. *(Ap.)* ¡ Oh causa bella
de dolor tan inhumano!
Ya me abraso de celoso.)

TRISTÁN. ¡ Oh Camino, cuánto os debo !
Mañana os vestís de nuevo. *(Á Camino.)*

CAMINO. Por vos he de ser dichoso.

D. GARCÍA. Llegarme, Tristán, pretendo
adonde, sin que me vea,
si posible fuera, lea
el papel que está leyendo.

TRISTÁN. No es difícil ; que si vas
á esta capilla arrimado,
saliendo por aquel lado,
de espaldas la cogerás.

D. GARCÍA. Bien dices. Ven por aquí.

(Vanse don García, Tristán y Camino.)

JACINTA. Lee bajo ; que darás
mal ejemplo.

LUCRECIA. No me oirás.

Toma y lee para ti. *(Da el papel á Jacinta.)*

JACINTA. Ese es mejor parecer.

ESCENA VI

DON GARCÍA y TRISTÁN, por otra puerta, cogen de espaldas á
JACINTA y LUCRECIA

TRISTÁN. Bien el fin se consiguió.

D. GARCÍA. Tú, si ves mejor que yo,
procura, Tristán, leer.

JACINTA. « Ya que mal crédito cobras *(Lee.)*
» de mis palabras sentidas,
» dime si serán creídas,
» pues nunca mienten, las obras.
» Que si consiste el creerme,
» señora, en ser tu marido,
» y ha de dar el ser creído
» materia al favorecerme,

»por este, Lucrecia mía,
 »que de mi mano te doy
 »firmado, digo que soy
 »ya *tu esposo don García.*»

D. GARCÍA. ¡Vive Dios, que es mi papel! (*Ap. á Tristán.*)

TRISTAN. ¡Pues qué! ¿no lo vió en su casa?

D. GARCÍA. Por ventura lo repasa,
 regalándose con él.

TRISTAN. Como quiera, te está bien.

D. GARCÍA. Como quiera, soy dichoso.

JACINTA. Él es breve y compendioso.
 Ó bien siente, ó miente bien.

D. GARCÍA. Volved los ojos, señora, (*Á Jacinta.*)
 cuyos rayos no resisto.

JACINTA. Cúbrete, pues no te ha visto, (*Ap. á Lucrecia.*)
 y desengáñate agora.

(*Tápanse Lucrecia y Jacinta.*)

LUCRECIA. Disimula y no me nombres. (*Ap. á Jacinta.*)

D. GARCÍA. Corred los delgados velos
 á ese asombro de los cielos,
 á ese cielo de los hombres.
 ¿Posible es que os llevo á ver,
 homicida de mi vida?
 Mas como sois mi homicida,
 en la iglesia hubo de ser.
 Si os obliga á retraer
 mi muerte, no hayáis temor;
 que de las leyes de amor
 es tan grande el desconcierto,
 que dejan preso al que es muerto,
 y libre al que es matador.
 Ya espero que de mi pena
 estáis, mi bien, condolida,
 si el estar arrepentida
 os trajo á la Madalena.
 Ved cómo el amor ordena
 recompensa al mal que siento;
 pues si yo llevé el tormento
 de vuestra crueldad, señora,
 la gloria me llevo agora

de vuestro arrepentimiento.
 ¿No me habláis, dueño querido?
 ¿No os obliga el mal que paso?
 ¿Arrepentidos acaso
 de haberos arrepentido?
 Que advirtáis, señora, os pido
 que otra vez me mataréis:
 si porque en la iglesia os veis
 probáis en mí los aceros,
 mirad que no ha de valeros
 si en ella el delito hacéis.
 ¿Conocéisme?

JACINTA.

D. GARCÍA.

¡Y bien, por Dios!
 tanto, que desde aquel día
 que os hablé en la Platería,
 no me conozco por vos:
 de suerte que de los dos
 vivo más en vos que en mí;
 que tanto, desde que os ví,
 en vos transformado estoy,
 que ni conozco el que soy,
 ni me acuerdo del que fuí.

JACINTA.

Bien se echa de ver que estáis
 del que fuístes olvidado,
 pues sin ver que sois casado,
 nuevo amor solicitáis.

D. GARCÍA.

¡Yo casado! ¿En eso dais?

JACINTA.

¿Pues no?

D. GARCÍA.

¡Qué vana porfía!
 Fué, por Dios, invención mía,
 por ser vuestro.

JACINTA.

Ó por no sello;
 y si os vuelven á hablar dello,
 seréis casado en Turquía.

D. GARCÍA.

Y vuelvo á jurar, por Dios,
 que en este amoroso estado
 para todas soy casado,
 y soltero para vos.

JACINTA.

¿Ves tu desengaño? *(Ap. á Lucrecia.)*

LUCRECIA.

(Ap.) ¡Ah cielos!

- Apenas una centella
siento de amor, y ya della
nacen volcanes de celos.
- D. GARCÍA. Aquella noche, señora,
que en el balcón os hablé,
¿todo el caso no os conté?
- JACINTA. ¡Á mí en balcón!
- LUCRECIA. (Ap.) ¡Ah traidora!
- JACINTA. Advertid que os engañáis.
¿Vos me hablastes?
- D. GARCÍA. ¡Bien por Dios!
- LUCRECIA. (Ap.) ¡Habláisle de noche vos,
y á mí consejos me dais!
- D. GARCÍA. Y el papel que recibistes,
¿negaréislo?
- JACINTA. ¡Yo papel!
- LUCRECIA. (Ap.) ¡Ved qué amiga tan fiel!
- D. GARCÍA. Y sé yo que lo leístes.
- JACINTA. Pasar por donaire puede,
cuando no daña, el mentir;
mas no se puede sufrir
cuando ese límite excede.
- D. GARCÍA. ¿No os hablé en vuestro balcón,
Lucrecia, tres noches ha?
- JACINTA. (Ap. ¡Yo Lucrecia! Bueno va.)
Toro nuevo, otra invención.
Á Lucrecia ha conocido,
y es muy cierto el adoralla;
pues finge, por no enojalla,
que por ella me ha tenido.
- LUCRECIA. (Ap.) Todo lo entiendo. ¡Ah traidora!
sin duda que le avisó
que la tapada fuí yo,
y quiere enmendallo agora
con fingir que fué el tenella
por mí, la causa de hablalla.
- TRISTAN. Negar debe de importalla, (Á don García.)
por la que está junto della,
ser Lucrecia.
- D. GARCÍA. Así lo entiendo;

que si por mí lo negara,
encubriera ya la cara.
Pero no se conociendo,
¿se hablaran las dos?

TRISTÁN.

Por puntos

suele en las iglesias verse
que parlan sin conocerse
los que aciertan á estar juntos.
Dices bien.

D. GARCÍA.

TRISTÁN.

Fingiendo agora

que se engañaron tus ojos,
lo enmendarás.

D. GARCÍA.

Los antojos

de un ardiente amor, señora,
me tienen tan deslumbrado,
que por otra os he tenido.
Perdonad; que yerro ha sido
desa cortina causado;
que como á la fantasía
fácil engaña el deseo,
cualquiera dama que veo
se me figura la mía.

JACINTA.

(Ap.) Entendíle la intención.

LUCRECIA.

(Ap.) Avisóle la taimada.

JACINTA.

Según eso, la adorada
es Lucrecia.

D. GARCÍA.

El corazón

desde el punto que la ví,
la hizo dueña de mi fe.

JACINTA.

(Ap.) ¡Bueno es esto!

LUCRECIA.

(Ap.) ¡Que ésta esté

haciendo burla de mí!

No me doy por entendida,
por no hacer aquí un exceso.

JACINTA.

Pues yo pienso que á estar de eso
cierta, os fuera agradecida
Lucrecia.

D. GARCÍA.

¿Tratáis con ella?

JACINTA.

Trato, y es amiga mía,
tanto, que me atrevería

á afirmar que en mí y en ella
vive solo un corazón.

D. GARCÍA. (Ap. Si eres tú, bien claro está:
¡qué bien á entender me da
su recato y su intención!)
Pues ya que mi dicha ordena
tan buena ocasión, señora,
pues sois ángel, sed agora
mensajera de mi pena.
Mi firmeza le decid,
y perdonadme si os doy
este oficio.

TRISTÁN. (Ap.) Oficio es hoy
de las mozas de Madrid.

D. GARCÍA. Persuadilda que á tan grande
amor ingrata no sea.

JACINTA. Hacelde vos que lo crea,
que yo le haré que se ablande.

D. GARCÍA. ¿Por qué no creerá que muero,
pues he visto su beldad?

JACINTA. Porque, si os digo verdad,
no os tiene por verdadero.

D. GARCÍA. Esta es verdad, vive Dios:
hacelde vos que lo crea.

JACINTA. ¿Qué importa que verdad sea,
si el que la dice sois vos?
Que la boca mentirosa
incurre en tan torpe mengua,
que solamente en su lengua
es *la verdad sospechosa*.

D. GARCÍA. Señora...

JACINTA. Basta: mirad
que dais nota.

D. GARCÍA. Yo obedezco.

JACINTA. ¿Vas contenta?

LUCRECIA. Yo agradezco

Jacinta, tu voluntad. (Vanse los dos.)

ESCENA VII

DON GARCÍA, TRISTÁN

D. GARCÍA. ¿No ha estado aguda Lucrecia?
¡Con qué astucia dió á entender
que le importaba no ser
Lucrecia!

TRISTAN. Á fe que no es necia.

D. GARCÍA. Sin duda que no quería
que la conociese aquella
que estaba hablando con ella.

TRISTAN. Claro está que no podía
obligalla otra ocasión
á negar cosa tan clara;
porque á ti no te negara
que te habló por su balcón,
pues ella misma tocó
los puntos de que tratastes
cuando por él os hablastes.

D. GARCÍA. En eso bien me mostró
que de mí no se encubría.

TRISTAN. Y por eso dijo aquello:
«Y si os vuelven á hablar dello,
seréis casado en Turquía.»
Y esta conjetura abona
más claramente el negar
que era Lucrecia, y tratar
luégo en tercera persona
de sus propios pensamientos,
diciéndote que sabía
que Lucrecia pagaría
tus amorosos intentos,
con que tú hicieses, señor,
que los llegase á creer.

D. GARCÍA. ¡Ay Tristán! ¿Qué puedo hacer
para acreditar mi amor?

TRISTAN. ¿Tú quieres casarte?

- D. GARCÍA. Sí.
- TRISTÁN. Pues pídelas.
- D. GARCÍA. ¿Y si resiste?
- TRISTÁN. Parece que no la oíste lo que dijo agora aquí:
«Hacelde vos que lo crea; que yo la haré que se ablande.»
¿Qué indicio quieres más grande de que ser tuya desea?
Quien tus papeles recibe, quien te habla en sus ventanas, muestras ha dado bien llanas de la afición con que vive. El pensar que eres casado la refrena solamente, y queda ese inconveniente con casarte remediado; pues es el mismo casarte, siendo tan gran caballero, información de soltero; y cuando quiera obligarte á que des información, por el temor con que va de tus engaños, no está Salamanca en el Japón.
- D. GARCÍA. Sí está para quien desea; que son ya siglos en mí los instantes.
- TRISTÁN. Pues aquí ¿no habrá quien testigo sea?
- D. GARCÍA. Puede ser.
- TRISTÁN. Es fácil cosa.
- D. GARCÍA. Al punto los buscaré.
- TRISTÁN. Uno yo te le daré.
- D. GARCÍA. Y ¿quién es?
- TRISTÁN. Don Juan de Sosa.
- D. GARCÍA. ¿Quién? ¿Don Juan de Sosa?
- TRISTÁN. Sí.
- D. GARCÍA. Bien lo sabe.
- TRISTÁN. Desde el día

que te habló en la Platería
no le he visto, ni él á ti.
Y aunque siempre he deseado
saber qué pesar te dió
el papel que te escribió,
nunca te lo he preguntado,
viendo que entonces severo
negaste y descolorido ;
mas agora, que ha venido
tan á propósito, quiero
pensar que puedo, señor,
pues secretario me has hecho
del archivo de tu pecho,
y se pasó aquel furor.

D. GARCÍA.

Yo te lo quiero contar ;
que pues sé por experiencia
tu secreto y tu prudencia,
bien te lo puedo fiar.
Á las siete de la tarde
me escribió que me aguardaba
en San Blas don Juan de Sosa
para un caso de importancia.
Callé, por ser desafío ;
que quiere el que no lo calla
que le estorben ó le ayuden :
cobardes acciones ambas.
Llegué al aplazado sitio,
donde don Juan me aguardaba
con su espada y con sus celos,
que son armas de ventaja.
Su sentimiento propuso ;
satisfice á su demanda ;
y por quedar bien, al fin,
desnudamos las espadas.
Elegí mi medio al punto,
y haciéndole una ganancia
por los grados del perfil,
le dí una fuerte estocada.
Sagrado fué de su vida
un *Agnus Dei* que llevaba ;

que topando en él la punta,
 hizo dos partes mi espada.
 Él sacó piés del gran golpe ;
 pero con ardiente rabia
 vino tirando una punta ;
 mas yo por la parte flaca
 cogí su espada, formando
 un atajo. Él presto saca
 (como la respiración
 tan corta línea le tapa,
 por faltarle los dos tercios
 á mi poco fiel espada)
 la suya, corriendo filos ;
 y como cerca me halla
 (porque yo busqué el estrecho,
 por la falta de mis armas),
 á la cabeza furioso
 me tiró una cuchillada.
 Recibíla en el principio
 de su formación y baja,
 matándole el movimiento
 sobre la suya mi espada.
 ¡ Aquí fué Troya ! Saqué
 un revés con tal pujanza,
 que la falta de mi acero
 hizo allí muy poca falta ;
 que abriéndole en la cabeza
 un palmo de cuchillada,
 vino sin sentido al suelo,
 y aun sospecho que sin alma.
 Dejéle así, y con secreto
 me vine. Esto es lo que pasa,
 y de no verle estos días,
 Tristán, es esta la causa.

TRISTAN.

¡ Qué suceso tan extraño !
 ¿ Y si murió ?

D. GARCÍA.

Cosa es clara,
 porque hasta los mismos sesos
 esparció por la campaña.

TRISTAN.

¡ Pobre don Juan !...

ESCENA VIII

DON JUAN y DON BELTRÁN.—Dichos

TRISTÁN. Mas ¿no es éste
que viene aquí?

D. GARCÍA. ¡Cosa extraña!

TRISTÁN. ¿También á mí me la pegas?
¡Al secretario del alma!
(Ap. Por Dios, que se lo creí,
con conocelle las mañas.
Mas ¿á quién no engañarán
mentiras tan bien trovadas?)

D. GARCÍA. Sin duda que le han curado
por ensalmo.

TRISTÁN. Cuchillada
que rompió los mismos sesos,
¿en tan breve tiempo sana?

D. GARCÍA. ¿Es mucho? Ensalmo sé yo
con que un hombre en Salamanca,
á quien cortaron á cercen
un brazo con media espalda,
volviéndosela á pegar,
en menos de una semana
quedó tan sano y tan bueno
como primero.

TRISTÁN. ¡Ya escampa!

D. GARCÍA. Esto no me lo contaron;
yo mismo lo ví.

TRISTÁN. Eso basta.

D. GARCÍA. De la verdad, por la vida,
no quitaré una palabra.

TRISTÁN. (Ap. ¡Que ninguno se conozca!)
Señor, mis servicios paga
con enseñarme ese ensalmo.

D. GARCÍA. Está en dicciones hebráicas,
y si no sabes la lengua,
no has de saber pronunciarlas.

TRISTÁN. Y tú ¿sábesla?

D. GARCÍA. ¡Qué bueno!

Mejor que la castellana :
habló diez lenguas.

TRISTÁN. (*Ap.* Y todas
para mentir no te bastan.)

Cuerpo de verdades lleno
con razón el tuyo llamas...
(*Ap.* Pues ninguna sale dél,
ni hay mentira que no salga.)

D. BELTRÁN. ¿Qué decís? (*A don Juan.*)

D. JUAN. Esto es verdad :
ni caballero ni dama
tiene, si mal no me acuerdo,
esos nombres Salamanca.

D. BELTRÁN. (*Ap.* Sin duda que fué invención
de García, cosa es clara.
Disimular me conviene.)
Gocéis por edades largas
con una rica encomienda
de la cruz de Calatrava.

D. JUAN. Creed que siempre he de ser
más vuestro cuanto más valga.
Y perdonadme ; que ahora
por andar dando las gracias
á esos señores, no os voy
sirviendo hasta vuestra casa.

(*Vase.*)

ESCENA IX

DON BELTRÁN, DON GARCÍA, TRISTÁN

D. BELTRÁN. (*Ap.*) ¡Válgame Dios ! ¿ Es posible
que á mí no me perdonaran
las costumbres deste mozo ?
¿ Que aun á mí en mis propias canas
me mintiese, al mismo tiempo
que riñéndoselo estaba ?
¿ Y que le creyese yo

en cosa tan de importancia
tan presto, habiendo ya oído
de sus engaños la fama?

Mas ¿quién creyera que á mí
me mintiera, cuando estaba
reprendiéndole eso mismo?
y ¿qué juez se recelara
que el mismo ladrón le robe,
de cuyo castigo trata?

TRISTAN. ¿Determinaste á llegar?

D. GARCÍA. Sí, Tristán.

TRISTAN. Pues Dios te valga.

D. GARCÍA. Padre...

D. BELTRAN. No me llames padre,

vil; enemigo me llama;
que no tiene sangre mía
quien no me parece en nada.
Quítate de ante mis ojos;
que, por Dios, si no mirara...

TRISTAN. El mar está por el cielo. *(Ap. á don García.)*
Mejor ocasión aguarda.

D. BELTRAN. ¡Cielos! ¿Qué castigo es este?
¿Es posible que á quien ama
la verdad como yo, un hijo
de condición tan contraria
le diésedes? ¿Es posible
que quien tanto su honor guarda
como yo, engendrarse un hijo
de inclinaciones tan bajas;
y á Gabriel, que honor y vida
daba á mi sangre y mis canas,
llevásedes tan en flor?
Cosas son que á no mirarlas
como cristiano...

D. GARCÍA. *(Ap.)* ¿Qué es esto?

TRISTAN. Quítate de aquí. ¿Qué aguardas?

(Ap. á su amo.)

D. BELTRAN. Déjanos solos, Tristán.
Pero vuelve, no te vayas;
por ventura la vergüenza

de que sepas tú su infamia
podrá en él lo que no pudo
el respeto de mis canas.
Y cuando ni esta vergüenza
le obligue á enmendar sus faltas,
servirále por lo menos
de castigo el publicallas.
Di, liviano, ¿qué fin llevas ;
loco, di, qué gusto sacas
de mentir tan sin recato?
Y cuando con todos vayas
tras tu inclinación, ¿conmigo
siquiera no te enfrenaras?
¿Con qué intento el matrimonio
fingiste de Salamanca,
para quitarles también
el crédito á mis palabras?
¿Con qué cara hablaré yo
á los que dije que estabas
con doña Sancha de Herrera
desposado? ¿Con qué cara,
cuando, sabiendo que fué
fingida esta doña Sancha,
por cómplices del embuste
infamen mis nobles canas?
¿Qué medio tomaré yo
que saque bien esta mancha,
pues á mejor negociar,
si de mí quiero quitarla,
he de ponerla en mi hijo,
y diciendo que la causa
fuíste tú, he de ser yo mismo
pregonero de tu infamia?
Si algún cuidado amoroso
te obligó á que me engañaras,
¿qué enemigo te oprimía?
¿qué puñal te amenazaba?
Sino un padre, padre al fin ;
que este nombre solo basta
para saber de qué modo

le enternecieran tus ansias.
 ¡ Un viejo que fué mancebo,
 y sabe bien la pujanza
 con que en pechos juveniles
 prenden amorosas llamas !
 Pues si lo sabes, y entonces
 para excusarme bastara ;
 para que mi error perdones
 agora, padre, me valga.
 Parecerme que sería
 respetar poco tus canas
 no obedecerte pudiendo,
 me obligó á que te engañara.
 Error fué, no fué delito ;
 no fué culpa ; fué ignorancia ;
 la causa amor, tú mi padre,
 pues tú dices que esto basta.
 Y ya que el daño supiste,
 escucha la hermosa causa,
 porque el mismo dañador
 el daño te satisfaga.

Doña Lucrecia, la hija
 de don Juan de Luna, es alma
 desta vida ; es principal
 y heredera de su casa ;
 y para hacerme dichoso
 con su hermosa mano, falta
 sólo que tú lo consientas,
 y declares que la fama
 de ser yo casado tuvo
 ese principio, y es falsa.

D. BELTRÁN. No, no. ¡ Jesús ! Calla. ¿ En otra
 habías de meterme ? Basta.
 Ya, si dices que esta es luz,
 he de pensar que me engañas.

D. GARCÍA. No, señor : lo que á las obras
 se remite es verdad clara,
 y Tristán, de quien te fías,
 es testigo de mis ansias.
 Dilo, Tristán.

TRISTAN.

Sí, señor:

lo que dice es lo que pasa.

D. BELTRAN.

¿No te corres desto? Di,
 ¿no te avergüenza que hayas
 menester que tu criado
 acredite lo que hablas?
 Ahora bien, yo quiero hablar
 á don Juan, y el cielo haga
 que te dé á Lucrecia; que eres
 tal, que ella es la engañada.
 Mas primero he de informarme
 en esto de Salamanca;
 que ya temo que en decirme
 que me engañaste, me engañas.
 Que aunque la verdad sabía
 antes que á hablarte llegara,
 la has hecho ya sospechosa
 tú con solo confesarla.

(Vase.)

D. GARCÍA.

Bien se ha hecho.

TRISTAN.

¡Y cómo bien!

Que yo pensé que hoy probabas
 en ti aquel ensalmo hebreo
 que brazos cortados sana.

(Vase.)

Sala con vistas à un jardín, en casa de don
 Juan de Luna

ESCENA X

DON JUAN DE LUNA.—DON SANCHO

D. JUAN DE L. Parece que la noche ha refrescado.

D. SANCHO. Señor don Juan de Luna, para el río este fresco en mi edad es demasiado.

D. JUAN DE L. Mejor será que en ese jardín mío se nos ponga la mesa, y que gocemos

- la cena con sazón, templado el frío.
- D. SANCHO. Discreto parecer. Noche tendremos que dar á Manzanares más templada; que ofenden la salud estos extremos.
- D. JUAN DE L. Gozad de vuestra hermosa convidada por esta noche en el jardín, Lucrecia.
(*Dirigiéndose adentro*).
- D. SANCHO. Veáisla, quiera Dios, bien empleada; que es un ángel.
- D. JUAN DE L. Demás de que no es necia, y ser cual veis, don Sancho, tan hermosa, menos que la virtud la vida precia.

ESCENA XI

UN CRIADO.—Dichos

- CRIADO. Preguntando por vos don Juan de Sosa á la puerta llegó, y pide licencia (*Á don Sancho*).
- D. SANCHO. ¡Á tal hora!
- D. JUAN DE L. Será ocasión forzosa.
- D. SANCHO. Éntre el señor don Juan. (*Va el criado á avisar*).

ESCENA XII

DON JUAN, con un papel.—DON JUAN DE LUNA, DON SANCHO

- D. JUAN. Á esa presencia (*Á don Sancho*).
sin el papel que veis nunca llegara;
mas ya con él faltaba la paciencia;
que no quiso el amor que dilatara
la nueva un punto, si alcanzar la gloria
consiste en eso, de mi prenda cara.
Ya el hábito salió: si en la memoria
la palabra tenéis que me habéis dado,
colmaréis con cumplirla mi vitoria.
- D. SANCHO. Mi fe, señor don Juan, habéis premiado,
con no haber esta nueva tan dichosa

por un momento solo dilatado.

Á darla voy á mi Jacinta hermosa:
y perdonad; que por estar desnuda
no la mando salir.

(Vase).

D. JUAN DE L.

Por cierta cosa
tuve siempre el vencer; que el cielo ayuda
la verdad más oculta: en ser premiada
dilación pudo haber, pero no duda.

ESCENA XIII

DON GARCÍA, DON BELTRÁN, TRISTÁN.—DON JUAN
DE LUNA, DON JUAN

D. BELTRAN. Esta no es ocasión acomodada
de hablarle; que hay visita, y una cosa
tan grave á solas ha de ser tratada.

D. GARCÍA. Antes nos servirá don Juan de Sosa
en lo de Salamanca por testigo.

D. BELTRAN. ¡Que lo hayáis menester! ¡Qué infame cosa!
En tanto que á don Juan de Luna digo
nuestra intención, podéis entretenerlo.

D. JUAN DE L. ¡Amigo don Beltrán!...

D. BELTRAN. ¡Don Juan, amigo!...

D. JUAN DE L. ¿Á tales horas tal exceso?

D. BELTRAN. En ello
conoceréis que estoy enamorado.

D. JUAN DE L. Dichosa la que pudo merecello.

D. BELTRAN. Perdón me habéis de dar; que haber hallado
la puerta abierta, y la amistad que os tengo,
para entrar sin licencia me la han dado.

D. JUAN DE L. Cumplimientos dejad cuando prevengo
el pecho á la ocasión desta venida.

D. BELTRAN. Quiero deciros pues á lo que vengo.

D. GARCÍA. Pudo, señor don Juan, ser oprimida

(Á D. Juan de Sosa.)

de algún pecho de envidia emponzoñado,
verdad tan clara, pero no vencida.

Podéis por Dios creer que me ha alegrado

vuestra vitoria.

D. JUAN. De quien sois lo creo.

D. GARCÍA. Del hábito gocéis encomendado
como vos merecéis y yo deseo.

D. JUAN DE L. Es en eso Lucrecia tan dichosa,
que pienso que es soñado el bien que veo.
Con perdón del señor don Juan de Sosa,
oíd una palabra, don García.
Que á Lucrecia queréis por vuestra esposa
me ha dicho don Beltrán.

D. GARCÍA. El alma mía,
mi dicha, honor y vida está en su mano.

D. JUAN DE L. Yo desde aquí por ella os doy la mía ;
(Se dan las manos.)

que como yo sé en eso lo que gano,
lo sabe ella también, según la he oído
hablar de vos.

D. GARCÍA. Por bien tan soberano
los piés, señor don Juan de Luna, os pido.

ESCENA XIV

DON SANCHO, JACINTA, LUCRECIA.—Dichos

LUCRECIA. Al fin tras tantos contrastes,
tu dulce esperanza logras.

JACINTA. Con que tú logres la tuya
seré del todo dichosa.

D. JUAN DE L. Ella sale con Jacinta,
ajena de tanta gloria,
más de calor descompuesta
que aderezada de boda.
Dejad que albricias le pida
de una nueva tan dichosa.

D. BELTRAN. Acá está don Sancho. ¡ Mira *(Ap. á D. García.)*
en qué vengo á verme agora !

D. GARCÍA. Yerros causados de amor
quien es cuerdo los perdona.

LUCRECIA. ¿ No es casado en Salamanca ?

- D. JUAN DE L. Fué invención suya engañosa,
procurando que su padre
no le casase con otra.
- LUCRECIA. Siendo así, mi voluntad
es la tuya, y soy dichosa.
- D. SANCHO. Llegad, ilustres mancebos,
á vuestras alegres novias,
que dichosas se confiesan,
y os aguardan amorosas.
- D. GARCÍA. Agora de mis verdades
darán probanza las obras.
(Vanse don García y don Juan á Jacinta.)
- D. JUAN. ¿Adónde vais, don García?
Veis allí á Lucrecia hermosa.
- D. GARCÍA. ¡Cómo Lucrecia!
- D. BELTRAN. ¡Qué es esto!
- D. GARCÍA. Vos sois mi dueño, señora. *(Á Jacinta.)*
- D. BELTRAN. ¿Otra tenemos?
- D. GARCÍA. Si el nombre
erré, no erré la persona.
Vos sois á quien yo he pedido,
y vos la que el alma adora.
- LUCRECIA. Y este papel, engañoso, *(Saca un papel.)*
que es de vuestra mano propia,
¿lo que decís no desdice?
- D. BELTRAN. ¡Que en tal afrenta me pongas!
- D. JUAN. Dadme, Jacinta, la mano,
y daréis fin á estas cosas.
- D. SANCHO. Dale la mano á don Juan.
- JACINTA. Vuestra soy. *(Á don Juan.)*
- D. GARCÍA. *(Ap.)* Perdí mi gloria.
- D. BELTRAN. ¡Vive Dios, si no recibes
á Lucrecia por esposa,
que te he de quitar la vida!
- D. JUAN DE L. La mano os he dado agora
por Lucrecia, y me la distes;
si vuestra inconstancia loca
os ha mudado tan presto,
yo lavaré mi deshonor
con sangre de vuestras venas.

TRISTAN.

Tú tienes la culpa toda ;
que si al principio dijeras
la verdad, esta es la hora
que de Jacinta gozabas.
Ya no hay remedio : perdona,
y da la mano á Lucrecia,
que también es buena moza.

D. GARCÍA.

La mano doy, pues es fuerza.

TRISTAN.

Y aquí verás cuán dañosa
es la mentira ; y verá
el senado que en la boca
del que mentir acostumbra,
es la verdad sospechosa.

ÍNDICE

Los favores del mundo	5
Mudarse por mejorarse.	107
La verdad sospechosa..	197



BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA

TOMOS PUBLICADOS

- Quevedo: El Gran Tacaño.
Avellaneda: El Quijote.
P. Isla: Cartas familiares.
Fray Luis de León: La perfecta casada.
Moratin: Comedias.
Autores varios: Extravagantes (opúsculos amenos y curiosos).
Feijoo: Obras escogidas.
Huarte: Examen de ingenios.
Jovellanos: Obras escogidas (I y II tomo).
Novelistas del siglo XVII.
Rojas Zorrilla: Comedias.
Rivadeneira: Tratado de la tribulación.
Cadalso: Obras escogidas.
Liñán y Verdugo: Guía y avisos de Forasteros.
Melo: Guerra de Cataluña.
Romancero general.
Zabaleta: El día de fiesta.
Larra: Artículos escogidos.
Cervantes: Novelas ejemplares (I y II tomo).
Guevara: Epístolas escogidas.
Rojas: La Celestina, tragi-comedia.
Jovellanos: Obras escogidas (tomo III y último).
Jorge de Montemayor: La Diana.
Alarcón: Comedias escogidas (tomo I).

EN PRENSA

- Alarcón: Comedias escogidas (tomo II).

UNIVERSIDAD DE CADIZ



372145255X









